

█▓▒­░⡷⠂***\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_***⠐⢾░▒▓█

*Maxine Hartley, Max, para cualquiera que tuviera la suerte de caerle bien, siempre había pensado que las coincidencias eran un recurso barato de las novelas románticas.*

*Londres estaba lleno de turistas, de tráfico y de conversaciones en cien idiomas distintos. Pero en un rincón de la biblioteca de St. John 's, el mundo parecía haberse detenido. Allí lo encontró por primera vez: Josh Ridley.*

*Era el nuevo bibliotecario, alto y delgado, siempre vestido con camisas oscuras y ese pelo negro que nunca parecía del todo peinado. Sus ojos, entre grises y azules, tenían una costumbre para ella, mirarte como si supieran algo que tú todavía no habías descubierto de ti misma.*

*No hablaba demasiado, pero cuando lo hacía, su voz sonaba grave, casi como si tuviera la textura de un secreto compartido en mitad de la noche. Max no lo buscó, pero él empezó a aparecer en su vida. Tal y como una recomendación de lectura o un comentario mientras ordenaba estanterías.*

*Cuando pensó que aquello podría convertirse en una rutina cómoda, septiembre irrumpió con su propio vendaval. Y con él, el profesor Tom Shades. Tom no pasaba inadvertido. Alto, de hombros amplios, con trajes de tweed, las bufandas de lana oscura y su voz cálida y articulada parecían sacados de otro tiempo.*

*La primera vez que Max lo vio fue en un seminario. La segunda, en una tutoría individual para su ensayo de literatura comparada. La tercera... bueno, la tercera fue en un café cercano, porque Tom había insistido en continuar la conversación fuera de la universidad. Y la cuarta justo en verano, antes de conocer al bibliotecario.*

*Los paseos con Tom junto al Támesis y las charlas al atardecer se convirtieron en algo habitual. Y lo que comenzó como un ejercicio académico fue tomando un matiz distinto, algo que Max no sabía o no quería nombrar.*

*Conforme diciembre avanzaba, la ciudad se cubría de brumas y luces doradas, pero en la mente de Max solo había dos presencias que no se disipaban: el bibliotecario amable y reservado, y el profesor de frases y noches perfectas.*

*La noche del 20 de diciembre, el campus celebraba su tradicional Winter Gala. Josh le envió un mensaje:* ***Te guardé un sitio para la apertura de la nueva biblioteca. Espero verte.***

*Max estaba frente al espejo, con un abrigo largo y una bufanda roja. Sabía que uno de ellos la estaba esperando. Y que si no tomaba una decisión pronto, quizá no sería ella quien eligiera, sino el destino.*

█▓▒­░⡷⠂***\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_***⠐⢾░▒▓█

𝕍𝕖𝕣𝕒𝕟𝕠

***Junio***

El aire en Londres estaba cargado de un calor húmedo, pegajoso, como si la ciudad respirara con dificultad bajo el peso del sol. Las aceras reflejaban el brillo del asfalto, y los parques comenzaban a mostrar ese tono amarillento de la hierba sedienta.

Maxine Hartley, Max, para los pocos que tenían el privilegio de llamarla así, caminaba con paso rápido, esquivando turistas que se detenían a fotografiar cada rincón como si temieran olvidarlo.

Llevaba un vestido ligero, de un azul desvaído que se confundía con el cielo, y sus zapatos planos resonaban contra el empedrado de la calle. En una mano, sostenía un libro prestado de la biblioteca; en la otra, las llaves de su pequeño departamento cerca de Camden.

Marie le había insistido en que fueran juntas a tomar algo, por lo que accedió antes de volver a la biblioteca. Hacía ya un mes que no devolvía el libro que llevaba, el dueño se había ido y al nuevo no le conocía aún.

- ¡Marie! - exclamó Max al verla en la calle. Bajó del coche de Jack, su marido. Max le saludó también desde la ventana. - Muy...arreglado, ¿de contratos?

- Más o menos. Vengo a por vosotras luego... ¿o no?

- No hace falta, pero gracias. - contestó Marie por Max, le besó en la mejilla y dejó que se marchará al trabajo antes de que llegará tarde. - Bueno... vamos?

- No reserve...y tengo que devolver esto. - alzó el libro que tenía en sus manos.

- Okey... pues un café y te acompaño. - Por cierto, la biblioteca cambio de dueño, ¿lo sabías? Conozco al nuevo.

Max arqueó una ceja al escuchar a Marie mencionar al nuevo dueño de la biblioteca. Había algo en su tono, demasiado casual, que le hizo sospechar.

- ¿Lo conoces? - preguntó, ajustando el libro bajo su brazo mientras caminaban hacia la cafetería cercana. Marie sonrió, ese tipo de sonrisa que solo usaba cuando sabía algo que Max no.

- Sí, de hecho... es un viejo amigo. Josh Ridley.

- Ah... No sé de él, de hecho ni sabía.

- Pues lo conocerás. Vamos, que la cafetería nos cerrará si seguimos caminando tan lento.

Max y Marie entraron en la cafetería, un pequeño local con paredes de ladrillo visto y mesas de madera gastada por el tiempo.Max dejó el libro sobre la mesa mientras Marie pedía para ambas: un café negro para Max y un capuchino con extra de canela para ella.

- ¿Por qué no me habías dicho que era él el nuevo dueño? -Marie jugueteó con su servilleta, evitando por un segundo la mirada inquisitiva de su amiga.

- Porque sabía que reaccionarías así.

- ¿Así cómo?

- Poniéndote a la defensiva. Y no quería que te asustaras antes de conocerlo. - Max frunció el ceño.

- No me asusto de la gente.

- No, claro. Solo evitas comprometerte con cualquiera que parezca interesante.- Marie tomó un sorbo de su café antes de continuar. - Pero Josh es diferente. Y ya que vas a devolver ese libro tarde, al menos tendrás que verlo.

Max no respondió. En realidad, no tenía argumentos. Era cierto que prefería mantener a la gente a cierta distancia, pero no por miedo... al menos no del todo. Era más por costumbre. Londres era grande, pero su mundo era pequeño: Marie, Jack, sus estudios en la universidad y, de vez en cuando, algún café solitario en esa misma cafetería.

- ¿Y qué tiene de especial? - preguntó al fin, intentando sonar indiferente. Marie la miró con una expresión que decía "ya lo verás".

- Es... difícil de explicar. Pero es mi amigo desde la universidad. Si fuera un idiota, ya lo sabrías.

- Bueno, supongo que lo conoceré hoy. Aunque solo sea para devolver este maldito libro.

- Perfecto. Porque después de eso, tenemos planes. - Marie sonrió, satisfecha.

- ¿Qué planes?

- Josh da una charla esta tarde en la biblioteca. - Max la miró fijamente.

- ¿Y por qué iríamos a eso?

- Le prometí que iría. No tiene a nadie aquí, viene desde Edimburgo. - Marie bajó la mirada. - No hablo con él desde hace dos años y... - su teléfono la hizo detenerse. - Dame un momento.

- No pasa nada. - sonrió Max.

Marie se levantó de la mesa para atender la llamada, dejando a Max sola con su café y sus pensamientos. Mientras revolvía distraídamente la bebida, notó que el líquido ya estaba frío. "Genial, ahora tengo café amargo", pensó, arrugando la nariz.

De pronto, el timbre de la puerta de la cafetería sonó, y entró un hombre alto con un traje de tweed que parecía sacado directamente de una novela de Sherlock Holmes. Max casi se atraganta con el último sorbo de su café.

- ¡Oh, por el amor de dios! - murmuró, bajando la cabeza como si eso la hiciera invisible.

Era Tom Shades, el profesor de filosofía que daba conferencias en la universidad y cuyas clases ella había... visitado un par de veces. Sin inscribirse, claro. Solo por curiosidad académica.

Tom se acercó al mostrador para pedir, y Max aprovechó para espiarlo por encima del borde de su taza. Él llevaba esa bufanda oscura que tanto le gustaba, incluso en pleno verano, como si el calor londinense fuera un simple detalle sin importancia.

- ¿Estás bien? Pareces un espía fallido. - la voz de Marie la hizo saltar en su asiento.

- ¡No me asustes! - Max bajó la voz a un susurro dramático. - ¿Ves al tipo del traje? Es Tom Shades. - Marie giró la cabeza con demasiada brusquedad.

-¿El profesor del que me hablaste? ¿El de la voz que derrite cerebros y corazones por igual?

-¡Shhh! - Max le dio un golpe en el brazo. - No lo digas tan alto.

- Relájate, no te ha visto. Aunque... - Marie sonrió maliciosamente. - Podrías saludarlo.

- ¿Y decirle qué? "Hola, soy la chica que se coló en tus clases dos veces y luego desapareció porque me daba miedo que me preguntaras algo inteligente"?

- Pues parece que sí. - la voz de Tom se hizo más clara conforme se acercaba. - Hola Marie, ¿buenas vacaciones?

El café frío en su garganta se convirtió en un nudo de pánico. ¿Él sabía su nombre? ¿La había reconocido? ¿O solo saludaba a Marie? Marie, siempre la traidora, sonrió como si esto fuera lo más normal del mundo.

- ¡Tom! Justo hablábamos de ti.

"Mentirosa", pensó Max, clavándole una mirada asesina que Marie ignoró con elegancia.

- ¿En serio? - Tom se inclinó ligeramente hacia adelante, apoyando una mano en su mesa. Sus ojos, de un verde demasiado intenso para ser reales, se posaron en Max.

- Sí. Max aquí es una gran admiradora de tus clases. ¿Verdad, Max?

Max quiso estrangularla. En su lugar, tosió y murmuró algo que sonó como "mmhmm, filosofía... interesante..." mientras jugueteaba con el borde de su taza. Tom, el muy canalla, esbozó una sonrisa lenta.

- Me alegra oírlo. Aunque la última vez que te vi, saliste corriendo cuando mencioné a Kierkegaard.

- ¡Yo no salí corriendo! - protestó Max, demasiado rápido. - Solo... tenía prisa. Una emergencia con... - se detuvo y dijo lo primero que se le vino a la mente, el nuevo bibliotecario del que habló Marie y su libro vencido. - Mi hermano tenía un problema en la biblioteca St John, la de la esquina, no podía esperar.

Tom arqueó una ceja, claramente disfrutando de su incomodidad.

- ¿Tu hermano? - preguntó, con un tono que dejaba claro que no se lo creía ni un segundo.

- Sí, mi... hermano. - Max tragó saliva. - Josh. El nuevo bibliotecario.

Marie, que hasta ahora había estado observando la escena como si fuera su telenovela favorita, casi escupe su capuchino. Tom se cruzó de brazos, mirando a Max con una mezcla de diversión y escepticismo.

- Bueno, no sabía que el raro del bibliotecario tuviera hermana y menos que una que se cuela en mis clases.

Max sintió que el calor de la cafetería se le subía a la cara. "Estoy muerta", pensó. "Marie me va a enterrar en el jardín de Jack y nadie me encontrará jamás."

- Bueno, en realidad somos... medio hermanos. - improvisó, desesperada. - Por parte de padre. O madre. No lo sabemos muy bien.

Tom se rió, un sonido cálido que hizo que algo en el estómago de Max se revolviera.

- Qué historia tan conmovedora. Tendré que preguntarle a Josh la próxima vez que lo vea.

- ¡No! - Max se levantó tan rápido que la silla chirrió contra el suelo. - Quiero decir... él es muy reservado con ese tema. Trauma familiar y todo eso. - Tom asintió, fingiendo comprensión.

- Claro, claro. Bueno, entonces será mejor que no le diga que su hermana está devolviendo un libro con un mes de retraso. - Max abrió la boca para protestar, pero en ese momento, el teléfono de Marie sonó de nuevo.

- ¡Oh, es Josh! - anunció, como si fuera la salvación divina. - Perdón, tengo que atender esto.

- No, Marie, ¡espera! - Max intentó agarrarla del brazo, pero su amiga ya se alejaba hacia la puerta, lanzándole un último guiño cómplice antes de salir. Un silencio incómodo cayó entre Max y Tom.

- Bueno, disfruta de las vacaciones. Espero que te inscribas en historia y filosofía, en septiembre.

- Gracias y....sí, lo haré. - se despide de él con la mano, dando un adiós a un momento vergonzoso.

Marie apareció a su lado con el rostro serio. Pagó el desayuno y la miró sin decir nada, parecía otra persona, lo que extrañó a Max. el Land Rover de Jack estaba afuera, discutía por teléfono con alguien. Jack le hizo unas señas a Marie para saber si se quedaba, no, era la respuesta de Marie.

- ¡Había un tráfico enorme y... - Jack se excusó.

- ¿Se te olvidó la carpeta en casa?

- Sí. - asintió el rubio, cerrando la puerta del coche. El motor sonó y las ruedas se movieron, justo en dirección a la carretera para marcharse, esta vez, a trabajar.

- Van a despedirle una vez.... - se regañó a sí misma Marie. Se colocó al lado de Max y suspiró. - Mientes de pena, y no me gusta que utilices mis nuevas noticias como excusa, Max.

Max se quedó helada. Marie nunca usaba ese tono con ella.

- ¿Qué? ¿Ahora te molesta que invente un hermano bibliotecario para salir de una situación incómoda? - Intentó reírse, pero sonó forzado. Marie clavó sus ojos azules en ella, tan intensos que hasta los turistas que pasaban parecieron sentir la tensión y se apartaron.

- No. Me molesta que uses a Josh como excusa. - Bajó la voz, pero cada palabra pesaba como plomo.

- Sobre todo cuando no tienes idea de por qué estoy aquí hoy. - Max parpadeó, desconcertada.

- ¿No viniste solo a acompañarme a devolver el libro?

Marie apretó los labios. Por un segundo, Max pensó que iba a gritarle en mitad de la calle. Pero entonces su amiga respiró hondo y se pasó una mano por el pelo, como hacía siempre que luchaba por mantener la calma.

- Josh no solo es mi amigo, Max. Es mi mejor amigo. Y hace dos años, cuando Jack y yo nos casamos... - Hizo una pausa, tragando saliva. - Bueno, él no vino porque estaba en el hospital. Por un accidente de coche.

- ¿Qué? ¿Por qué nunca me lo dijiste?

- Porque Jack me pidió que no lo hiciera. - Marie miró hacia la biblioteca, como si pudiera verlo a través de las paredes. - Y hoy es la primera vez que viene a Londres desde entonces. Vine a apoyarlo, no solo a molestarte con chismes de telenovela. - un silencio pesado cayó entre ellas.

- Marie, lo siento. No sabía... - Max extendió la mano, pero su amiga ya se estaba alejando.

- Da igual. Vamos, que el libro no se va a devolver solo.

Max la siguió, sintiéndose como una idiota. Pero justo cuando llegaban a la puerta de la biblioteca, Marie se detuvo de golpe.

- Ah, y por cierto...- Se giró, con una sonrisa repentina que no presagiaba nada bueno. -Lo de tu hermano Josh... Se lo voy a contar. En detalle. Con mímica incluida. - Max palideció, Marie abrió la puerta con un empujón teatral.

Dentro, entre estanterías de madera oscura y el olor a papel viejo, un hombre alto con el pelo negro despeinado levantó la vista desde el mostrador. Josh Ridley. Sonrió al ver a Marie, su ayudante, un joven de unos veintipocos se hizo cargo del mostrador, ya que no había mucha gente.

- ¡Marie Lake! - caminó hacía ella, la prótesis de la pierna le tenía muy cogido ese día.

Le fallaba a veces pero solo Marie sabía de ello. Josh se acercó con una sonrisa cálida, pero había algo en su paso, un ligero desequilibrio, casi imperceptible, que Max no habría notado de no ser por la confesión de Marie. Josh se acercó abriendo los brazos para abrazarla. Marie se lanzó hacia él sin dudar, y por un momento, Max sintió que era una intrusa en un reencuentro privado.

- Te debo una disculpa. - susurró Marie contra su hombro, tan bajo que Max apenas lo oyó. Josh se rió, un sonido suave y rasposo.

- Por desaparecer dos años sin avisar, o por presentarte hoy sin avisar?

Le guiñó un ojo a Max sobre el hombro de Marie, y ella sintió un inexplicable escalofrío. Sus ojos eran exactamente como Marie los había descrito: grises y azules a la vez, como el cielo de Londres antes de una tormenta.

- Por las dos cosas. - contestó Marie, separándose de él. - Y por esto... - Señaló a Max con un gesto dramático. - Te presento a Max Hartley, mi mejor amiga. Y, según ella, tu hermana perdida.

- ¡Marie! - protestó, pero Josh ya la estaba mirando con una ceja arqueada y una sonrisa que no prometía nada bueno.

- Mi hermana perdida... - repitió Josh, cruzando los brazos sobre el pecho. - Qué interesante. Porque juraría que soy hijo único.

Max tragó saliva. Marie, la traidora, se había apartado discretamente hacia una estantería cercana, fingiendo interés en un volumen de poesía victoriana. "Te mataré después", pensó Max, lanzándole una mirada asesina que Marie ignoró con una sonrisa de suficiencia.

- Es... una historia complicada. - improvisó Max, ajustando el libro bajo su brazo. - Pero no quiero molestarte. Solo vine a devolver esto. - Alargó el libro hacia él, esperando que el gesto terminara la conversación. Josh lo tomó con dedos largos y cuidadosos, como si cada libro fuera un objeto sagrado. Sus ojos bajaron al título: "El jardín de los senderos que se bifurcan", de Borges.

- Un mes de retraso. - murmuró, pasando el pulgar por el lomo. - Y con manchas de café en la página cuarenta y dos.

- ¿Cómo sabes que es la página cuarenta y dos? - preguntó Max, frunciendo el ceño. Josh sonrió, y esa sonrisa le iluminó la cara de una manera que hizo que algo en el estómago de Max se revolviera.

- Porque es mi libro favorito. Y porque yo era el dueño de esta biblioteca antes de venderla. - Señaló una discreta placa en el mostrador que decía "Joshua Ridley, Propietario". - El anterior dueño solo fue un intermediario.

Max abrió la boca, pero no salió ningún sonido. Marie, que había regresado silenciosamente a su lado, mordió su labio inferior para no reírse.

- Vaya. - consiguió decir Max al fin. - Entonces... ¿técnicamente te debía dinero a ti todo este tiempo? - Josh se rió, un sonido bajo y cálido que resonó entre las estanterías.

- Técnicamente, sí. Pero no te preocupes. - acentuó la palabra con sarcasmo dulce. - Te perdono la deuda. A cambio de una cosa.

- ¿Qué cosa? - preguntó, tratando de mantener la voz firme. Josh se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en el mostrador. Su aliento olía a menta y a té negro.

- Que vengas a mi charla esta tarde. "Literatura y silencios: lo que no se escribe en las páginas".

- ¡Eso es chantaje! - exclama Max, cruzándose de brazos con recelo. ¿De verdad tenía que ir, teniendo la tarde para ella sola como solía tener desde que empezó el verano en junio?

El aire dentro de la biblioteca era fresco, pero Max sentía cómo una gota de sudor se deslizaba por su espalda. Josh seguía mirándola, esa sonrisa juguetona en los labios, como si ya supiera que ella terminaría aceptando.

- No es chantaje. - dijo él, pasando una mano por su pelo despeinado. - Es... persuasión literaria.

- Persuasión literaria. - repitió Max, arqueando una ceja. - ¿Eso es lo que le dices a todos? - Josh se rió, y el sonido era tan cálido que casi hacía olvidar el bochorno de la situación. Casi.

- Solo a los interesantes. - Max abrió la boca para responder, pero Marie, que había estado observando el intercambio con una sonrisa cada vez más amplia, intervino:

- ¡Perfecto! Entonces ya está todo arreglado. Max irá a tu charla, Josh.

Max la fulminó con la mirada, pero su amiga solo se encogió de hombros, disfrutando demasiado del momento.Josh, en cambio, no parecía molesto. Al contrario, sus ojos brillaban con diversión.

- Os debo dejar. La charla es a las seis. - se disculpó por marcharse y se dio la vuelta para volver al mostrador, donde a su ayudante le iba mal. - ¿Qué pasa Alex?

- Es que... Creo que la cagué. - señala el sistema de libros en el ordenador. Josh vuelve a mirar a la pantalla seriamente.

Max observó cómo Josh se inclinaba sobre el mostrador, sus cejas fruncidas mientras revisaba el desastre digital que su ayudante Alex había creado. Sus dedos se movían rápidamente sobre el teclado. Marie se acercó a Max y le susurró al oído.

- ¿Ves? Te dije que era especial.

Max no respondió. No podía negar que había algo en él, en la forma en que su camisa negra se arremangaba en los antebrazos, en el que se arregló el pelo, en su seriedad cuando algo le gustaba...ella también leía pero no tenía esa devoción.

- Su charla es en tres horas. - murmuró Max, cambiando de tema. - ¿Qué hacemos hasta entonces? - miró su reloj de muñeca, eran las cuatro de la tarde. Marie sonrió, maliciosa.

- Podríamos ir a tomar un helado. O... podrías quedarte aquí y seguir viendo libros para tu colección personal.

- ¿Quedarme aquí? ¿Para qué? Ya devolví el libro.

Marie sonrió, demasiado dulce para ser inocente.

- Para investigar. Ya sabes, asegurarte de que la charla no sea un aburrimiento mortal antes de comprometerte a ir. - Bajó la voz. - Además, podrías casualmente cruzarte con él otra vez. Ver cómo es cuando no está siendo chantajista literario. - Max frunció el ceño.

- No voy a investigar a nadie.

- Claro que no. - Marie le guiñó un ojo. - Solo quédate un rato. Yo tengo que irme, Jack me espera. Pero prometo que volveré antes de las seis.

Antes de que Max pudiera protestar, Marie le dio un rápido abrazo y salió de la biblioteca con un movimiento casi teatral, dejándola sola entre las estanterías. Max suspiró. "Esto es ridículo", pensó. Pero en lugar de marcharse, sus pies la llevaron hacia una sección cercana: Literatura Contemporánea.

Si iba a quedarse, al menos encontraría algo bueno para leer. Pasó los dedos por los lomos de los libros, deteniéndose en uno de Murakami. Sonrió para sí misma, era el primer autor del que oyó hablar en las clases de historia, pero negó con la cabeza y continuó viendo.

La gente de la biblioteca la abandonaba, con o sin libros, o simplemente con una reseña para comprar uno. Max pasaba los dedos por los lomos de los libros, fingiendo interés en las novelas de Murakami mientras, por el rabillo del ojo, espiaba a Josh tras el mostrador. Él seguía tecleando con determinación, ocasionalmente murmurando instrucciones a Alex, cuyo rostro reflejaba un pánico cómico.

De pronto, Josh se enderezó y se pasó una mano por el pelo, despegándose el sudor de la frente. El movimiento hizo que su camisa negra se arremangaba aún más, revelando un reloj de plata gastada y, en la muñeca izquierda, una cicatriz fina y blanca que serpenteaba hacia su antebrazo. Max apartó la mirada rápidamente, sintiendo que había visto algo que no debía.

- ¿Encontraste algo interesante o sólo estás fingiendo para espiarme?

La voz de Josh, tan cerca, la hizo dar un respingo. Él estaba ahora a su lado, apoyado casualmente contra la estantería, con los brazos cruzados y una sonrisa que delataba que la había pillado en el acto.

- No te estaba espiando. - mintió Max, agarrando el primer libro que encontró. "El amor en los tiempos del cólera". Josh arqueó una ceja.

- ¿García Márquez? No te pega.

- ¿Y tú qué sabes de lo que me pega? - replicó, aunque dejó el libro en su lugar.

- Por la forma en que sostenes ese libro, como si fuera un animal que podría morderte. - Señaló sus manos, que efectivamente agarraban el volumen con torpeza. - No eres de clásicos. Eres de... - Pasó un dedo por los estantes, deteniéndose en "La chica del tren". - Thrillers. O historias con finales que no ves venir.

- Eso fue... inquietantemente preciso. - Max lo miró, impresionada a pesar de sí misma. Josh se encogió de hombros, pero había un brillo de satisfacción en sus ojos.

- Trabajo aquí. Es mi trabajo adivinar a la gente por sus lecturas.

- Bueno...gracias. - apartó la mira del bibliotecario. Empezó a leer de que iba el libro que le recomendó. - Me lo llevo.

- Genial. Vente y te lo cobro.

Max siguió a Josh hacia el mostrador, notando de nuevo ese ligero desequilibrio en su paso. No cojeaba exactamente, pero había una pausa casi imperceptible en su movimiento. Alex, el ayudante, ya había desaparecido, probablemente a esconderse después del desastre informático, dejando el mostrador vacío. Josh pasó el libro por el escáner con movimientos precisos.

- ¿Eres nueva por aquí? - preguntó sin levantar la vista, tecleando algo en la computadora.

- No. Bueno, sí. - Max jugueteó con el borde de su vestido. - Vine hace unos meses, pero el dueño anterior era... menos observador. - Josh soltó una risa breve.

- Ah, el señor Phelps. Solo estaba aquí por la jubilación. Nunca se fijaba en nada. - Alzó la mirada, clavando esos ojos gris-azulados en ella. - Yo sí.

Max sintió un escalofrío. No era una amenaza, pero tampoco una simple observación. Era una advertencia: aquí, bajo estos techos altos y estanterías llenas de historias, nada escapaba a su atención.

- Entonces, ¿siempre analizas a tus clientes? - preguntó, desviando el tema.

- Solo a los que inventan que son mis hermanas. - Le entregó el libro con una sonrisa que le hizo arder las orejas. - Eso te convierte en un caso especial.

Max tomó el libro, evitando tocar sus dedos por puro instinto de supervivencia.

- Marie te lo explicará todo.

- Prefiero que lo hagas tú. Durante la charla. O después.

- No prometo quedarme si es aburrida.

- No lo será.

El timbre de la puerta sonó, y un grupo de estudiantes entró riendo, rompiendo el momento. Josh se enderezó, profesional de nuevo.

- Seis en punto, Max. No llegues tarde.

- Ok.

Antes de que las puertas se cerrasen, Max sale a la calle. El calor era soportable y busca en su móvil la parada más cercana del metro. Iría a casa para gestionar la salida de esa misma noche, tenían una fiesta en un pub del centro. Llama por teléfono a Jack, interrumpiendo sin darse cuenta en una reunión.

- Jack, no se si estás disponible pero....

- Rápido.

- ¿A qué hora es lo del pub?

- ¿En serio? - suspira por la otra línea. - Marie debería habértelo recordado, a no ser que se le olvidará también. Es a las once, después de que cenes con nosotros en Joe 's.

- Gracias.

Max colgó el teléfono con un suspiro. Once de la noche. Tiempo más que suficiente para asistir a la maldita charla de Josh, cambiarse y reunirse con ellos.

El metro la llevó a su apartamento en Camden en cuestión de minutos. El pequeño estudio olía a café frío y a las flores que Marie le había traído la semana pasada y que ahora se marchitaba lentamente en un jarrón junto a la ventana.

Se dejó caer en el sofá y abrió el libro que Josh le había recomendado. "La chica del tren". No era su estilo habitual, pero si el bibliotecario era tan bueno leyendo personas como parecía, quizás valía la pena darle una oportunidad. Las páginas pasaron sin que se diera cuenta. Cuando miró el reloj, eran las cinco y media.

- ¡Mierda!

Se levantó de un salto, tirando el libro al sofá. Solo tenía media hora para volver a la biblioteca. Se miró en el espejo del baño: el vestido azul estaba arrugado y su pelo parecía haber perdido la batalla contra la humedad londinense.

- Perfecto. Parezco una estudiante que ha dormido en la biblioteca. - Se pasó los dedos por el pelo, intentando domar los rizos rebeldes, y se aplicó un rápido toque de labial. No era mucho, pero bastaría.

Cuando llegó a la biblioteca, faltaban cinco minutos para las seis. El lugar estaba más concurrido de lo que esperaba. Un grupo de unas veinte personas se había reunido en la sección de eventos, donde alguien había colocado sillas en semicírculo frente a una pequeña mesa con un micrófono.

Marie no estaba.

- Genial. - Max se mordió el labio, buscando entre la multitud.

- Pensé que no vendrías. - la voz de Josh, justo detrás de ella, le hizo dar un respingo. Se giró y allí estaba él, con una camisa negra impecable y ese pelo, que se había peinado con...elegancia, ¿tal vez?

- Prometí que vendría, ¿no? - respondió, cruzando los brazos. Josh sonrió, lento, como si supiera que había dudado hasta el último segundo.

- Sí, pero también prometiste que te irías si te aburría. - Señaló hacia la primera fila, donde Marie, la traidora, ya estaba sentada junto a Jack. Marie le hizo un gesto exagerado para que se uniera a ellos.

- No te preocupes. - continuó Josh, bajando la voz. - Si te duermes, no me ofenderé. Aunque... - Se inclinó un poco. - Dudo que lo hagas.

Antes de que Max pudiera responder, Josh se dirigió al frente, saludando a los asistentes con una sonrisa fácil. Max respiró hondo y se deslizó en el asiento que Marie le había reservado.

- ¿Qué te dijo? - preguntó Marie, con los ojos brillantes de curiosidad.

- Nada. - murmuró Max, clavando la mirada en el frente.

Marie no pareció convencida, pero no tuvo tiempo de insistir. Josh comenzó a hablar. Y, contra todo pronóstico, Max no se durmió. Al contrario.Para cuando Josh llegó al punto central de su charla, Max estaba completamente enganchada. Su voz, grave y cálida, llenaba la habitación, tejiendo ideas que parecían hechas a medida para ella.

- Bueno, son las siete. - declara Marie. La cena es a las diez... Invité a Josh, ¿no te importa, no?

- No, claro que no.

- Vale. Voy a comentarle una cosa, te veo fuera para arreglarnos para la cena. - sonríe Marie, dejando a Max sentada en la silla.

Max esperó fuera de la biblioteca, apoyada contra la pared de ladrillo mientras el sol del atardecer teñía Londres de tonos dorados.La puerta de la biblioteca se abrió con un chirrido. Marie salió, arrastrando a Josh de la mano como si fuera un niño reacio.

- ¡Lo convencí! - anunció Marie, radiante. - Vendrá a cenar con nosotros. - Josh se frotaba la muñeca con expresión de resignación divertida.

- En realidad, no me dejó opción.

- Perfecto. -dijo, demasiado rápido. - Nos vemos en Joe's, entonces.

- Espera. - Marie la agarró del brazo. - No pienso dejarte escapar. Vamos a tu casa a arreglarnos juntas.

- ¿Qué? ¿Por qué?

- Porque ese vestido parece que lo has dormido tres días seguidos. - respondió Marie, arrugando la nariz. - Y porque Josh necesita descansar un poco antes de la cena. ¿Verdad, Josh?

Josh, que estaba masajeándose discretamente el muslo izquierdo, justo donde Max imaginaba que empezaba la prótesis, asintió.

- Jack pasa a recogerme en media hora. - dijo. - Así que no os preocupéis por mí.

Marie no aceptó negativas. Veinte minutos después, Max estaba en su baño, sufriendo una "intervención de emergencia estética" mientras Marie revolvía su armario con expresión crítica.

- Dios mío, Max. - exclamó, sosteniendo una camiseta negra llena de agujeros. - ¿Usas esto para dormir o para limpiar el suelo?

- Es vintage. - mintió Max, enjugándose la mascarilla que Marie le había obligado a aplicarse.

- Vintage, sí. Como la peste bubónica. - Marie tiró la camiseta a un rincón y sacó un vestido corto color vino. - Esto. Con tus botas negras. Y por el amor de Dios, deja que te peine.

Max se dejó manejar como una muñeca, cansada para protestar. Marie le secó el pelo con el difusor, rizando cuidadosamente cada mecha, mientras mascullaba sobre lo "imposible" que era su cabello.

- Ya casi llegamos. - dijo Marie, pasando un último toque de brillo labial sobre los labios de Max.- Aunque no sé por qué me esfuerzo tanto si vas a ponerte esa cara de pocos amigos toda la noche.

- No pongo esa cara.

- Sí, la pones. Sobre todo cuando estás nerviosa. - Marie le lanzó una mirada astuta. - Y ahora estás nerviosa.

Max no respondió. Porque era cierto. El timbre del apartamento sonó, haciendo que ambas saltasen.

Marie corrió a abrir, pero al mirar por la mirilla, su expresión cambió. Max se puso de pie tan rápido que casi volcó la silla. Marie abrió la boca para preguntar, pero un grito ahogado desde la calle la hizo girarse bruscamente.

- ¡Josh!

Max llegó a la puerta justo a tiempo para ver la escena: Josh, apoyado contra el Land Rover de Jack, con el rostro contraído en una mueca de dolor. Su pierna prostética parecía haberle fallado, y antes de que Jack pudiera reaccionar, Josh tropezó y cayó pesadamente contra el asfalto.

- ¡Joder! - maldijo, agarrando su muslo con ambas manos. Marie salió disparada, arrodillándose a su lado.

- ¿Te duele? ¿Es la prótesis?

- El encaje está... pinzando. - Josh asintió, conteniendo la respiración. El sudor perlaba su frente. Jack ya estaba llamando a urgencias, pero Josh levantó una mano.

- No, no es necesario. Solo... ayúdame a levantarme.

Max se quedó paralizada en el umbral, sintiendo que cada célula de su cuerpo le gritaba que corriera hacia él, pero algo la detuvo. Marie y Jack lo ayudaron a incorporarse con cuidado. Josh cojeó hasta el sofá del apartamento, donde se dejó caer con un gemido ahogado.

- Necesito ajustarla. - dijo entre dientes - Jack

Jack asintió y salió corriendo.

Marie se sentó junto a Josh, murmurando algo al oído que Max no pudo escuchar. Ella permaneció en la puerta, sintiéndose como una intrusa. Cuando Jack regresó con el maletín, Josh se recluyó en el baño. El sonido metálico de los ajustes y un gruñido de dolor ahogado llegaron hasta la sala.

- Deberíamos cancelar la cena. - susurró Max. Marie negó con la cabeza. Unos diez minutos después, Josh salió.

- Listo. - dijo, forzando una sonrisa. - Perdón por el espectáculo.

Max quería decir algo. Preguntar si estaba bien... pero las palabras se atascaron en su garganta.

En el restaurante, la tensión era palpable. Max se sentó lo más lejos posible de Josh, fingiendo interés en su copa de vino. Marie y Jack llevaban la conversación, pero cada vez que Josh intentaba incluir a Max con una mirada o un comentario, ella desviaba los ojos.

- Max. - dijo Josh finalmente, cuando el postre llegó. - ¿El libro? ¿Te gustó? - Ella alzó la vista, sorprendida.

- Sí. Aunque el final fue... inesperado. - Josh sonrió, y por primera vez esa noche, el dolor en sus ojos se disipó un poco.

- Como la vida misma.

Marie los observó a ambos con una expresión que Max no pudo descifrar. Pero cuando Josh se levantó para ir al baño, cojeando apenas perceptiblemente, Max no pudo evitar mirar.

Y esta vez, no apartó la vista.

- Perdón. Pero... - su mirada fue hacía Jack. - ¿Cómo ocurrió el accidente?

Marie y Jack se miraron. El silencio se hizo pesado en la mesa. Marie bajó la vista, jugueteando con su copa de vino. Jack respiró hondo antes de hablar, su voz más grave de lo habitual.

- Fue después de nuestra despedida de soltero. - Los nudillos de Jack se blanquearon al apretar el mantel. - Josh iba a recoger a su novia... o ex novia, más bien. Ella lo estaba esperando en el aeropuerto, se iban a Edimburgo juntos. Cuando llegó a recogerla...mientras volvían.

- Un camión perdió el control en la autopista. - Marie levantó la vista, sus ojos vidriosos. - Lo impactó de lado. El coche quedó hecho trizas.

Josh regresó en ese momento, apoyándose levemente en el respaldo de cada silla que pasaba. Su expresión cambió al notar la tensión en el aire.

- ¿De qué hablan? - preguntó, intentando sonar casual mientras se sentaba. Max lo miró directamente, sin apartar la vista esta vez.

- Del accidente. - El tenedor de Josh chocó contra el plato con un tintineo metálico.

- Max, quizás no es el mejor momento. - intentó intervenir Marie, pero Josh levantó una mano.

- Está bien.- Respiró hondo. -¿Qué quieres saber exactamente?

Max notó cómo su pulso se aceleraba. Había algo en la forma en que Josh la miraba ahora, vulnerable pero desafiante, como si estuviera esperando que ella diera el siguiente paso.

- ¿Por qué no viniste a la boda? - preguntó, más suave de lo que pretendía. -Marie dijo que estabas en el hospital, pero... ¿fue solo por las heridas? - El silencio se extendió. Jack se levantó abruptamente.

- Voy a pedir otro vino.

Marie lo siguió con la mirada, indecisa, pero Josh asintió casi imperceptiblemente. Cuando se quedaron solos en la mesa, Josh giró su copa entre los dedos.

- Mi novia murió en el accidente. - Las palabras cayeron como piedras. - Yo estaba en coma cuando Marie se casó. - Max sintió que el aire le quemaba los pulmones.

- Dios, Josh... No lo sabía.

El silencio que siguió fue denso. Josh jugueteaba con el borde de su servilleta, doblando y desdoblando una esquina con movimientos mecánicos.

- No lo digas por pena. - murmuró al fin, sin mirarla. - La mayoría no lo sabe. Marie y Jack son de los pocos que... - Hizo un gesto vago con la mano. - Bueno, que lo entendieron.

Max sintió un nudo en la garganta. Sin pensarlo, extendió la mano y cubrió la de Josh, deteniendo su movimiento nervioso. Él alzó la vista, sorprendido.

- No es…pena. - dijo ella con voz firme. - Es... que lo reconozco. - Josh la estudió por un largo momento, esos ojos gris-azulados escarbando en ella como si buscara algo. Max tragó saliva. Nadie, ni siquiera Marie, conocía esta parte de su historia. - Mi madre murió de cáncer cuando yo tenía dieciséis. - Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas. - Mi padre se mudó a Escocia después. Dijo que necesitaba "empezar de nuevo". - Hizo comillas en el aire con los dedos libres. - Así que sí. Reconozco lo que es perder a alguien y que el mundo espere que sigas funcionando como si nada.

El cambio en la expresión de Josh fue casi imperceptible: un leve parpadeo, el relajamiento de su mandíbula. Pero Max lo notó.

- ¿Por qué me lo dices ahora? - preguntó, bajando la voz.

- Porque esa charla de hoy... - Max buscó las palabras adecuadas.- Hablaste de los silencios entre las líneas. De cómo a veces lo no dicho duele más que las palabras. - Hizo una pausa. - Creo que ambos sabemos de eso.

Josh exhaló lentamente, como si llevara años conteniendo el aliento.

- El cáncer es un ladrón distinto al accidente. -murmuró. -Pero al final, el vacío que deja es el mismo.

Max asintió, sin confiar en su voz. Sus dedos aún descansaban sobre los de Josh, y ninguno de los dos hizo movimiento por separarlos.

El regreso de Jack con una botella de vino y Marie cargada de postres que nadie quería rompió el momento. Pero cuando Josh retiró su mano para ayudar a servir el vino, le dirigió a Max una sonrisa pequeña pero genuina.

- ¿Sabes? - dijo en voz baja, mientras Marie discutía con Jack sobre qué postre probar primero. - Creo que me gustaría leer ese libro contigo algún día. El de los finales inesperados. - Max sintió que algo se desprendía dentro de su pecho, algo afilado que llevaba años clavado.

- Solo si me prometes no cobrar multas por atraso. -respondió, devolviéndole la sonrisa.

Marie, que había estado observando el intercambio con disimulo desde detrás de su copa, dejó escapar un suspiro de alivio.

- Por fin. - murmuró para sí misma, ahogando una sonrisa en su vino, Jack se dio cuenta y le cogió la mano a Marie.

Fueron al pub esa misma noche a las once, bailaron, rieron y bebieron. Pero Marie observó y calló lo que veía. A Max y Josh borrachos muy cerca, a su marido ligando con una copa de Martinni. Se divirtió como si estuviera de nuevo en la universidad, pero con Max.

**Julio**

Semanas después, el cumpleaños de Marie llegó y con ese evento, el regalo de Josh. Un viaje a Venecia, pero no tenía suficiente dinero para tres billetes, quería que Max fuera con ellos, seguro que le gustaba.

- No te preocupes, que disfruten ambos. Hace mucho que Jack no sale del trabajo.

- ¿Seguro? - Josh se detuvo frente a la universidad de Max.

- Sí... No me apetece un viaje tan largo.. Pero gracias...espera... - se volvió a ver la universidad. - ¿Por qué paramos aquí?

- Justo en esa acera es donde compré los billetes. Ese es el gestor de viajes. - señala con la mano, cerca de ella. - A ver si me dan el dinero para devolver uno.

- Seguro que sí. - caminó junto a él.

- Puedes irte si quieres, no hace falta que...

- Andando. - le jala levemente, caminando esta vez delante de él, sus sonrisas no se fueron de sus rostros.

El gestor de viajes resultó ser un pequeño local escondido entre una librería y una cafetería. La campanilla de la puerta sonó cuando entraron, anunciando su llegada a un espacio atestado de posters de destinos exóticos y el aroma a papel viejo.

- Espera aquí. - dijo Josh, señalando hacia un par de sillas desgastadas junto a la ventana. - Esto no debería tardar.

Max asintió y se dejó caer en una de las sillas, observando cómo Josh se acercaba al mostrador. Incluso ahora, un mes después de que comenzara su extraña amistad, no podía evitar notar cómo se movía: esa pausa calculada en cada paso, el modo en que a veces se agarraba discretamente al muslo cuando creía que nadie lo miraba.

El empleado, un hombre mayor con gafas, reconoció a Josh de inmediato.

- ¡Joshua Ridley! ¿Los billetes a Venecia no eran de su agrado?

Josh lanzó una mirada rápida hacia Max antes de responder.

- Cambio de planes. Necesito reembolsar uno.

- ¿Solo uno? - El empleado ojeó su registro. - ¿La señorita Lake ya no viaja con usted?

Max sintió un calor repentino en la nuca. ¿Marie Lake? ¿Por qué sonaba eso como si...?

- No, no es eso. - respondió Josh, demasiado rápido. - Es complicado.

El empleado murmuró algo sobre "políticas de cancelación" y comenzó a teclear en su computadora. Max aprovechó para acercarse, fingiendo interés en un folleto sobre Toscana.

- ¿Marie sabe que compraste estos billetes hace meses? - preguntó en voz baja. Josh tensó los hombros.

- No. Era... una sorpresa. Para su aniversario de boda.

Max tragó saliva. Claro. Marie y Jack. No había pensado en eso.

- Pero con el trabajo de Jack siendo como es... - Josh continuó, como si necesitara justificarse. - Pensé que quizás ella preferiría ir contigo.

Max lo miró fijamente.

- Josh Ridley, ¿estás intentando librarte de mí? - Él parpadeó, sorprendido, antes de que una sonrisa lenta iluminara su rostro.

- Todo lo contrario. - Bajó la voz hasta convertirla en un susurro. El corazón de Max dio un vuelco.

El empleado tosió discretamente, interrumpiendo el momento.

- Señor Ridley, lamentablemente solo puedo reembolsar el 70%.

Josh ni siquiera miró el dinero.

- Perfecto. - Tomó el sobre y se volvió hacia Max. - ¿Vamos?

Caminaron en silencio por las calles de Londres, el sobre con el reembolso abandonado en el bolsillo de Josh.

- Entonces... - comenzó, buscando algo que decir. - ¿Qué hacemos ahora?

Josh se detuvo frente a la entrada de Regent 's Park. El sol de la tarde teñía su perfil dorado, acentuando las pecas que salpicaba su nariz.

- Podríamos sentarnos un rato. - Señaló hacia un banco bajo un árbol. - A menos que tengas algo mejor que hacer. - Max sonrió.

- No tengo nada mejor.

Se acomodaron en el banco, hombro con hombro, mientras los patos nadaban perezosos en el estanque frente a ellos. Josh sacó dos tazas de café de un puesto cercano y le pasó una a Max guiñandole un ojo. Max rió y tomó un sorbo. El café estaba demasiado dulce, exactamente como le gustaba.

- ¿Cómo lo sabías?

- Observador profesional, recuerda. -Su sonrisa se suavizó. - Además, te gusta el azúcar pero odias la canela. Tomas café negro pero con tres sobres de azúcar. Lees thrillers pero subrayar las frases románticas. - Hizo una pausa. - Y cuando estás nerviosa, te tocas el lóbulo de la oreja izquierda.

Max bajó rápidamente la mano de su oreja.

- Eso es... inquietante.

- O atención al detalle. -Josh miró hacia el agua. - Marie tenía razón, ¿sabes? Eres diferente. - Max sintió que el aire se le atascaba en los pulmones.

- ¿Diferente cómo?

Josh giró lentamente para mirarla. Había algo en sus ojos, algo intenso y vulnerable al mismo tiempo, que hizo que Max contuviera la respiración.

-Diferente en que... - Comenzó a decir, pero el sonido estridente del teléfono de Max lo interrumpió.

Era Marie.

- ¡Max! ¿Dónde están? - Max apartó el teléfono de su oreja.

- Eh... estamos en el parque.

- ¿El parque? - El tono de Marie se volvió sospechoso. - ¿Qué están haciendo en el parque? - Josh, que podía oír cada palabra, sonrió y tomó el teléfono de la mano de Max.

- Discutiendo literatura, Lake. ¿Qué más iba a ser?

Colgó antes de que Marie pudiera responder y le devolvió el teléfono a Max. Max rió, pero la pregunta seguía flotando entre ellos, tan palpable como el aroma a café y a hierba recién cortada. Josh no lo dijo. Pero cuando sus dedos rozaron los de Max al pasarle la taza, el mensaje fue claro.

- Eres diferente...en el sentido en el que...Alegras los malos días de otros. - concluyó Josh.

- Oh...

- Además de que estás soltera. - empezó a reír, pero la mirada de Max le hizo detenerse. Ella se levantó y se empezó a marchar. - ¡Además de dramática, pelirroja!

- Ay calla. - le dijo ella sin volverse. Él se levantó del banco y la siguió con una sonrisa, pero ella se volvió antes que él. Sus rostros se encontraron tan rápido, él no titubeó y... la besó.

El sabor a café dulce en los labios de Josh, el calor de sus manos al enredarse en el pelo de Max, el sonido ahogado que escapó de su garganta cuando él la atrajo más cerca. Todo se volvió borroso excepto eso: el peso de su boca sobre la suya, suave pero insistente, como si llevara meses imaginando ese momento.

Max no supo cuánto tiempo pasó antes de separarse. Solo que cuando abrió los ojos, Josh ya estaba retrocediendo, con una expresión entre asombrada y aterrorizada.

- Mierda. - Se pasó una mano por el pelo, despeinado aún más—. Lo siento, no debería haber...

- Cállate. - Max lo interrumpió, tirando de su camisa para atraerlo de nuevo hacia ella.

Esta vez, el beso fue más lento, más deliberado. Josh gimió contra sus labios cuando Max le mordió el inferior suavemente, sus manos encontrando el camino hacia su cintura como si ya conocieran cada centímetro.

- ¡Dios mío! - La voz estridente de Marie los separó de golpe.

Ambos giraron la cabeza hacia la entrada del parque, donde Marie y Jack estaban paralizados, con expresiones idénticas de shock. Marie sostenía una botella de champán sin abrir; Jack, dos copas.

- ¿En serio? - Marie señaló entre ellos con la botella.- ¿Aquí? ¿En mi banco del parque?

- Tu banco... - Josh parpadeó, todavía aturdido. - ¿Qué?

- El banco donde Jack me pidió que fuéramos al baile de graduación juntos. - Marie cruzó los brazos. Max se separó un poco.

Josh miró el banco como si lo viera por primera vez, luego a Max, cuyas mejillas estaban teñidas de un rojo escarlata que rivalizaba con su pelo.

- Lo siento, no sabía que esto era... un lugar sagrado. - farfulló Josh, pasándose una mano por la nuca. Jack, que hasta ahora había permanecido en silencio, soltó una carcajada y levantó las copas.

- ¡Por fin! Llevo meses apostando con Marie sobre cuándo ocurriría esto.

- ¡Jack! -Marie le dio un codazo, pero sonreía. - Se supone que no debías decirlo. - Max se cubrió la cara con las manos.

- ¿Estaban apostando sobre nosotros? - Josh, recuperando algo de su compostura, se inclinó hacia Marie con una sonrisa pícara.

- ¿Y quién ganó?

- Yo, obviamente. - Marie respondió, abriendo la botella de champán con un pop que hizo volar a los patos. - Sabía que solo necesitas un empujón. O en este caso... - Hizo un gesto hacia el banco, un banco sentimentalmente cargado.

El champán espumoso llenó las copas mientras los cuatro se acomodan en el césped, la tensión inicial dando paso a risas y bromas. Max, todavía con el sabor de Josh en sus labios, notó cómo su pierna se apoyaba contra la de ella, un contacto discreto pero deliberado.

- Entonces... - Jack alzó su copa, mirándolos con diversión. - ¿Esto significa que finalmente dejarán de mirarse como dos perritos tristes en la lluvia?

- Eso espero. - contestaron Max y Josh a la vez. Los ojos de Josh encontraron los de Max, y en ese momento, supo que nada volvería a ser igual.

Hasta que el verano acabase...justo en dos meses.

***Principios de Agosto***

Josh le había pedido a Max mudarse a su apartamento, justo encima de la librería, y aceptó. Compartían comida, intereses, gustos... Y mucho más, ¿por qué negarse? Pero Marie y Jack no estaban, Venecia les gustó muchísimo. Al menos al llegar allí, Josh acertó con el lugar exacto donde podría pasar el mes.

- Buenos días. - la voz de su soñoliento bibliotecario le hizo despertar de sus pensamientos mañaneros.

- Hola.

- Hice el desayuno.

- No tenías por qué. - le abrazó justo cuando estaba acercándose a ella para besarla.

- Aja... Y en qué me convertiría, el no hacerte el desayuno una vez a la semana?

- En ti mismo. - sonrió, dándose cuenta de lo dormido que estaba, ni siquiera se había peinado. - ¿Has decido lo que te comenté?

- La prótesis es muy cara, Maxinne... - suspira bajándole la mirada.

- Piénsalo. Estarás mejor, sin tantos problemas y podrás moverte sin dificultad. Odio verte mal, angustiado.

- Estoy bien.

- No mientas. Te conozco. Y solo de tres meses.

- Junio no cuenta.

- Si.

- No. Y... Por favor, levántate. - le jala de las manos y la lleva como princesa...con el pijama casi quitado por la parte de atrás.

- ¡No, Josh no! - Max se soltó rápido de su agarre. - Va mal para la... - iba a quejarse más, el peso no iba bien, no más de lo que la pierna soportaba. Pero la besó de nuevo, así cualquiera gana discusiones.

- Cállate de una vez, pesada. - Revolvió su pelo como si fuera una niña y se sentaron a desayunar en la cocina.

El apartamento sobre la librería olía a café recién hecho y a pan tostado. Las cortinas filtran la luz dorada de la mañana, pintando rayas cálidas sobre la mesa del desayuno donde Max y Josh se sentaban, riendo entre murmullos y miradas cómplices.

- ¿Sabes qué es lo mejor de esto? - preguntó Max, untando mantequilla en su tostada con exagerada concentración.

- ¿Qué? - Josh inclinó la cabeza, observándola con esa mirada suya que parecía memorizar cada uno de sus gestos.

- Que no tienes excusa para llegar tarde a trabajar. Bajar las escaleras no cuenta como "tráfico". - Josh lanzó una miga de pan hacia ella, que esquivó con una risa.

- Muy graciosa. Aunque, técnicamente, sí tengo tráfico... de libros. - Señaló hacia abajo, donde la librería esperaba silenciosa. Max rodó los ojos, pero no pudo evitar sonreír.

El tema había estado flotando entre ellos desde julio, como una nube gris que ninguno quería tocar del todo. Pero Max no era de dejar las cosas a medias.

- Josh. - dijo, con seriedad repentina en su voz. - No es solo por ti. Es por mí también. - Él dejó el tenedor sobre el plato, el clic metálico resonando en el silencio. - No me digas que no puedes permitirtelo. Sabes que no es eso. - Ella extendió la mano, rozando sus dedos sobre los suyos. - Quiero verte sin ese dolor. Quiero que corras conmigo por Regent 's Park, que no tengas que parar cada diez minutos.

Josh respiró hondo, sus ojos oscuros buscando los de ella.

- ¿Y si no funciona?

- ¿Y sí sí? - replicó ella, desafiante. Él se quedó callado un momento, luego esbozó una sonrisa pequeña.

- Eres increíblemente terca, ¿lo sabías?

- Sí, y es uno de mis mejores atributos. - Le guiñó un ojo. Josh se rió, pero luego asintió, lento pero firme.

- Vale. Lo haré. - Max sintió que el corazón le daba un vuelco.

- ¿En serio?

- Sí. Pero con una condición.

- ¿Cuál?

- Que no vas a hacerme sentir como un proyecto de manualidades. No quiero que me mires como si fueras mi enfermera... Y que Jack o Marie no lo paguen. - Max puso los ojos en blanco.

- Por Dios, Ridley...

- Lo sé. - Sonrió, y esta vez fue genuino. - Pero tenía que decirlo.

El teléfono vibró sobre la mesa, interrumpiendo el momento. La pantalla mostró una foto de Marie sonriendo frente al Gran Canal, con Jack haciendo el ridículo detrás de ella con un sombrero de gondolero.

- "¡Nos hemos perdido tres veces! ¿Cómo es posible que Venecia sea tan pequeña y a la vez tan laberíntica? P.D.: Josh, si no le has propuesto matrimonio a Max aún, eres un cobarde. Jack dice que apuesta a que lo harás en el puente de los Suspiros (metafóricamente, claro)." - Max leyó en voz alta, soltando una carcajada. Josh se pasó una mano por el pelo despeinado, fingiendo exasperación.

- Dios, ¿les pagamos por irse solo para que sigan mandando instrucciones?

- Sí . - respondió Max, mordisqueando su tostada. - Y tú sabías que sería así. - Él ladeó la cabeza, mirándola con esa expresión que siempre la hacía sentir como si estuviera bajo una lupa cariñosa.

- ¿Y? ¿Lo haré?

- ¿El qué? - preguntó Max, aunque sabía perfectamente adónde iba.

- Proponerte matrimonio en un puente italiano. - Ella le lanzó una miga.

- Primero sobrevive a la prótesis. Luego hablamos de puentes.

Josh se rió, pero el sonido se cortó cuando su pierna, la de carne y hueso, se tensó bajo la mesa. Max notó el cambio al instante.

- ¿Duele? - preguntó, bajando la voz. Él negó con la cabeza, pero su sonrisa era un poco más forzada.

- Solo es el clima. Humedad y esas cosas.

Max no dijo nada, pero deslizó su pie descalzo sobre el suyo bajo la mesa, un contacto silencioso. Josh cerró los ojos un segundo, como si ese pequeño gesto le diera más alivio que cualquier palabra.

La campanilla de la puerta sonó cuando Max bajó las escaleras, sí, literalmente bajó, porque vivir encima de una librería era tan romántico como inconveniente cuando necesitabas leche a medianoche. Josh estaba reorganizando una estantería, balanceándose incómodo en la escalera.

- ¿Necesitas ayuda? - preguntó, acercándose.

- No. - mintió él, mientras agarraba el estante con más fuerza de la necesaria. Max cruzó los brazos.

- Joshua Ridley, si te caes y te rompes la otra pierna, te mato. - Él bajó con cuidado, aterrizando con un suave clic de su prótesis actual contra el suelo.

- Prometo que cuando tenga la nueva, subiré estanterías como un mono.

- Lo dudo. - murmuró ella, ajustándole el cuello de la camisa. - Pero al menos podrás correr cuando Marie te acorrale con preguntas sobre bebés. - Josh palideció.

- Dios, no. ¿Crees que...?

- Sí. Lleva semanas mirando fotos de gorritos de bebé en Pinterest. - Max lo dijo con horror dramático, pero Josh la miró con curiosidad.

- ¿Y tú? ¿Qué piensas de...?

- ¿De gorritos? Odio los pompones.

- Max... - él la agarró de la cintura, tirando de ella hacia sí. - Lo sabes. - Ella suspiró, fingiendo exasperación, aunque sus mejillas se calentaron.

- Josh, llevamos dos meses. Ni siquiera hemos... - Hizo un gesto vago hacia el piso de arriba.

- ¿Qué? ¿Quieres un PowerPoint con mi plan a cinco años? Porque lo tengo. Diapositiva tres: Cómo convencer a Max de que los gatos no son mejores que los bebés. - Max se rió, pero antes de que pudiera responder, la puerta de la librería se abrió de golpe.

- ¡Hemos vuelto! - anunció Marie, con un sombrero veneciano ridículo y gafas de sol de diamantes. Jack entró detrás, cargado de bolsas y con una camiseta que decía "El esposo de Marie" en italiano.

- ¿Ya? - preguntó Josh, desconcertado. - El viaje era hasta...

- Jack perdió el pasaporte en un canal. - susurró Marie, como si fuera un secreto, aunque Jack la miró con indignación.

- ¡Tú lo tiraste porque decías que era "un sacrificio al espíritu de Casanova"! - Max y Josh se miraron. Él le susurró al oído.

- ¿Ves? Lo nuestro es lo más normal que tienen. - Ella le sonrió, pero Marie ya los había arrinconado contra la estantería de poesía.

- ¿Y? - exigió, mirándolos alternativamente. - ¿Ha pasado algo? ¿Alguna declaración? ¿Algún...? - Hizo un gesto obsceno con las manos.

- Marie. - dijo Jack, tomándola suavemente de la mochila. - Déjalos respirar.

Max se levantó de puntillas y besó a Josh frente a ellos. Jack se acerca a Josh disimuladamente y le pasa la mano por el hombro.

- ¡Sí! - exclamó Marie, abrazando a Max con fuerza. - ¡Dos meses y ya están peor que nosotros en nuestro primer año!

- Gracias por el cumplido, supongo. - murmuró Josh, aunque no pudo evitar sonreír cuando Max le lanzó una mirada de "¿Ves lo que tengo que aguantar?". Jack, siempre el más práctico del grupo, dejó las bolsas en el mostrador y se acercó a Josh.

- Entonces, ¿lo has decidido? - preguntó en voz baja, aunque Max lo escuchó igualmente. Josh asintió, más seguro esta vez.

- Sí. Max me convenció. O más bien, me amenazó con arrastrarme ella misma a la consulta del médico si no iba.

- Bien. - dijo Jack, dándole una palmada en el hombro. - Porque ya tengo todo organizado con el Dr. James. Cita el jueves, evaluaciones previas, y luego... a ver qué opciones hay. - Marie, que había estado escuchando a medias mientras hojeaba un libro de cocina veneciana que había traído, levantó la cabeza de repente.

- ¡Oh! Y después de la prótesis nueva, podemos ir todos a ese pub junto al río que Josh tanto odia.

- ¿El Duck & Fiddle? - preguntó Max, riendo. - ¿El que tiene ese letrero horrible con el pato tocando el violín?

- El mismo. - confirmó Josh, haciéndose el ofendido. - Es el peor pub de Londres.

- Pero tiene karaoke los jueves. - intervino Marie, señalándole con el libro como si fuera un argumento irrefutable. - Y Jack prometió cantar "Sweet Caroline" si Josh se anima a bailar con la nueva pierna.

- Eso no lo prometí. - protestó Jack, pero Marie lo ignoró. Max se apoyó contra Josh, bajando la voz para que solo él la oyera.

- No tienes que bailar si no quieres. - Él le pasó un brazo por los hombros, atrayéndola hacia sí.

- ¿Y si quiero? - Ella lo miró, sorprendida.

- Entonces tendré que aprender a bailar yo también. - Marie, que los observaba con una sonrisa de satisfacción, suspiró.

- Dios, esto es incluso más dulce de lo que imaginé.

- Cállate. - le dijeron Max y Josh al unísono, lo que solo hizo que Marie se riera más.

La clínica era más luminosa de lo que Josh había imaginado. Había esperado un lugar frío, estéril, pero en cambio las paredes estaban decoradas con fotografías de pacientes sonrientes, algunos con prótesis deportivas, otros simplemente viviendo su vida. Max no soltó su mano ni un segundo.

- ¿Nervioso? - le preguntó, rozando su pulgar sobre sus nudillos.

- Un poco. - admitió él, aunque no era solo por la prótesis. Era por todo lo que significaba. Un paso más hacia una vida que no había permitido soñar desde el accidente. El Dr. James, un hombre alto y de voz tranquila, los recibió con una sonrisa.

- Josh, ¿verdad?

- Sí. - asintió, nervioso y sin apartar la mirada de ella.

Max se rió, pero su risa se cortó cuando el doctor comenzó a explicar las opciones. Había modelos más ligeros, con mejor movilidad, incluso algunos diseñados para correr. Josh escuchaba en silencio, pero Max notaba cómo su respiración se aceleraba cada vez que el médico mencionaba una posibilidad nueva.

- ¿Y esto? - preguntó de repente, señalando una foto en el catálogo. Era una prótesis con un diseño personalizado, esculpida para parecerse a una pierna musculosa, casi como una obra de arte. El Dr. James sonrió.

- Ah, esa es especial. Algunos pacientes eligen diseños únicos. Desde motivos geométricos hasta... bueno, lo que imagines.

- ¿Qué opinas? - Josh miró a Max. Ella tragó saliva.

- Que deberías tener exactamente lo que quieras.

Él sostuvo su mirada un momento, luego volvió al médico.

- Vamos a empezar con lo básico. Pero... quizás más adelante podamos hablar de diseños.

La lluvia golpeaba las ventanas de la librería mientras Josh terminaba de cerrar la caja registradora. Max, sentada en el escalón de la escalera que llevaba a su apartamento, lo observaba con una sonrisa.

- ¿Sabes qué es lo único que odio de vivir aquí? - preguntó, jugueteando con el dobladillo de su suéter. Josh levantó la vista, arqueando una ceja.

- ¿El hecho de que Marie y Jack aparezcan sin avisar?

- No. - Max se rió. - Que nunca puedo esconderme de ti. Si estamos peleados, igual tengo que bajar a por café. - Josh dejó la llave bajo el mostrador y se acercó a ella, apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo, encerrándola contra los peldaños.

- ¿Y por qué íbamos a estar peleados? - preguntó, bajando la voz. Max lo miró de frente, desafiante.

- Porque te negaste a dejar que te ayudará a limpiar los estantes altos hoy.

- Ah, eso. - Él sonrió, rozándole la nariz con la suya. - Es que me gusta verte preocupada.

- Idiota. - Ella lo empujó, pero Josh no se movió. En cambio, la levantó como si pesara nada y la cargó escaleras arriba, haciendo que Max soltara un grito ahogado. - ¡Josh! ¡Tu pierna!

- Está perfectamente bien. - murmuró contra su cuello. - Y si no lo estuviera, valdría la pena.

Max iba a protestar, pero el sonido del teléfono de Josh cortó el momento. Él la dejó caer suavemente sobre el sofá y sacó el móvil del bolsillo.

- Es el Dr. James. - dijo, frunciendo el ceño antes de contestar. - ¿Hola?

Max observó cómo su expresión cambiaba de curiosidad a sorpresa, luego a algo más profundo, casi vulnerable.

- Sí... sí, claro. Eso sería perfecto. Gracias. - Colgó y se quedó mirando el teléfono un segundo antes de volverse hacia ella. - La prótesis llegará antes de lo esperado. La semana que viene.

Max se incorporó de un salto.

- ¡Eso es increíble! - Pero se detuvo al ver que Josh no compartía su entusiasmo. - ¿Qué pasa?

Él se pasó una mano por el pelo, respirando hondo.

- ¿Y si no funciona? ¿Y si... no es lo que espero? - Max se acercó y le tomó la cara entre las manos.

- Entonces lo intentaremos de nuevo. Y si esa no funciona, probaremos otra. - Presionó su frente contra la de él. - Pero va a funcionar, Josh. Porque esta vez no estás solo.

El pub estaba abarrotado, lleno de risas y el olor a cerveza derramada. Marie había reservado una mesa cerca del pequeño escenario donde un hombre con una guitarra desafinada intentaba cantar "Wonderwall".

- ¡Lo lograste! - gritó Marie abrazando a Josh tan fuerte que él tuvo que agarrarse a la mesa para no perder el equilibrio. - ¡Tienes una pierna nueva!

- Técnicamente, todavía no. - dijo Josh, aunque sonreía. - Es solo la primera prueba.

- Pero es un comienzo. - intervino Jack, levantando su copa. Todos brindaron, incluso Max, aunque sus ojos no se apartaban de Josh, estudiando su expresión en busca de cualquier señal de dolor o incomodidad.

- Deja de mirarme así. - susurró él, acercándose. - No soy de cristal.

- Lo sé. - respondió ella. - Pero me gusta mirarte. - Josh iba a responder, pero Marie los interrumpió al subirse de un salto a la mesa.

- ¡Karaoke time! ¡Jack y Josh, arriba!

- ¿Qué? ¡No! - protestó Josh, pero Jack ya lo arrastraba hacia el escenario entre aplausos y risas. Max observó cómo Josh se ponía colorado cuando Jack le pasó el micrófono.

- No sé qué cantar. - murmuró Josh, mirando a Max como pidiendo ayuda.

- Oh, yo sí. - dijo Jack con una sonrisa pícara antes de decirle algo al DJ.

Los primeros acordes de "I'm a Believer" sonaron y Max soltó una carcajada. Josh la miró con exasperación, pero cuando Jack empezó a cantar, él no tuvo más remedio que unirse. Y ahí estaba Josh cantando como un tonto en el peor pub de Londres, mientras Max lo miraba como si fuera la única persona en la habitación. Marie se dejó caer en la silla junto a ella.

- Voy a ganar esa apuesta, ¿sabes?- dijo, señalando con la cabeza a Josh. - Se casará contigo en el puente de los Suspiros.

Max no respondió. Solo sonrió, porque por primera vez, podía imaginarlo. Y eso la asustaba y la emocionaba por igual. Cuando volvieron a casa, estuvieron cada uno en sus cosas. Marie y Jack se habían ido. Max estaba lavando los platos cuando Josh apareció detrás de ella, rodeándola con los brazos y enterrando la nariz en su cuello.

- Estoy agotado. - murmuró, con la voz ronca. Ella giró dentro de su abrazo y le pasó los dedos por el pelo.

- No es sorpresa. Hoy fue un día grande.

- Gracias. - Josh la miró, serio de repente.

- ¿Por qué?

- Por no tratarme como si esto fuera un milagro. Por no esperar que hoy fuera el día en que todo volviera a ser como antes. - Max sintió un nudo en la garganta.

- Josh, nunca va a "volver". Pero eso no significa que no pueda ser bueno igual. Mejor, incluso. - Él sonrió. - Porque ahora tienes una pierna a prueba de idiotas que intentan cargarte escaleras arriba.

Josh se rió, pero el sonido se convirtió en un bostezo. Max lo tomó de la mano y lo guió hacia el dormitorio.

- A dormir, Ridley. Mañana es otro día.

- ¿Prometes no mirar catálogos de prótesis deportivas mientras duermo? - preguntó él, dejándola caer sobre la cama. Max apagó la luz y se acostó a su lado.

- No lo prometo.

- Sabía que dirías eso. - Josh encontró su mano y la entrelazó con la suya.

***Finales de Agosto***

Las universidades estaban abiertas, pero no para los residentes ni estudiantes. Sino para el profesorado, donde configuraban los últimos detalles, como por ejemplo, el día de entrada a la universidad, y el temario perfectamente ordenado.

- Hm... - Josh se levantó antes que Max. Preparó su desayuno y salió, dejándole una nota que decía: "Volveré para comer, en la nevera tienes lo que se te antoje. Xxx Josh."

Max despertó con el aroma a café recién hecho flotando en el aire, pero el espacio junto a ella en la cama estaba vacío. Sobre la mesilla de noche, un trozo de papel arrancado de un libro (probablemente de algún ejemplar dañado que Josh no había podido rescatar) brillaba bajo el sol de la mañana.

La letra de Josh era desordenada, como si hubiera escrito el mensaje con prisa, pero las tres x finales estaban subrayadas con un trazo más grueso. Max sonrió y se llevó el papel al pecho, como si pudiera guardar el eco de su voz entre las líneas.

El apartamento estaba en silencio, solo roto por el leve zumbido del refrigerador y el sonido ocasional de algún cliente entrando a la librería de abajo. Max se envolvió en la bata de Josh que era demasiado grande para ella, con mangas que le cubrían las manos y abrió la nevera.

Max se envolvió en la bata de Josh, respirando su aroma a papel viejo y café. La nevera reveló un desayuno preparado con esmero: yogur con frutos rojos frescos, granola casera (un experimento exitoso de Josh) y un smoothie verde.

Sonrió, pero una punzada de ansiedad la rozó. Agosto se desvanecía como la niebla sobre el Támesis, y con él, la burbuja dorada de su verano. Abajo, en la librería St. John, el timbre sonó con insistencia. Josh, apoyado en su muleta habitual mientras esperaba la prótesis nueva, atendía a un profesor universitario con aire apurado.

- Josh, necesitamos confirmar la lista de textos para el módulo de Literatura Victoriana ayer. - decía el hombre, pasándose una mano por el pelo. - La facultad está en caos con los preparativos. El decano respira en mi nuca.

Josh intentó mantener la calma, pero una línea de tensión marcaba su frente.

- Lo siento, Shades. Tuve un contratiempo con el distribuidor. Tendré la lista finalizada hoy mismo.

- Genial...porque el profesorado me tiene harto. - sonríe Tom Shades. - Por cierto...¿Cómo vas? - le mira la muleta. - Jackie me dijo que tenía un conocido con problemas de movilidad...¿Ha llegado la nueva?

- No...- suspiro Josh, sí, tenía que ser Jack Hanson su amigo...Maldito Londres pequeño. - ¿Por qué Jack no puede mantenerse callado una vez?

- No sé.. Pero se lo diré cuando le vea. Gracias por...esto. - se despide, pero ve a Max bajar disimuladamente por la barandilla de la biblioteca. - Sr Maxxine.

- Profesor Shades. ¿Cuándo empezaba la universidad? No sé nada.

- La profesora Hanson debería de habértelo dicho. - se refirió a Marie.

- ¿Profesora Hanson?

- Marie ha aceptado tener el privilegio de dar clases de arte en la universidad.- decía sin sorpresa, pero viendo la cara de Josh y Max, estaba claro que no lo sabían. - Bueno, es reciente. Habla con ella. Pero de todos modos, las clases empiezan el martes 10. En dos semanas, justamente.

El timbre de la librería sonó de nuevo, marcando la salida del profesor Shade. Un silencio cargado llenó el espacio entre Josh y Max, solo roto por el leve crujir de las maderas antiguas del piso. El aroma a café y papel viejo, que antes era reconfortante, ahora parecía espeso, opresivo.

Max bajó los últimos peldaños de la escalera que conectaba el apartamento con la librería, la bata de Josh arrastrándose como un fantasma demasiado grande. Su mirada, antes soñolienta y cálida, estaba ahora afilada por la sorpresa y una punzada de traición.

- Profesora Hanson... - La voz de Max sonó más fría de lo que pretendía. Se dirigió a Josh, ignorando por un momento la presencia invisible de Marie en la conversación. - ¿Sabías algo de esto? ¿Qué Marie iba a ser profesora? ¿En mi universidad?

Josh apretó el mango de su muleta, los nudillos blanqueando. La sorpresa en su rostro era genuina, mezclada con una incomodidad repentina.

- Max, no... Marie no me dijo nada. Nada en absoluto. - Su voz sonó áspera, defensiva sin querer serlo. - ¿Por qué habría de ocultármelo? - Max se cruzó de brazos bajo la tela demasiado grande de la bata.

- Eso es lo que me preguntó, Josh. ¿Por qué? Marie es mi mejor amiga. Desde la primaria. Compartimos todo. Todo menos esto, al parecer. - Una mueca de dolor cruzó su rostro. Josh suspiró, pasándose una mano por el pelo, desordenandolo más.

- Max, cariño, no he hablado con Marie en profundidad desde que volvieron de Venecia. Sabes cómo están, perdidos en su mundo de recién casados. Jack vino una vez a buscar un libro de viajes, pero solo hablamos de... Venecia. Del desastre del pasaporte. - Intentó una sonrisa débil, pero se apagó al ver la expresión de Max. - ¿Crees que te lo ocultaría? ¿O que Marie me pediría que lo hiciera?

- ¡No sé qué pensar! - La voz de Max subió, aguda, rompiendo la tranquilidad matutina de la librería. - ¡Lo único que sé es que mi mejor amiga va a ser mi profesora y me enteré por Tom Shades! ¿Te imaginas lo incómodo que será? ¿Las miradas? ¿Los comentarios? 'Ah, la alumna favorita de la mejor amiga de la profesora Hanson'. - Imitó el tono burlón con amargura. - ¡Y ella ni siquiera tuvo la decencia de decírmelo!

La puerta trasera de la librería que daba a la callejuela trasera se abrió de golpe. Marie entró como un torbellino, el pelo revuelto, los ojos brillantes con la excitación de quien trae noticias.

- ¡Chicos! ¡Tenéis que ver las fotos del último puente que vimos antes de perder el maldito pasaporte! Jack juró que se lo tragó un pez carpa gigante, pero yo creo que..

Se detuvo en seco, la sonrisa congelada. La atmósfera cargada la golpeó como una pared. Sus ojos saltaron de Max, pálida y tensa dentro de la bata de Josh, a Josh mismo, apoyado en su muleta con expresión de profundo malestar.

- ¿Qué... ¿Qué pasa aquí?

Max se giró hacia ella lentamente. El dolor en sus ojos se había transformado en ira fría.

- ¿Qué pasa, Marie? Qué pasa es que acabo de descubrir, gracias al profesor Shades, que mi mejor amiga va a ser mi profesora este año. Y que, aparentemente, todo el mundo lo sabía menos yo. - El color se esfumó del rostro de Marie.

- Max... Lo siento. Quería decírtelo. De verdad. Pero...- Tragó saliva, buscando palabras. - Fue todo muy rápido. La oferta llegó justo antes de irnos a Venecia, fue una oportunidad increíble, un puesto temporal cubriendo una baja... Y luego, con la locura del viaje, perder el pasaporte, volver antes... Se me pasó. No fue intencionado.

- ¿Se te pasó? - Max dio un paso adelante. La bata se arrastraba en el suelo polvoriento.

- ¡Max, no es así! - Marie alzó las manos, defensiva. - ¡Pensé que te alegrarías!

- Oh...¿prefieres contárselo a Tom Shades o al decano antes que a mí? ¿O que ahora tendré que llamarte profesora Hanson en clase? - El sarcasmo cortaba como un cuchillo. Max se volvió hacia Josh, su mirada acusatoria. - ¿Y tú? ¿De verdad no sabías nada? ¿O simplemente no creíste que fuera importante contármelo?

- Max, no lo sabía. Pero aunque lo hubiera sabido... ¿es esto realmente tan terrible? Es un trabajo, Marie es brillante, merece esa oportunidad. ¿Por qué tiene que convertirse en... esto? - Josh se apoyó más fuerte en la muleta y la miró seriamente por primera vez, demasiado serio. Su gesto abarcó la tensión palpable entre las tres.

- Primero Venecia. El viaje que tú planeaste, Josh, pero que resultó ser para nosotros dos, no para celebrar su aniversario como creímos. Un secreto. Luego lo de la apuesta, ese champán empalagoso cada vez que nos besamos como si fuéramos un espectáculo. Y ahora esto. ¿Cuándo dejamos de ser amigos, Marie, y empezasteis a tomar decisiones que me afectan sin contar conmigo?

Marie abrió la boca para protestar, pero Max no se lo permitió. Se llevó las manos a la cara, frotándose los ojos con fuerza.

- Necesito... Necesito aire. Necesito pensar. Lejos de aquí.

Sin mirar a ninguno de los dos, se dio la vuelta y subió las escaleras de vuelta al apartamento con pasos rápidos, la bata de Josh ondeando tras ella como un estandarte derrotado. Abajo, el silencio fue sepulcral. Marie miró a Josh, sus ojos también vidriosos.

- Josh... yo...

Josh no la miró. Su mirada estaba fija en el último peldaño que Max había pisado. La línea de tensión en su mandíbula era visible.

- Creo que deberías irte, Marie. - dijo, su voz extrañamente plana. - Ahora no es el momento.

Cuando Marie se fue por la puerta trasera, Josh le dijo a su ayudante, Alex, que se tomaría un descanso esa mañana, que volvería por la tarde si le era posible. Pero Alex no tuvo problema en quedarse. Abrió la caja y le extendió a Josh la nueva, sonrió con amabilidad para marcharse detrás del mostrador y dejar que Josh fuera arriba.

- Alex... Gracias.

- De nada.

Miró la nueva, decidió que ya era hora de un cambio y se la colocó en cuanto cerró la puerta de su apartamento sentándose en un sillón cercano. Max estaba encerrada en la terraza fumando, por primera vez.

- Josh...

- Nunca te vi así... alégrate por que ella esté contigo este semestre, en un buen trabajo. Sólo te pido eso.

- ¿Alégrate? - Su voz sonó ronca, como si el humo le hubiera arañado la garganta. - ¿Que me alegre de que mi mejor amiga me haya ocultado algo así? ¿De que ahora tenga que verla cada día en clase, fingiendo que no conozco sus secretos, que no sé cómo le tiembla la mano cuando está nerviosa o que odia el té de menta? ¿O de que tú, aquí, en nuestro apartamento, me digas que debería estar feliz por ella... sin entender por qué esto me destroza?

Josh se levantó del sillón con un movimiento fluido que la nueva prótesis le permitía. Avanzó hacia ella, pero se detuvo a medio metro. La intensidad de su mirada era abrumadora.

- Dios, lo entiendo. Pero lo de Marie... fue una omisión estúpida, no un puñal. ¿Y lo de Venecia? Fue un error de cálculo, quería sorprenderlos a los tres, no excluirla. ¿Las apuestas? Una broma pesada, sí, pero nacida de ver lo evidente que era esto entre nosotros. - Hizo un gesto entre ellos dos. - ¿De verdad todo eso pesa más que esto? ¿Más que lo que tenemos aquí?

Max se abrazó a sí misma, la bata de Josh envolviéndola como un capullo frío.

- No es solo Marie, Josh. Es... todo. Es vender mi piso en el centro, mi independencia, para mudarme aquí, encima de la librería, en tu mundo. Es despertar y que ya no estés porque la universidad te reclama antes incluso de empezar las clases. Es ver cómo te apoyas en esa maldita muleta día tras día, negándote a probar la prótesis nueva por miedo, mientras yo... - Su voz quebró. - Mientras yo te veo sufrir y no sé cómo ayudarte. Es sentir que este verano fue una burbuja, y ahora la realidad pincha y estalla y duele.

Josh palideció. La mención de su miedo, de su resistencia a la prótesis, tocó una fibra demasiado profunda, demasiado vulnerable.

- ¿Mi mundo? - Su voz fue un susurro cortante. - ¿El mundo que tú elegiste entrar? ¿La realidad que tú misma dijiste querer cuando vendiste tu piso? Quiero verte correr conmigo en Regent 's Park, dijiste. Eso me convenció, Max. Eso me hizo creer que podía con todo, con la prótesis, con el dolor, con el pasado... contigo. ¿Y ahora? ¿Ahora es una carga, te soy una carga, joder?

El silencio que siguió fue denso, cargado de todo lo no dicho. Max vio el dolor en sus ojos, un dolor antiguo que ella acababa de reabrir: el fantasma del accidente, de la pérdida, de la sensación de no ser suficiente.

- No eres una carga, Josh. Pero siento que estoy perdiéndome en tu vida. En la librería, en tus horarios, en tus silencios sobre Marie, en tu lucha que a veces me deja fuera. Necesito... respirar. Necesito saber quién soy yo en medio de todo esto.

Josh dio un paso atrás, como si la hubiera golpeado. Su expresión se cerró, la vulnerabilidad reemplazada por una frialdad defensiva.

- ¿Respirar? - La palabra salió helada. - ¿Como el aire de esta terraza, lleno de humo que no es tuyo? Entiendo. Entiendo perfectamente. Quizás... quizás vender tu piso fue un error. Quizás te mudaste demasiado rápido. Quizás esta burbuja... sí, quizás reventó. - Las palabras cayeron como piedras. Max sintió que el suelo cedía.

- ¿Qué estás diciendo?

- Estoy diciendo que si esto te ahoga... no te quedaré en el camino. - Josh dio media vuelta, mirando hacia el caótico skyline londinense. Su perfil era una línea tensa contra el cielo plomizo. - Pero no me pidas que finja que no duele.

***Septiembre***

La tensión no cedió. Se instaló en el apartamento como una niebla tóxica. Las discusiones eran rápidas, punzantes, surgiendo de la nada: un plato dejado en el fregadero, un comentario sobre la universidad, una mirada de Marie llena de culpa cuando pasaba por la librería.

La pelea final estalló una tarde de lluvia torrencial, el 3 de septiembre. Josh llegó agotado de una reunión de último minuto con el decanato. Max, nerviosa por el inicio inminente de clases y aún resentida por un encuentro forzado con Marie en la facultad, le reprochó su ausencia, su silencio, su aparente desconexión.

- ¡No puedo leer tu mente, Max! - Josh explotó, golpeando la mesa con la palma de la mano. La nueva prótesis, que aún le causaba molestias, parecía un recordatorio grotesco de su fragilidad. - ¿Quieres que renuncie a la librería? ¿A colaborar con la universidad? ¿Qué quieres? ¡Dímelo!

- ¡Quiero que estés aquí! ¡Física y emocionalmente! - Max gritó, las lágrimas resbalando. - ¡Quiero que dejes de esconderte detrás de los libros y de la prótesis que no usas bien y que hables conmigo! ¡Que no me trates como a otro cliente de la maldita St. John!

- ¡Quizás eso es lo que necesitas! ¡Un amigo, no un novio con una pierna de menos y una mochila de mierda! - Las palabras de Josh resonaron como un disparo en la pequeña cocina. Fue bajo. Fue cruel. Fue irrevocable. Max lo miró como si no lo conociera. El dolor en sus ojos era insoportable.

- Eso... eso nunca lo pensé. Nunca. - Su voz era un hilo. - Pero si tú lo crees... si eso es lo que ves cuando me miras... entonces sí. Necesito aire. Mucho aire.

Las palabras de Josh quedaron suspendidas en el aire húmedo de la cocina, un veneno que ambos habían inhalado. Max no dijo nada más. El silencio que siguió fue más elocuente que cualquier grito. Lo miró con una mezcla de incredulidad y un dolor tan profundo que hizo que Josh bajara la vista al instante, la rabia disipándose para dejar paso al horror ante lo que acababa de soltar.

Max giró sobre sus talones y desapareció en el dormitorio. Josh se quedó inmóvil, apoyado en el respaldo de una silla, la nueva prótesis punzando su muñón con una intensidad que ahora parecía un castigo merecido.

Escuchó el sonido de cajones abriéndose, de una maleta pequeña siendo arrastrada por el suelo de madera. Cada sonido era un martillazo en su pecho. Quiso moverse, quiso gritar "¡Espera! ¡Lo siento! ¡No quise decir eso!", pero la vergüenza y la certeza de haber cruzado una línea de la que no había retorno lo paralizaron.

Minutos después, Max apareció en el umbral de la cocina. Llevaba sus propias ropas, mojadas aún por la lluvia que había empezado a caer con fuerza mientras discutían. Su maleta de ruedas estaba a su lado. No llevaba la bata de él. Su rostro estaba pálido, marcado por las lágrimas recientes, pero ahora era una máscara de determinación fría.

- Voy a quedarme con Marie y Jack. - Su voz era plana, sin rastro del temblor anterior. - Necesitamos... tiempo. Este... esto ya no es bueno para ninguno de los dos. - Josh encontró la voz, ronca, desgarrada.

- Max, por favor... Lo que dije... Fue horrible. Fue una mierda. No lo pienso, jamás lo he pensado. Estaba... estaba herido y sacó lo peor de mí. Te lo suplico...

Max negó lentamente con la cabeza. Había una tristeza infinita en sus ojos, pero también una resolución inquebrantable. Tomó el asa de su maleta. El sonido de la lluvia golpeando los cristales de la librería abajo era un estruendo constante.

- Adiós, Josh.

Giró y caminó hacia la puerta del apartamento que daba a la escalera interior de la librería. Josh sintió un pánico visceral, primitivo. La estaba perdiendo. La estaba perdiendo por su estupidez, por su orgullo herido, por sus miedos vomitados en forma de palabras venenosas.

- ¡Max! ¡Espera! - Gritó, encontrando por fin la fuerza para moverse. Pero ella ya bajaba las escaleras, su figura desapareciendo tras la curva. Oyó el timbre de la puerta principal de la librería sonar cuando ella salía a la calle.

Con un gruñido de esfuerzo y dolor, Josh empujó la puerta del apartamento y empezó a bajar las escaleras. No con cuidado, no con la precaución que la nueva prótesis requería, sino con una urgencia desesperada. Alex, detrás del mostrador, levantó la cabeza asustado al verlo pasar como un vendaval, el rostro desencajado, la prótesis golpeando cada escalón con un sonido metálico sordo.

Pero Josh ya había abierto la puerta principal y se lanzó a la calle. La lluvia lo azotó de inmediato, fría, implacable, empapándolo en segundos. La niebla londinense se había convertido en un diluvio. A lo lejos, al final de la calle, vio una figura junto a un taxi que acababa de detenerse. Max. Estaba levantando su maleta para meterla en el maletero.

- ¡Max! - Gritó con todas sus fuerzas, su voz ahogada por el estruendo del agua contra el asfalto y los techos.

Ella se volvió. Desde la distancia, bajo la cortina de lluvia, vio su figura: encorvado por el esfuerzo, cojeando visiblemente pero corriendo, arrastrando la pierna protésica con una determinación feroz, el rostro una máscara de agonía y súplica. La lluvia empapaba su pelo, su ropa, corriendo por sus mejillas como lágrimas añadidas.

Por un instante infinitesimal, Max vaciló. Vio el dolor físico en cada paso forzado, la desesperación en sus ojos. Vio al hombre que amaba corriendo tras ella, literalmente venciendo su mayor obstáculo físico por ella. El corazón le dio un vuelco brutal.

Pero entonces, el eco de sus palabras envenenadas resonó más fuerte que el trueno que retumbó en ese momento. El dolor que esas palabras habían causado era una herida abierta, palpitante, que ahogó cualquier impulso de detenerse.

El conductor del taxi, impaciente, tocó el claxon brevemente. El sonido agudo cortó el momento.

Max sostuvo la mirada de Josh un segundo más. No hubo sonrisa, no hubo lágrimas ahora. Sólo una tristeza infinita y una decisión tomada. Levantó una mano, no en saludo, sino en un gesto ambiguo, de despedida y se metió en el taxi.

La puerta se cerró con un golpe sordo. Josh, a solo diez metros ya, vio cómo las luces traseras del coche se encendían y empezaba a moverse. Corrió los últimos pasos, gritando su nombre, pero el taxi aceleró y se fundió en la cortina de lluvia y el tráfico de la calle principal. Lo perdió de vista.

Josh se desplomó contra la pared húmeda de un edificio cercano, jadeando. El dolor en su muñón era insoportable, una quemazón que subía por toda la pierna. La lluvia lo empapaba, mezclándose con las lágrimas calientes que ahora sí brotaban sin control.

Había corrido.

Había intentado alcanzarla.

Y no había sido suficiente.

Se golpeó la frente contra la fría piedra de la pared, una y otra vez, en un gesto de pura frustración. El taxi se detuvo frente al moderno edificio donde vivían Marie y Jack. Max pagó al conductor con manos temblorosas y arrastró su maleta hasta el portal. Tocó el timbre. Pasaron unos segundos eternos antes de que la puerta se abriera.

*Era Jack.*

Llevaba un suéter cómodo y pantalones de pijama, con aire de quien disfrutaba de una tarde tranquila en casa. Su expresión de sorpresa se transformó en preocupación instantánea al ver a Max: empapada, pálida como la muerte, con los ojos enrojecidos e hinchados, y una maleta a su lado.

- ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? - Jack abrió la puerta de par en par, haciendo un gesto para que entrara rápidamente. - ¡Entra, entra! Estás helada. ¿Dónde está Josh?

Max entró en el cálido vestíbulo, dejando un charco a sus pies. El contraste con el frío y la humedad exterior era abrumador. Sacudió la cabeza, incapaz de articular palabras todavía. El esfuerzo por mantener la compostura durante el viaje se desmoronó. Un sollozo seco se le escapó del pecho.

- Max... - Jack cerró la puerta y se acercó, colocando una mano cautelosa en su hombro. - Ven. Vamos al salón. Te traigo una toalla y algo caliente. Marie está... Marie está en la universidad, ultimando cosas para la semana que viene. - Su voz se apagó un poco al mencionarlo, consciente de la tensión existente.

Max lo siguió mecánicamente al luminoso salón. Jack la guió hacia el sofá grande y mullido, uno de esos en los que se podía hundir y desaparecer. Ella se dejó caer, como si los huesos le hubieran desaparecido. La maleta quedó abandonada junto a la puerta.

Jack regresó al instante con una toalla grande y esponjosa y una manta suave.

- Aquí, envuélvete. Voy a poner la tetera. - Su tono era suave, práctico, evitando hacer más preguntas por ahora, pero su mirada no dejaba de escudriñar su rostro devastado.

Mientras Jack desaparecía hacia la cocina, Max se envolvió en la toalla y luego en la manta. El calor empezó a penetrar su piel helada, pero no llegaba al frío que tenía dentro. Miró alrededor.

El apartamento de Marie y Jack era acogedor, lleno de arte, fotos de sus viajes (incluyendo varias de Venecia), y el aura de una felicidad estable que ahora le resultaba ajena, casi dolorosa. Se acurrucó en el sofá, hundiendo el rostro en la manta suave. El olor a limpio, a hogar ajeno, le recordó el aroma a papel viejo y café del apartamento sobre la St. John.

Un nuevo dolor, agudo y punzante, la atravesó. Había corrido. Bajo la lluvia. Con la prótesis nueva. Lo había visto. Y aun así... aun así había subido al taxi. Jack regresó con una taza humeante de té.

- Toma. Té de manzanilla. Con un poco de miel. - Se sentó en el borde del sofá, a una distancia respetuosa, ofreciéndole la taza. - ¿Quieres... quieres hablar de ello? - Max tomó la taza con ambas manos, buscando su calor. El vapor le acarició la cara.

- Necesitamos un tiempo. Josh y yo. - Su voz era un susurro ronco. - Lo siento... por llegar así. Por... por esto. -Jack asintió lentamente, con comprensión.

- No tienes que disculparte. Esta es tu casa, Max. El tiempo que necesites. - Hizo una pausa, eligiendo sus palabras con cuidado. - ¿Está él...? Quiero decir, después de lo que sea que pasó... ¿está bien? Físicamente, me refiero.

Max cerró los ojos. Vio de nuevo a Josh corriendo bajo la lluvia, cojeando, con el rostro contraído por el esfuerzo y el dolor.

- Corrió. Tras el taxi. Con la nueva prótesis. - Abrió los ojos, mirando a Jack. Había una mezcla de admiración, dolor y desesperación en su mirada. - Pero... pero fue demasiado tarde, Jack. Las palabras... algunas cosas... no se pueden correr lo suficientemente rápido para alcanzarlas. O para borrarlas.

Jack suspiró, pasándose una mano por el pelo. Comprendía la gravedad. Había visto las tensiones crecer durante semanas.

- Vale. - Dijo simplemente. - Entonces descansa. No pienses en nada más ahora. Marie... Marie volverá más tarde. - Su tono era neutro, evitando el tema espinoso de la profesora Hanson por ahora. - ¿Quieres que te prepare el sofá-cama? O puedes quedarte en la habitación de invitados.

- El sofá está bien. Gracias, Jack. De verdad. - Max asintió débilmente.

- Claro. - Jack se levantó. - Voy a buscar sábanas. Grita si necesitas algo. Lo que sea.

La lluvia seguía azotando los cristales del salón de Marie y Jack cuando Max terminó su té. El silencio entre ella y Jack era cómodo, cargado de una comprensión masculina y práctica que Max agradeció. No hacía falta llenar el vacío con palabras.

- Gracias, Jack - susurró, apretando la taza vacía entre sus manos, ya más cálidas.

- No hay de qué. ¿Segura que quieres el sofá? La habitación de invitados está hecha.

- El sofá está bien. No quiero... invadir.

Jack asintió, sin insistir. Sabía que Max necesitaba espacio, literal y figurativo. Mientras tendía las sábanas en el sofá-cama con movimientos eficientes, Max observó las fotos de Venecia en la pared. La Torre dell'Orologio bajo el sol. El Puente de los Suspiros.

- ¿Sabía Marie... que yo no sabía? - preguntó Max de repente, sin apartar la vista de las fotos. -Jack se enderezó, una almohada en las manos.

- Sabía que no te lo había dicho. Pensó... que sería una sorpresa agradable. Una celebración en la primera clase. - Su tono era cuidadoso, pero honesto. - Fue una estupidez, Max. Lo sabe. Pero no fue por maldad.

Max asintió lentamente. Lo sabía. Pero el daño estaba hecho. La confianza, esa burbuja de transparencia que creía indestructible con Marie, tenía una grieta profunda.

- Duerme. Mañana... será otro día - dijo Jack, apagando la lámpara principal y dejando solo una luz tenue en el pasillo.

Max se envolvió en la manta en el sofá ya convertido en cama. El sonido de la lluvia era un murmullo constante. Cerró los ojos, pero solo vio la imagen de Josh corriendo bajo el diluvio, arrastrando su cuerpo y su orgullo por el pavimento resbaladizo.

- ¿Por qué subí al taxi?

La pregunta la atormentaba. Fue su dolor, sí. Pero también un miedo más profundo: el miedo a perderse completamente en él, en su mundo de papel, dolor y secretos a medias. El miedo a que ese verano dorado fuera solo eso: una estación, no una base.

Las semanas siguientes fueron un lento ajuste a una nueva normalidad dolorosa:

El Apartamento Vacío: Sobre la librería St. John, el silencio era distinto. Josh usaba la nueva prótesis todo el día, forjándose a la normalidad. El dolor físico era un sustituto del otro. Alex, el ayudante, se convirtió en su ancla silenciosa, ocupando el espacio sin invadirlo.

El primer día de clases fue un ejercicio de tortura mutua. Marie intentó la normalidad, pero su mirada buscaba a Max con culpa. Max se sentó al fondo, tomó apuntes meticulosos, y evitó cualquier contacto visual más allá de lo estrictamente académico. La complicidad estaba muerta. La universidad susurraba, pero Max se refugiaba en los libros, en ser solo otra estudiante.

Josh empezó a correr allí al amanecer. Solo. Empujando los límites de la prótesis, del músculo, del pulmón. La intensidad del beso bajo aquel banco era un fantasma que lo perseguía. A veces, se detenía, jadeante, mirando el lugar vacío. El champán de Marie y Jack solo existía en el recuerdo, ahora agrio.

Marie encontró a Max una tarde en la sala de profesores, vacía. Llevaba una postal de Venecia.

- Max, lo siento. De verdad. Fue egoísta. Estúpido. - Max la miró. La rabia había dado paso a una tristeza cansada.

- Lo sé, Marie. Y...también lo siento. Está vez, sin apuestas. Sin secretos. - Marie asintió, los ojos brillantes. La postal quedó abandonada sobre una mesa cuando Max se fue.

Josh entró una noche. No cantó. Se sentó en la barra, lejos del karaoke. Vio a Jack, que intentó acercarse. Josh levantó la mano en un gesto claro, "No ahora". Bebió su cerveza en silencio. La prótesis nueva ya no crujía, pero la ausencia a su lado pesaba más. La canción "I'm a Believer" sonó en el sistema. Josh terminó su cerveza y se fue antes del primer estribillo.

Una tarde gris de finales de septiembre, Max fue a recoger el resto de sus cosas. Josh no estaba. Alex le ayudó en silencio. Sobre la mesilla de noche, donde antes estuvo la nota de amor, Max dejó un libro. No era uno dañado. Era una primera edición que Josh codiciaba desde hacía años.En la primera página, escribió:

*"¿Cómo te amo? Déjame contar las maneras..." (Pero primero, necesito recordar cómo amarme a mí misma en medio de tu mundo). Gracias por el verano. Gracias por correr bajo la lluvia. - M.*

Cuando Josh encontró el libro, horas después, pasó los dedos por la dedicatoria. No dijo nada. Se sentó en el borde de la cama que ahora era solo suya, con el libro abierto en el regazo, mirando la niebla que empezaba a cubrir los tejados londinenses.

***Septiembre***

El 10 de septiembre llegó, y sus compañeras la saludaron en cuanto entraron por la gran puerta de la universidad. Un coro de "¡Max!", "¡Cuánto tiempo!", "¡Qué bueno verte!" la envolvió. Era el ruido reconfortante de la normalidad, de un mundo que existía fuera del apartamento sobre la librería St. John y del dolor reciente. Max sonrió, genuina aunque cansada, abrazando a una, respondiendo preguntas superficiales a otra sobre el verano.

Detrás de ella, cargada como una mula, apareció Marie. Llevaba dos grandes portafolios de piel gastada llenos de láminas y bocetos, una caja de acuarelas Windsor & Newton que amenazaba con abrirse, y un rollo de papel de dibujo que le golpeaba las piernas al caminar. Su expresión era una mezcla de determinación y nerviosismo palpable.

- ¡Uf! ¿Seguro que necesitas todos estos apuntes visuales el primer día, Profesora Hanson? - bromeó una de las amigas, aliviando un poco la tensión que emanaba de la pareja.

- ¡Callad! - protestó Marie, ajustando la carga con dificultad. Un tubo de óleo se le escapó rodando por el suelo de mármol. - Es... material de apoyo esencial. Para inspirar. O para amenazar, no lo tengo claro aún. - Su mirada buscó a Max, rápida, buscando aprobación o al menos ausencia de reproche. Max se agachó y recogió el tubo antes de que rodará bajo los pies de alguien. Se lo tendió a Marie. Sus dedos se rozaron brevemente.

- Gracias - murmuró Marie, su voz más baja de lo habitual.

- No hay de qué - respondió Max, su tono neutro, profesional.

Max se ajustó la correa de su mochila sobre el hombro. Era una mochila de lona robusta, de un verde bosque desgastado, con pequeños parches bordados de libros abiertos y tazas de café humeantes. Un regalo de Josh de principios de julio, cuando empezaron a salir. "Para que lleves tus mundos a todas partes", le había dicho. Había decidido no olvidarla. Era práctica, bonita, y pertenecía a un tiempo que, aunque doloroso ahora, también había sido luminoso. No era justo condenar el objeto por los errores de la persona.

Mientras Marie se reorganiza torpemente con su arsenal artístico, una figura familiar se acercó por el amplio vestíbulo. Tom Shades, impecable con un tweed ligero a pesar del día gris, caminaba con su aire habitual, entre apurado y sereno. Su mirada se posó primero en Marie, con una sonrisa de colega.

- Profesora Hanson, cargada para la batalla, veo. Bienvenida oficial al caos. - Luego, su mirada se desvió hacia Max. No hubo sorpresa, solo un reconocimiento cálido y respetuoso. Se acercó y le tendió la mano con firmeza. - Maxine Hartley. Qué grato verla de vuelta entre estas paredes. Bienvenida a un nuevo curso. Espero que sea provechoso.

Max estrechó su mano. El apretón fue firme, sincero. La sonrisa de Tom Shades no era la de un profesor a una alumna, sino casi la de un cómplice que había presenciado un capítulo complicado de su vida y ahora le deseaba lo mejor sin juzgar.

- Gracias, profesor Shades - respondió Max, encontrando una sonrisa pequeña pero auténtica en respuesta a su calidez. - Estoy segura de que lo será.

- Excelente - asintió él, su mirada sabia captando la mochila, la proximidad tensa pero civilizada con Marie, la determinación en los ojos de Max. - Los comienzos siempre son oportunidades. Para aprender, para crecer... para empezar de nuevo, si es necesario. Que tengan un buen primer día, ambas. - Inclinó ligeramente la cabeza y continuó su camino hacia las aulas de la facultad de Historia, dejando tras de sí un aura de serenidad y buen augurio.

Marie soltó un pequeño suspiro, visiblemente afectada por la interacción y por la carga física y emocional.

- ¿Vamos? - preguntó Max, indicando con la cabeza el pasillo que llevaba a las aulas de Arte. Su voz era práctica, cortando el momento.

- Sí. Vamos - asintió Marie, ajustando de nuevo los portafolios.

Caminaron juntas, pero no lado a lado. Max iba un paso adelante, la mochila verde de Josh balanceándose ligeramente contra su espalda, un recordatorio silencioso de lo que había quedado atrás.

Marie seguía, cargada con los símbolos de su nueva identidad, la que había elegido sin compartirla a tiempo. El ruido del vestíbulo universitario, las risas, los saludos, el roce de zapatos sobre el mármol, el lejano repicar de una campana, formaba un telón de fondo a su silencio compartido.

Max sentía el peso de la mochila familiar, la textura de la lona bajo sus dedos cuando se ajustó la correa. Respiró hondo, el invierno se acercaba, pero aquí, ahora, Max caminaba hacia su primera clase.

***𝕀𝕟𝕧𝕚𝕖𝕣𝕟𝕠***

***Septiembre***

El frío de septiembre en Londres no era el mordisco profundo del invierno, pero sí un aviso. Para Max, el frío exterior palidecía frente al hielo que llevaba dentro desde aquella tarde lluviosa de agosto.

Su nueva ruta a la universidad era un rodeo deliberado. Cinco minutos más, pero evitaba pasar directamente frente al escaparate amplio y acogedor de la librería St. John. Sin embargo, el destino, hacía que la calle paralela ofreciera una vista lateral clara de su interior. Y cada mañana, como un ritual de penitencia autoimpuesta, Max se veía obligada a echar un vistazo furtivo.

*Allí estaba Josh.*

No el Josh despreocupado del verano, el de la sonrisa fácil y el pelo rebelde mientras discutía literatura con un cliente. Josh era una silueta más contenida, atendía a un cliente ocasional con una cortesía profesional que rayaba en lo distante. Sus movimientos eran meticulosos, obsesivamente ordenados: alineaba pilas de libros con precisión milimétrica, pasaba un paño por el mostrador de madera oscura una y otra vez, incluso cuando ya brillaba.

Era como si el orden físico pudiera contener el caos interno. Alex, su ayudante, parecía moverse a su alrededor con cautela, como si pisara un campo minado emocional. Lo que más le llamaba la atención a Max era la ausencia total de aquella chispa de curiosidad juguetona en sus ojos gris-azulados. Ahora solo reflejaban una concentración plana, un dolor sordo que se había instalado como un huésped permanente.

A veces, justo cuando Max pasaba por el punto de mayor visibilidad, veía cómo Josh sacaba el móvil del bolsillo. Lo sostenía un momento, la pantalla iluminando su rostro cansado en la penumbra de la librería. Sus dedos se cernían sobre la pantalla tecleaban unas letras fantasma... y luego se detenían.

La mandíbula se le tensaba visiblemente, incluso a distancia. El móvil volvía al bolsillo con un gesto brusco, como deshaciéndose de algo peligroso. Un mensaje que nunca llegaría.

Max apretaba el paso, un nudo de frustración y algo más, algo sospechosamente cercano a la añoranza, apretándole la garganta. Llegaba a la universidad con el rostro enrojecido por el viento y una sensación de vacío que ni el café más fuerte lograba llenar.

El aula de Historia de la Filosofía Moderna con el profesor Tom Shades era un refugio inesperado. Su voz, grave y articulada, la misma que Marie había bautizado como "derrite cerebros y corazones", era un ancla en el mar de distracciones de Max.

- ... la voluntad de poder no es mera dominación, señorita Davies. - explicaba Tom, paseándose lentamente frente a las filas de estudiantes absortos. - Es la fuerza vital que nos impulsa a crear, a superar, a dar forma al caos de la existencia. Incluso... -hizo una pausa dramática, sus ojos verdes barriendo el aula y deteniéndose un instante en Max, - incluso cuando el caos parece haberse instalado en nuestra propia psique.

Max sintió que sus mejillas se calentaban ligeramente. ¿Era su imaginación, o había una comprensión casi paternal en esa mirada? Tom continuó, desviando la atención, pero el comentario había calado. Max intentó concentrarse en sus apuntes, garabateando "VOLUNTAD DE PODER -> CREACIÓN / SUPERACIÓN" en el margen.

Pero su bolso, colgado en el lateral de la silla, emitía una muda llamada. El móvil estaba dentro. Silenciado, pero su mera presencia era un imán para su ansiedad. ¿Habría intentado escribir esta vez? ¿Habría enviado algo? ¿Una palabra? ¿Una disculpa? ¿Un reproche? La pantalla táctil imaginaria bajo sus dedos, los mensajes que nunca llegaban, la imagen de Josh con el móvil en la mano, indeciso y dolido...

Todo ello formaba un torbellino mental que competía ferozmente con la elocuencia de Tom sobre la voluntad humana.

- ¿Max? ¿Estás con nosotros en el siglo XIX o te has perdido en una bifurcación temporal? - La voz amable pero firme de Tom la sacó de su ensoñación. Varios compañeros sonrieron. Ella parpadeó, desorientada.

- Lo siento, profesor Shades. Un... lapsus momentáneo. - tartamudeó, sintiendo el rubor subir hasta las orejas. Tom asintió con una leve sonrisa, sin rastro de reproche.

- El siglo XIX puede ser abrumador. Recuperemos el hilo: ¿alguien puede definir el concepto de 'resentimiento' en Nietzsche, más allá de la acepción común? - Miró a otro estudiante, dándole a Max un respiro para recomponerse.

Tomás, un compañero serio de gafas, levantó la mano. Max respiró hondo, obligándose a fijar la mirada en su cuaderno, en las palabras de Tom, en cualquier cosa que no fuera el vacío silencioso de su bolso. La batalla por la concentración era diaria, y en Historia, al menos, tenía un oponente formidable y comprensivo en Tom Shades.

El contraste no podía ser mayor. Entrar al estudio de Arte, inundado de luz norte y con el olor acre de la trementina y el aceite de linaza, era como cruzar a otra dimensión. Una dimensión incómoda. Marie estaba de pie frente a un caballete grande, explicando la técnica del grisaille para preparar una pintura al óleo. Su voz sonaba clara, profesional, pero había una rigidez en sus hombros, una ausencia de la chispa habitual que solía contagiar a sus alumnos.

- ... la subcapa en grises nos permite definir volúmenes y valores lumínicos sin la distracción del color, creando una base sólida... - Marie gesticulaba con un pincel, pero su mirada, al barrer la sala, evitó cuidadosamente el rincón donde Max se había instalado, cerca de una ventana y lo más lejos posible de la mesa de demostración.

Max intentaba seguir las instrucciones. Tenía ante sí un lienzo pequeño con un bodegón sencillo: una manzana, un jarrón de cerámica. Su carboncillo trazaba líneas vacilantes sobre la imprimación blanca.

Cada vez que Marie hablaba, cada vez que su voz llenaba el espacio, Max sentía un pinchazo de esa vieja traición mezclado con una pena sorda. La complicidad estaba rota, sustituida por esta fría corrección. Era como si una pared de cristal grueso las separará. Podían verse, pero no tocarse, no comunicarse realmente.

- Max, ¿te importaría pasar a mostrarnos tu progreso? - La voz de Marie sonó de repente, neutra, dirigida a ella como a cualquier otro estudiante. Todas las cabezas se giraron. Max se tensó.

- Claro, profesora Hanson. -Se levantó, llevando el pequeño lienzo. Sus pasos resonaron en el silencio súbito del estudio. Al colocarlo junto al caballete de Marie, evitó mirarla a los ojos. Se fijó en las manos de su amiga, que sostenían el pincel con demasiada fuerza.

- Bien... las proporciones del jarrón son aceptables. - comentó Marie, su tono didáctico, impersonal. - Pero las líneas son tímidas. Falta convicción en el trazo. Recuerda, el carboncillo es un medio expresivo, no solo un delineador. - Señaló una zona del lienzo de Max. - Aquí, la sombra bajo la manzana necesita más profundidad, más definición. No temas ensuciar el papel. El arte a veces requiere... valentía. - Hubo una ligera inflexión en la última palabra, casi imperceptible. Max asintió mecánicamente.

- Entendido. Trabajaré en eso.

Agarró su lienzo y volvió a su sitio bajo la mirada curiosa de algunas compañeras. El móvil en su bolsillo, silenciado pero presente, parecía pesar una tonelada. ¿Valentía? La palabra resonó en su mente, mezclándose con la imagen de Josh corriendo bajo la lluvia, con la sensación de haber subido al taxi, con los mensajes nunca enviados, nunca recibidos. ¿Valentía para qué? ¿Para enfrentar el desorden emocional que había en su propio "lienzo"? Marie había tocado, sin quererlo, una fibra demasiado profunda.

El descanso entre clases fue un alivio momentáneo. Max se refugió en una mesa del café universitario con Sarah y Chloe, dos compañeras de Arte con las que había entablado una amistad superficial pero agradable.

Sarah hablaba a mil por hora sobre un chico de Diseño Gráfico, mientras Chloe hojeaba un libro de patrones de costura. Max asentía, fingía sonreír, tomaba sorbos de su té demasiado caliente. Pero su atención estaba dividida. En la mesa, junto a su taza, su móvil yacía boca arriba. La pantalla negra era un espejo mudo que reflejaba su propia ansiedad.

- ... y entonces me dijo que mi proyecto de ilustración le recordaba a Klimt, pero con un toque cyberpunk! ¿Te imaginas? - Sarah reía, esperando una reacción.

- Mmh, increíble. - murmuró Max, sus ojos fijos en la pantalla inerte.

Su pulgar rozó inconscientemente el borde frío del dispositivo. ¿Habrá escrito? ¿Habrá superado el miedo esta vez? ¿O será como siempre, un mensaje fantasma que se queda en el limbo de su indecisión? La esperanza, minúscula y terca, se enredaba con el miedo a la decepción. Quizás un "¿Cómo estás?". Quizás un "Perdón". Quizás un "Necesito verte". O quizás... nada. Siempre nada.

- Oye, Max, ¿te pasa algo? - Chloe la miró con preocupación, inclinándose sobre la mesa. - Llevas dos minutos mirando el móvil como si fuera a revelar algo. - Max parpadeó, forzando una sonrisa más amplia y poco convincente.

- Perdón, chicas. Es que... espero un mensaje importante. Del decanato. Sobre un ensayo.

La mentira salió fluida, otra capa de su nueva armadura. Bajó la mirada al té. La imagen de Josh, ordenando libros con esa precisión obsesiva, cruzó su mente. ¿Ordenaba su vida con la misma meticulosidad con la que limpiaba el mostrador? ¿Borrando los rastros de ella? El dolor fue agudo y repentino.

- ¡Bah, el decanato! ¡Aburrido! - Sarah hizo una mueca. - Apaga eso y concéntrate en la vida real. Mira, ahí viene Ben de Diseño... ¡Dios, ese jersey le sienta de muerte! - Desvió la conversación, salvando a Max de más preguntas.

Max agarró el móvil y lo deslizó dentro del bolso, fuera de la vista. Pero no fuera de la mente. La sensación de estar suspendida, pendiente de un gesto que nunca llegaba, era agotadora. El invierno apenas comenzaba, y ya sentía el peso de su propio frío interior, un frío que ni el té caliente ni la charla de sus amigas podían disipar.

La universidad, sus clases, incluso la tensión con Marie, eran solo escenarios donde se desarrollaba su verdadero drama. El camino de regreso a casa de Marie y Jack sería otra oportunidad para esa mirada furtiva a la librería St. John, a la silueta dolida tras el cristal, al hombre que intentaba escribirle al vacío.

- Maxxine! - gritó Tom Shades, iba de camino a la parada de bus. Estaba cerca de la librería.

Tom Shades estaba allí, de pie junto a la parada de autobús, su figura imponente envuelta en un abrigo de tweed bien cortado, la bufanda oscura anudada con precisión. La proximidad a la librería St. John, apenas visible al final de la calle lateral, le puso los nervios de punta.

- Hola Tom.... Digo Sr. Shades. - corrigió Max rápidamente, ajustando la correa de su mochila (la verde, la de Josh) sobre el hombro. El rubor que le subía por el cuello no era solo por el viento. Tom sonrió, una expresión cálida que arrugaba las comisuras de sus ojos verdes. Hizo un gesto leve con la mano, descartando la formalidad.

- Tom, a secas. Fuera de las aulas, por favor. - Su mirada, siempre perceptiva, recorrió su rostro, deteniéndose un instante en la sombra bajo sus ojos. - ¿Cómo te fueron las demás clases? Estabas muy distraída hoy, para ser la semana de iniciación. Nietzsche merece más atención, incluso en su estado más nihilista.

Max desvió la mirada hacia el suelo empedrado. La acusación, aunque gentil, era cierta.

- Lo sé. Lo siento. Fue... un día intenso. Historia fue un remanso, la verdad. - Admitió, buscando las palabras con cuidado. - Pero Arte... bueno, Marie – la Profesora Hanson – está... exigente. - No podía decir "fría", no a él.

Tom asintió lentamente, siguiendo su mirada fugaz hacia el final de la calle, donde el letrero de St. John's se recorta contra el cielo plomizo. Su expresión se volvió comprensiva, sin juicio.

- Marie carga con sus propias sombras estos días. - Comentó, su voz baja, casi confidencial. - Jack mencionó... bueno, que las cosas en casa están tensas. Por tu presencia, supongo. - Hizo una pausa, eligiendo las palabras con cuidado. La observación de Tom le dio en el blanco. Max tragó saliva, el nudo en la garganta apretando.

- Es incómodo. Como caminar sobre cáscaras de huevo todo el tiempo. - Confesó, mirándolo directamente ahora. Había una franqueza en Tom que invitaba a la confidencia, una seguridad que faltaba en su vida actual. - Ella enseña, yo intento aprender, pero hay una pared de cristal entre nosotras. Hoy me dijo que mi trazo en el dibujo era "tímido", que necesitaba "valentía". - Una risa amarga escapó de sus labios. - Fácil decirlo cuando tú no has roto la confianza de tu mejor amiga.

Las palabras de Tom resonaron en el vacío que Max llevaba dentro. Hablaba de Josh, de la ruptura, de su huida. Lo sabía. O lo intuía con una claridad aterradora. Max abrió la boca para responder, para negarlo, para explicarse, pero en ese preciso instante, un movimiento al final de la calle lateral capturó su atención.

Detrás del gran ventanal de St. John's, una figura se había acercado al cristal. Josh. No estaba ordenando libros ni atendiendo. Estaba de pie, inmóvil, mirando directamente hacia la parada de autobús. Hacia ellos. La distancia era demasiado grande para distinguir su expresión, pero la postura era rígida, alerta.

La luz de la librería caía sobre su rostro, acentuando la palidez y la línea tensa de su mandíbula. Parecía una estatua tallada en melancolía y algo más... ¿Celos? ¿Curiosidad amarga? Max sintió que el suelo cedía bajo sus pies. ¿Cuánto había visto? ¿Cuánto había interpretado?

- Maxine? - La voz de Tom la devolvió bruscamente a la realidad. Él seguía mirándola, preocupado por su súbito silencio y palidez. No había seguido su mirada hacia la librería.

- Yo... - La voz de Max sonó ronca. El autobús apareció en la esquina, rugiendo hacia la parada. Una salida providencial. - Es mi autobús. Tengo que... Marie y Jack esperan. Cena familiar. - La excusa sonó falsa incluso para sus propios oídos.

Tom miró el autobús que se acercaba, luego de nuevo a ella. Su mirada era lúcida, como si leyera entre líneas su pánico repentino.

- Claro. - Asintió, sin presionar. Pero antes de que ella pudiera girarse, añadió con suavidad: - Recuerda lo que hablamos en clase. No es fuerza bruta. Es la fuerza de reconstruirse, de crear algo nuevo. - Extendió la mano y le apretó suavemente el hombro. Un gesto de apoyo, paternal, que sin embargo sintió como un hierro al rojo bajo la mirada distante de Josh. - Cuídate. Y si necesitas hablar... mi puerta está abierta.

El autobús se detuvo con un bufido de aire comprimido. Las puertas se abrieron.

- Gracias, Tom. De verdad. - Max murmuró, subiendo los escalones con prisas, evitando volver a mirar hacia la librería. Sintió el peso de dos pares de ojos sobre ella: los verdes y cercanos de Tom desde la acera, y los gris-azulados, heridos e inescrutables, de Josh desde el otro lado del cristal y de su silencio.

Dentro del autobús, abarrotado y cálido, Max se hundió en un asiento junto a la ventana. El vehículo arrancó. Al pasar por delante de St. John's, no pudo evitar una última mirada furtiva. Josh ya no estaba en la ventana.

Pero en el instante en que el autobús pasó, vio su silueta de pie junto al mostrador, la cabeza gacha, una mano apoyada en la madera pulida como si necesitara sostén. La otra mano estaba hundida en el bolsillo de su pantalón, donde seguramente el móvil seguía siendo un peso mudo, un mensaje eternamente no enviado.

Max cerró los ojos, apoyando la frente contra el cristal frío de la ventanilla.

El papel de su vida estaba embarrado, lleno de líneas tímidas y borrones dolorosos. El invierno se acercaba, trayendo consigo la Winter Gala, promesas guardadas en el pasado, y dos hombres que ocupaban espacios cada vez más complejos en su presente helado. La voluntad de poder, de superar el caos...

¿Dónde diablos empezaba? El único trazo valiente que podía imaginar en ese momento era el de apagar el teléfono y dejar de esperar un mensaje que nunca llegaría. Se centraría en sacar adelante la universidad, aunque tuviera que aceptar que el tiempo dado entre ellos, sería largo.

***Octubre***

El segundo semestre empezó. Max se centró en sacar buenas notas, tener a Tom y Marie como profesores extraescolares tenía su buen punto. Pero no volvió a la biblioteca, no desde que cerró a finales de septiembre.

Josh la había cerrado debido a que...había hecho otra...Más cerca del centro, lejos de la universidad y de Max. Marie aún hablaba con él, a veces, pero mantenían el contacto. Jack se centró en su trabajo, pero Tom no podía volver a la misma rutina.

- Max, tierra llamando a mi alumna... ¿Hola? - Tom y ella estaban sentados en el edificio donde trabaja Jack.

- ¿Qué? - vuelve su mirada a Tom.

- Nerviosa... Mucho. Se te nota.

El edificio de cristal y acero donde Jack Hanson trabajaba como arquitecto senior quedaba a dos calles del campus. Su cafetería interna, The Blueprint, era un oasis de líneas limpias y luz filtrada, frecuentado más por ejecutivos con tabletas que por estudiantes. Allí, en una esquina apartada junto a un ventanal que daba a un patio minimalista, Maxine Hartley se sentía como un pájaro exótico fuera de su jaula.

Su nerviosismo era palpable; los dedos jugueteaban con el borde de la taza de té de jazmín, evitando la mirada inquisitiva pero amable de Tom Shades, sentado frente a ella. El aroma a café de especialidad y pan recién horneado no lograba calmar su agitación interior.

- Es que... es la primera vez que un profesor me dice... 'Acompáñame a tomar algo', después de un seminario de literatura. - Sus palabras salieron en un torrente, teñidas de una mezcla de incredulidad y ansiedad. - Todas se fueron a sus casas y yo aquí, acepté. ¿Me chantajeará?

La sonrisa que esbozó fue débil, casi una mueca. Era su defensa habitual: el humor ácido, la autocrítica disfrazada de broma. Pero Tom no se rió. Su expresión se suavizó aún más, y apoyó los codos en la mesa, entrelazando los dedos bajo la barbilla. Un gesto de total atención.

- ¿Chantajearla? Maxine, por favor. - Su voz grave resonó con una calidez genuina que desarmó parte de su tensión. - Consideremoslo... una tutoría extracurricular. Sin notas, sin bibliografía obligatoria. Solo conversación. - Hizo una pausa, dejando que sus palabras se asientan. - He notado que este semestre lleva una carga extra. Más allá de los créditos académicos. En Historia, sus reflexiones sobre la 'voluntad de poder' de Nietzsche tenían un peso personal inusual. En el pasillo, después de Arte, se la veía más agotada que inspirada. Marie... la Profesora Hanson... menciona su precisión técnica, pero también una cierta... ausencia en el trazo.

Max tragó saliva. Tom tenía una habilidad desconcertante para ver más allá de las capas superficiales. Había puesto el dedo en la llaga sin necesidad de nombrar a Josh directamente. La ausencia, la carga extra... eran eufemismos elegantes para el vacío que llevaba dentro desde agosto.

- Marie tiene razón. - admitió Max, mirando su té como si las hojas de jazmín pudieran predecir su futuro. - Dibujo, leo, estudio... pero es como si lo hiciera desde otra habitación. Separada de todo. Como si... - Dudó, buscando las palabras adecuadas. - ... como si hubiera dejado una parte de mí en un lugar que ya no existe.

Tom asintió lentamente, su mirada comprensiva pero sin condescendencia.

- ¿La original? He oído que Josh la reabrió más cerca de Piccadilly. Un local más pequeño, dicen. - La mención del nombre fue suave, calculada. No era una pregunta, era un reconocimiento. - Un cambio drástico. Alejarse del campus... de tantos recuerdos pegados a las estanterías.

Max sintió un puño invisible apretar el estómago. El nuevo local de Josh era una herida abierta que no quería tocar. Marie había soltado detalles a cuentagotas: "Está bien, Max, pero es... distinto. Más frío. Como si hubiera perdido el alma al mudarla". Jack había añadido: "Gasta más en calefacción que en libros nuevos. Parece una cueva".

- No he ido. - confesó Max, la voz apenas un susurro. - No podría. Ver esos libros... en otro lugar, sin el olor a madera vieja, sin el rincón de la ventana donde... donde solía perderme leyendo...

Se interrumpió, apretando los labios. Tom extendió la mano y cubrió brevemente la suya sobre la mesa. Un gesto de consuelo rápido, profesional, pero que transmitió una solidaridad inesperada.

Max enrojeció.

¿Había notado Tom su ritual matutino de espiar la antigua ubicación, ahora vacía? ¿Su mirada furtiva hacia la calle paralela? Su perspicacia era casi aterradora. Tom retiró su mano y tomó un sorbo de su espresso. Su mirada se volvió pensativa, como la de un filósofo ante un dilema existencial.

- Nietzsche diría que el frío, el dolor, son necesarios. Forjan el espíritu, lo fortalecen para crear algo nuevo, algo más poderoso. - Hizo una pausa, sus ojos verdes clavados en los de ella. - Pero Nietzsche, siendo un genio, a veces olvidaba la simple humanidad del día a día. La necesidad de... un fuego al que arrimarse mientras pasa el temporal.

Max lo miró, desconcertada. ¿A qué se refería? ¿A la amistad? ¿A Marie? ¿A... él mismo? Tom pareció leer su pregunta en el aire. Sonrió, una sonrisa pequeña pero cálida.

- No estoy proponiendo nada impropio, Maxine. Solo le digo que no está sola en este invierno. Que sus profesores, Marie y yo, vemos su lucha. Que sus amigos, como Sarah y Chloe, notan sus ausencias. Incluso un viejo profesor de filosofía puede ser un oyente discreto cuando las paredes de cristal de la vida académica se vuelven demasiado frías. - Se inclinó ligeramente hacia adelante, su voz bajando un tono más íntimo. - Y que Josh Ridley, aunque haya cambiado la geografía de su librería y guarde un silencio obstinado... no ha cambiado lo que siente. Marie lo sabe. Yo lo intuyo. Y usted... En el fondo, también.

Las palabras de Tom cayeron como piedras en el estanque helado de su corazón. La mención de Josh, la certeza en su tono sobre sus sentimientos, la vulnerabilidad que admitía al llamarse a sí mismo "un viejo profesor"... todo creó una tormenta de emociones contradictorias dentro de Max.

Alivio por no sentirse tan invisible. Rabia por saber que Josh sufría pero no daba el paso. Temor por lo que este acercamiento de Tom pudiera significar. Y una extraña calidez al sentirse... vista. Verdaderamente vista, más allá de sus notas o sus trazos "tímidos".

- ¿Y si el fuego al que me arrimo... quema? - preguntó Max, su voz temblorosa, mirando directamente a los ojos verdes que ahora reflejaban la tenue luz del café. - ¿Si me quemo yo... o quemo a alguien más? - Tom sostuvo su mirada, sin pestañear. La intensidad de su respuesta la dejó sin aliento.

- Entonces, Maxine, habrá valido la pena el calor. Porque solo quemándonos a veces recordamos que estamos vivos. Y que el invierno... siempre, siempre, termina.

- Da buenos consejos. - sonríe ella, sorbiendo un poco de café.

- Gracias.

- ¿Jack tarda mucho, no?

Tom deslizó una mirada al reloj de pulsera, un gesto pulcro que no lograba ocultar cierta intranquilidad.

- Jack suele alargar sus revisiones de planos los martes. - respondió, la voz más baja, casi íntima en el murmullo de la cafetería. Sus ojos verdes, tan lúcidos como un lago helado, regresaron a ella. - Puede tardar... media hora, quizás más. El tiempo suficiente para tomar otro café. ¿O prefieres té?

- Café, por favor. - murmuró Max, evitando su mirada fijándose en las vetas de la mesa de roble. - Negro. Sin azúcar. - Una elección dura, como su estado de ánimo. Como la decisión de no endulzar lo que venía.

Tom alzó una mano discreta hacia un camarero. Mientras esperaban, el silencio se espesó. No era incómodo, sino expectante, como el instante antes de que un violín rompa la quietud en una sinfonía.

Tom observaba el gesto concentrado de Max al revolver su café sin azúcar, los nudillos blanqueados alrededor de la pequeña cuchara. La metáfora del fuego que podía quemar aún flotaba en el aire entre ellos, un desafío tácito.

- Ese café negro... es una declaración de guerra contra algo. ¿Contra el recuerdo dulce? ¿Contra la tentación de endulzar la realidad? - Su pregunta no fue invasiva, sino observadora, como un científico planteando una hipótesis. - Josh tomaba su café con tres sobres de azúcar, ¿verdad? Como un niño, me lo dijo una vez.

Max contuvo el aliento. La imagen de Josh revolviendo frenéticamente el azúcar en su taza, con ese gesto despreocupado que tanto la exasperaba y enamoraba, la golpeó con una nitidez dolorosa. Tom lo sabía. Lo había observado. Lo recordaba.

- Sí. - admitió, la voz un susurro ronco. - Demasiado dulce para mi gusto. Pero... era parte de él. De su... luz. - La última palabra se le atragantó. Luz que ahora sentía apagada, o al menos, distante y ajena. Tom asintió lentamente, como si confirmara una teoría interna.

- Y ahora usted elige la amargura. No como castigo, creo. Sino como un recordatorio. Para no olvidar el sabor real de las cosas, aunque duela. - Hizo una pausa, dejando que la idea se asentara. - Es un acto de valentía, Maxine. Crudo, pero valiente. Marie tenía razón en eso.

En ese instante, el teléfono de Max, olvidado en el bolso junto a su silla, vibró con un zumbido sordo pero insistente. Un mensaje. El corazón de Max dio un vuelco salvaje, traicionero. ¿Josh? Bajó la mirada instintivamente hacia el bolso, los dedos temblorosos buscando la cremallera.

Tom lo notó. La súbita palidez, el temblor apenas perceptible, la forma en que su atención se fracturó. Un destello de algo que pudo ser comprensión, o quizás una sombra de decepción, cruzó sus ojos verdes antes de ser reemplazado por una neutralidad impenetrable.

- Parece que el mundo exterior reclama su atención. - Su tono era educado, distante de repente. Como si la conexión que habían empezado a tejer se hubiera roto con un solo zumbido.

Max sintió una oleada de vergüenza. Había estado abriéndose, confesando su dolor, aceptando su amargura, y un simple mensaje la había reducido a un manojo de nervios expectantes. Sacó el teléfono con manos torpes, evitando la mirada de Tom. La pantalla se iluminó.

Marie: ¿Vas a cenar en casa? Jack y yo vamos al estreno de esa obra en el West End. Te dejamos algo en la nevera. ¿Todo bien con Tom?

No era Josh. Era Marie. Información práctica. Un recordatorio de su lugar en su casa: la invitada, la que queda fuera de sus planes. La decepción fue un puñetazo al estómago, tan intenso que le cortó la respiración. Cerró los ojos un instante, sintiendo cómo el frío interior se intensificaban, solidificándose.

- Solo Marie. - murmuró, guardando el teléfono con un gesto brusco que pretendía ser de indiferencia, pero que delató su temblor. - Confirmando cenas. - Intentó una sonrisa que fue un mero estiramiento de labios. - Lo siento. Es difícil desconectar.

Tom la observó en silencio. Vio la lucha en sus ojos, la batalla entre la dignidad que quería proyectar y el desgarro que la consumía por dentro. La mano que había estado a punto de tocar la suya sobre la mesa se retrajo, descansando junto a su taza de expresso vacía.

- No te disculpes. - dijo finalmente, su voz recuperando parte de la calidez inicial, pero con una nota de cautela. Sus ojos verdes la perforaron. - No deje que el silencio de Josh, o su propia elección por el café amargo, se convierta en ese veneno.

Josh Ridley apretó la frente contra la fría madera barnizada de la puerta trasera. El eco del pestillo al cerrar resonó en el silencio sepulcral de la librería. El local era un ataúd de metal y luces LED. No olía a historia, a polvo de siglos, a promesas susurradas entre estanterías. Olía a nuevo, a desinfectante, a ausencia.

*A ella.*

El dolor en su muñón era un latido constante, un recordatorio físico de su pérdida, pero palidecía ante la sensación de vacío en el pecho, un hueco que se había instalado desde que la vio subir a aquel taxi bajo la lluvia torrencial.

Sacó el móvil como un autómata. La pantalla iluminó su rostro marcado, las ojeras profundas, la barba de un día que acentuaba su palidez. Abrió el hilo de mensajes con Max. El último era una foto borrosa de un gato naranja atigrado, durmiendo plácidamente sobre una pila desordenada de novelas de misterio.

***Josh****: Alex dice que es nuestro nuevo crítico literario. Le gusta más dormir que leer. Como tú.*

Un espasmo de dolor tan agudo que casi lo dobló recorrió su cuerpo. "Como tú". La broma, el tono cariñoso, la intimidad compartida... todo sonaba a una burla cruel ahora. Deslizó el dedo hacia arriba.

Mensaje tras mensaje, una crónica digital de su verano dorado: bromas tontas sobre clientes, debates sobre libros, emojis de corazones y tazas de café compartidas, un "¿Vas a venir? Te guardo el mejor sillón" el día de su charla.

Apretó los dientes hasta que le crujieron. La imagen de Max en la parada de autobús, esa mañana de septiembre, se superpuso a la pantalla con una claridad brutal: su perfil contra el cielo gris, el viento jugando con sus rizos rojos, la mano de Tom Shades posada en su hombro con una familiaridad que lo había dejado helado.

El profesor seguro, estable, sin cicatrices que ocultar ni prótesis que ajustar. El rival perfecto. Su pulgar se posó sobre el teclado virtual. Tembloroso, escribió "Hola. Sé que no debería..."

Las palabras parpadearon, acusadoras. ¿No debería qué? Molestarla? ¿Recordarle lo que perdió? Suplicar? La rabia, mezclada con una desesperación profunda, lo inundó. Borró la frase con un movimiento brusco del pulgar.

Pero entonces, antes de que pudiera arrojar el maldito aparato contra la pared fría de metal, el teléfono vibró salvajemente en su mano. Jack Hanson apareció en la pantalla.

Josh maldijo entre dientes.

La interrupción era grosera, un recordatorio del mundo exterior que insistía en entrometerse en su aislamiento. Pero era Jack. Su amigo. El único puente que le quedaba hacia el pasado que añoraba. Con un gruñido de resignación, deslizó el dedo para aceptar la llamada.

- ¿Josh? ¿Estás ahí? - La voz de Jack sonaba extrañamente tensa, urgente, incluso a través del maldito móvil.

- Sí, Jack. Aquí. Cerrando. - La voz de Josh sonó rasposa, como si no la hubiera usado en días. - ¿Qué pasa?

- Necesito que vengas. Ahora. Al Blueprint. La cafetería del edificio. - Jack hizo una pausa, y Josh podía casi verlo pasándose una mano por el pelo rubio, un gesto nervioso. - Tom y Max están aquí. Tomando café. Hablando. Y... joder, Josh, se ve intenso.

El mundo se detuvo para Josh. El aire desapareció de sus pulmones. Max y Tom. Juntos. Hablando.

- ¿Y por qué diablos me llamas para decirme eso? - La voz de Josh fue un rugido ahogado, lleno de un dolor rabioso. - ¿Para torturarme?

- ¡No, idiota! - La voz de Jack se elevó, impaciente.- ¡Para que hagas algo! ¡Para que vengas y... y no sé, reclames lo que es tuyo antes de que ese tipo de los malditos trajes de tweed termine de consolarla tan bien que se olvide de ti para siempre! ¡Está aquí, Josh! ¡A dos calles! ¡Es tu oportunidad!

La llamada de Jack fue como un electroshock. Las palabras resonaron en el vacío de la nueva St. John 's. Max no era una posesión, lo sabía. Pero el miedo a perderla para siempre, a que Tom Shades, con sus palabras sabias y su seguridad imperturbable, ocupará el espacio que él había dejado vacante con su estupidez orgullosa, fue más fuerte.

Sin pensar, sin planear, Josh apagó el móvil con un chasquido seco y se volvió hacia la puerta. No hacia la salida trasera, sino hacia la principal, la que daba a Piccadilly. Su nueva prótesis, la cara y eficiente, golpeó el suelo con un sonido metálico decidido al dar el primer paso.

El dolor en el muñón fue un recordatorio agudo de su imperfección, de su vulnerabilidad. Pero esta vez, no se detuvo. Tomó la llave del local con mano firme (no temblorosa, por primera vez en semanas) y cerró la librería nueva, la fría, la que no tenía alma. No miró atrás.

Jack llegó con Max y Tom, disculpándose por la tardanza. Tom detuvo su charla con Max, se levantó con elegancia para estrechar su mano, un gesto de colegas que Max imitó por cortesía, aunque su sonrisa fue fugaz. Pero algo en Jack llamó su atención. Estaba inquieto, sus ojos azules no se posaban en un sitio fijo, y sostenía su móvil abierto en la otra mano como si fuera un artefacto peligroso. La pantalla mostraba una llamada reciente.

El corazón de Max se detuvo. ¿Josh llamó? ¿Por qué? ¿Qué pasó? Una avalancha de preguntas sin respuesta la paralizó por un segundo. Pero la voz de Tom, suave pero firme, la devolvió al presente.

- No te preocupes, Jack. Max y yo hemos aprovechado para una... charla filosófica muy interesante. - Tom sonrió, pero sus ojos verdes no perdieron de vista a Max, como midiendo su reacción a la presencia de Jack y, por extensión, a la sombra de Josh que acababa de entrar en la habitación.

Jack se aclaró la garganta, evitando la mirada de Max. Se centró en Tom, su expresión repentinamente seria, casi disgustada, algo raro en él.

- Bueno... ¿Ya sabes de lo que va la Winter Gala? Es en dos meses... Y es una mierda, no tengo dónde, ni cuándo. Sólo diciembre. - Hizo una pausa, clavando sus ojos en Tom con una mezcla de frustración y reproche. - Gracias por eso, Tom.

Max parpadeó, sorprendida. El disgusto de Jack era palpable, casi violento en su contraste con su carácter habitual. ¿Qué había hecho Tom? ¿Y qué tenía que ver con la Gala? Tom mantuvo la compostura, pero una leve tensión se instaló en su mandíbula.

- Jack, ya hablamos de eso. La ubicación del Salón Gótico es la más adecuada históricamente. Es tradición. El Comité de Eventos...-

- El Comité de Eventos está lleno de dinosaurios como tú que no ven más allá de sus narices! - Jack lo interrumpió, la voz más alta de lo necesario. Varias cabezas giraron en la cafetería. "¡Es inaccesible, Tom! ¡Media escalinata para entrar, baños en el sótano sin ascensor, pasillos estrechos...!

La palabra "inaccesible" resonó como un disparo en la atmósfera contenida del Blueprint. Max vio cómo el rostro de Tom Shades se congelaba. No era enfado, sino una sorpresa genuina que se transformaba rápidamente en incomodidad, luego en una defensa fría y académica.

- Jack, - la voz de Tom era baja, pero cortante como el cristal, - el Salón Gótico es un patrimonio arquitectónico. Su atmósfera es insustituible para la Gala. El Comité evaluó opciones, y...

- ¡Evaluó con los ojos cerrados! - Jack lo interrumpió de nuevo, su dedo índice apuntando casi acusador hacia Tom. Su rubicundez habitual había dado paso a un tono pálido de ira contenida. - ¿Evaluaron cómo sube alguien en silla de ruedas, o con una prótesis que no es precisamente la última maravilla de la NASA, esas escaleras de mármol resbaladizas? ¿O cómo se mueve por esos pasillos donde dos personas apenas caben de lado? ¡No! ¡Evaluaron el ambiente! ¡La tradición! ¡La maldita estética! - Su voz se quebró ligeramente en la última palabra. No solo estaba hablando de accesibilidad genérica. Hablaba de Josh.

- ¡Jack! - El grito fue un látigo que cortó la tensión. Max señaló alrededor, consciente de las miradas curiosas. - Ayudaré a Tom con la gala... Pondré una rampa accesible provisional, señalización clara, baños adaptados temporales. Me encargaré. - Su mirada desafió a Jack.

- Gracias. - le abrazó. - A ambos. Esta gala benéfica servirá de algo, al fin y al cabo. - se separa de Max. - Bueno, ¿vienes a casa? Pronto Marie me dirá que vayamos a cenar... Así que....andando Maxxine.

- Sí claro. Nos vemos mañana Tom. - se despide con un apretón de manos de su profesor y sigue a Jack al coche.

Una niebla baja, típica del Támesis, se enroscaba alrededor de las farolas victorianas del Duck & Fiddle, el pub que Josh tanto odiaba y que Jack, con su peculiar sentido del humor, había elegido para la "cita doble" que Tom había propuesto.

Maxine se ajustó la bufanda roja mientras entraba al calor abarrotado y ruidoso del local detrás de Tom, Marie y Jack. La promesa de Tom había sido un ambiente distendido, buena comida, y olvidar tensiones académicas por una noche". Max solo sentía un nudo de aprensión.

El pub era todo lo que Josh detestaba: luces neón parpadeantes anunciando cervezas baratas, música pop a todo volumen, mesas pegadas unas a otras, y un olor penetrante a fritura y cerveza derramada.

Tom, impecable en un jersey de cachemira oscura que sustituía al tweed, parecía un aristócrata perdido en una feria. Marie y Jack se dirigieron a una mesa alta reservada cerca de la barra, saludando a conocidos.

- ¿Seguro que este es el sitio? - preguntó Max a Tom, levantando la voz para superar el estruendo. Su mirada escudriñar el local, buscando inconscientemente una silueta familiar y temiendo encontrarla.

- Jack insistió. - Tom esbozó una sonrisa tensa. - Prometo que si empiezan a cantar "Sweet Caroline", pagó la cuenta y nos vamos corriendo.

Max intentó reír, pero el sonido murió en su garganta. Su mirada, acostumbrada a buscar a Josh incluso donde no estaba, se detuvo en un rincón semioculto tras una columna de ladrillo visto, cerca de la puerta trasera que daba a un callejón. Allí, en una mesa pequeña y alejada del bullicio central, había dos figuras.

*Josh.*

Pero no el Josh que Max recordaba, era una sombra envuelta en oscuridad. Llevaba un abrigo largo de cuero negro, desabrochado, sobre una camiseta negra de cuello alto. Su pelo, siempre rebelde, parecía deliberadamente despeinado, cayendo sobre su frente en mechas oscuras que ocultaban parcialmente sus ojos. Estaba inclinado hacia adelante, escuchando con absoluta concentración a Alex.

El joven ayudante gesticulaba animadamente, contando algo, su rostro expresivo iluminado por la tenue luz de una lámpara de mesa. Josh no sonreía. Asentía ocasionalmente, sus ojos gris-azulados fijos en Alex con una intensidad que parecía absorber cada palabra, cada matiz. Era una escena íntima, casi privada, en medio del barullo.

Josh sostenía una jarra de cerveza oscura, pero apenas la había tocado. Su postura era de alerta, como un animal descansando pero consciente de cada movimiento a su alrededor.

Max sintió que el suelo se movía bajo sus pies. La transformación era impactante. La meticulosidad obsesiva, la tristeza plana, habían dado paso a esto: una melancolía profunda, casi peligrosa, envuelta en una estética deliberada de oscuridad y distancia. Era atractivo de una manera nueva y desconcertante, como un acantilado al borde del mar embravecido.

Y verlo con Alex, riendo (Alex sí reía, Josh solo asentía con una leve inclinación de cabeza), compartiendo esa intimidad silenciosa, le produjo una punzada de celos irracional mezclada con una profunda tristeza. Él había encontrado consuelo, al menos momentáneo, en otro. Ella estaba aquí, en una cita forzada con su profesor y su mejor amiga distante.

- Max? ¿Vas a quedarte plantada en la entrada toda la noche? - La voz de Marie, más aguda de lo necesario, la sacó de su trance. Marie estaba de pie junto a la mesa reservada, señalándola con impaciencia. Tom la observaba con expresión preocupada. Jack seguía la dirección de su mirada congelada y palideció visiblemente.

- Mierda - murmuró Jack, frotándose la nuca. - No sabía que vendría aquí. Lo siento, Max.

Tom siguió la mirada de Max y de Jack. Sus ojos verdes se encontraron con la figura oscura y aislada de Josh. Una comprensión inmediata, y algo más frío, cruzó su rostro. Luego, su expresión se suavizó en una máscara de cortesía profesional.

- Bueno, - dijo Tom, colocando suavemente una mano en la espalda de Max para guiarla hacia la mesa, rompiendo su inmovilidad - la mesa nos espera. Y la promesa de un karaoke cuestionable también. - Su tono intentaba ser ligero, pero la presión de su mano en su espalda era firme, posesiva.

El roce de la mano de Tom, aunque protector, se sintió como una marca de propiedad bajo la mirada que Max imaginó (¿o fue real?) que Josh les dirigió desde su rincón oscuro. Al sentarse, forzó su mirada hacia Marie y Jack, pero su atención periférica estaba clavada en aquella mesa lejana.

Vio cómo Alex decía algo, señalando hacia la barra. Josh asintió, sin sonreír, y Alex se levantó, abriéndose camino entre la multitud.

*Quedó solo.*

Josh no miró alrededor. Bajó la vista a su jarra de cerveza, sus dedos largos y pálidos jugueteando con el asa de vidrio. La luz tenue acentuaba las sombras bajo sus ojos, la línea dura de su boca. Parecía una escultura de dolor y aislamiento deliberado.

Max sintió una urgencia irracional de levantarse, de cruzar el pub, de romper esa coraza oscura. Pero el peso de la mano de Tom en su silla, su voz preguntándole qué quería beber, la anclaron.

- Una copa de vino tinto, por favor - murmuró, sin apartar los ojos completamente de Josh.

La noche fue un suplicio disfrazado de socialización. Marie intentó animar el ambiente con chistes forzados sobre la universidad. Jack habló de su último proyecto arquitectónico con un entusiasmo que sonó fingido.

Tom mantuvo una conversación fluida, inteligente, sobre una exposición reciente en la Tate Modern, sus ojos verdes buscando constantemente los de Max, tratando de captar su atención perdida. Max respondía con monosílabos, su sonrisa era un gesto automático. Cada risa de Alex al regresar a la mesa con las bebidas, cada inclinación silenciosa de la cabeza de Josh, cada vez que sus dedos rozaban la jarra de cerveza, era un latigazo.

En un momento dado, durante una pausa especialmente tensa en su mesa, Max levantó la vista justo cuando Josh alzaba la suya. Sus miradas se encontraron a través del humo del pub, la música estridente y la distancia.

Fue un instante eléctrico, congelado en el tiempo. Los ojos gris-azulados de Josh, sin la barrera del cristal de la librería, eran pozos de una tristeza tan profunda que le quitó el aliento. No había reproche, no había ira. Solo un dolor reconocido, un eco del suyo propio. ¿Por qué estás aquí con él?

Max apartó la mirada primero, sintiéndose al descubierto, vulnerable. Cuando volvió a mirar, Josh estaba hablando con Alex, su perfil nuevamente cerrado, inexpresivo, la armadura de cuero negro y melancolía firmemente en su lugar.

- ... así que necesitamos manos para los arreglos florales, la señalización, y asegurarnos de que los baños temporales estén impecables. - La voz de Tom la devolvió a la realidad. Estaba hablando de la Gala de Invierno, dirigiéndose a ella, Marie y Jack. - Maxine, sé que tienes buen ojo estético. ¿Te importaría encargarse de coordinar el equipo de decoración floral con el proveedor? Sarah y Chloe ya se han ofrecido.

Max parpadeó. Era una oferta de distracción, una forma de integrar, de hacerla útil. Y una oportunidad para alejar su mente de la mesa del rincón.

- Claro, Tom. - Asintió, encontrando un propósito concreto en el que enfocarse. - Me encargaré. Sarah y Chloe son geniales para eso.

Tom sonrió, satisfecho. Marie añadió algo sobre los centros de mesa, pero Max ya estaba haciendo planes mentales: colores invernales, blancos, plateados, toques de rojo sangre, tal vez ramas desnudas... Cualquier cosa para no pensar en los ojos llenos de dolor que la habían interpelado desde la oscuridad.

La salida del pub fue un alivie. La niebla había empeorado, envolviendo las calles en un manto húmedo y frío que amortiguaba los sonidos de la ciudad. Jack y Marie se despidieron rápido, subiendo a un taxi con una urgencia que delataba su propio malestar por el encuentro no deseado. Tom ofreció su brazo a Max con galantería.

- Permíteme acompañarte. Esta niebla no es para caminar sola. - Su voz era suave, pero firme.

Max, exhausta emocionalmente, aceptó en silencio. Caminaron por calles adoquinadas apenas iluminadas por las farolas, cuyos halos dorados se difuminaban en la bruma. El brazo de Tom era sólido, un punto de apoyo en la inestabilidad de la noche y de sus sentimientos. La tensión del pub, la imagen de Josh transformado en una figura de dolorosa oscuridad, la intensidad de esa mirada cruzada... todo pesaba sobre ella.

- Esta noche... fue intensa. - Comentó Tom al fin, rompiendo el silencio. Su voz resonaba bajo la niebla. - Lamento que Jack eligiera ese lugar. Y que... él estuviera allí.

- No es culpa tuya. - Max murmuró, apretándose inconscientemente contra su brazo, buscando calor, consuelo. - Josh... parece diferente.

- El dolor puede adoptar muchas formas. - Tom observó, su tono reflexivo, de profesor. - A veces se esconde detrás del orden, como antes. Otras, detrás de una estética deliberada de aislamiento. Como ahora. Es una coraza, Maxine. Como tu café amargo. Como mi insistencia en el Salón Gótico. - Hizo una pausa, deteniéndose frente al edificio donde vivían Marie y Jack. - Todos llevamos nuestras armaduras.

Se dieron la vuelta para enfrentarse. La niebla se arremolinaba a su alrededor, creando un círculo íntimo de luz dorada de la farola más cercana. Tom la miró, sus ojos verdes serios en la penumbra. La mano que no sostenía su brazo se levantó y le apartó suavemente un rizo rebelde de la frente.

El gesto fue tierno, paternal al principio, pero el contacto de sus dedos contra su piel despertó algo más complejo. Había una intensidad en su mirada, una pregunta suspendida en el aire húmedo.

- Maxine... - comenzó a decir, su voz más grave.

Max sintió un vuelco en el estómago. Anticipó las palabras, la confesión, la propuesta que cambiaría todo. El fuego del que había hablado, listo para quemar. Pero antes de que Tom pudiera continuar, antes de que ella pudiera reaccionar, una vibración insistente y familiar resonó en el bolsillo de su abrigo. Su móvil.

No era una llamada. Era la alerta específica, personalizada, que había asignado hacía meses... a Josh. Un mensaje.

La atmósfera se quebró como el cristal. Tom retrocedió un milímetro, su expresión se cerró ligeramente, pero mantuvo la compostura. Max sintió que el mundo se reducía a ese pequeño rectángulo de luz en su bolsillo. Con manos que temblaban visiblemente ahora, sacó el teléfono. La pantalla brilló en la niebla, iluminando su rostro pálido, sus ojos dilatados por una mezcla de miedo y esperanza desesperada.

***Josh****: Te vi. En el pub. Con él. No pude no mirar. El café sigue siendo demasiado amargo para mí también. ¿Podemos hablar? Solo hablar.*

Las palabras bailaron ante sus ojos. No eran un hola casual. No eran un reproche. Eran un reconocimiento de su dolor compartido, una metáfora íntima, un puente tendido desde su fortaleza oscura. La pregunta más simple.

Max alzó la vista hacia Tom. Él había visto el nombre en la pantalla. Lo sabía. Sus ojos verdes, siempre tan lúcidos, reflejaron una comprensión instantánea y una resignación serena. No había enfado, solo una tristeza profunda y una aceptación anticipada.

- Es él, ¿verdad? - preguntó Tom, su voz extrañamente tranquila en la niebla.

Max asintió, sin poder articular palabra. Las lágrimas, contenidas durante semanas, amenazaban con desbordarse, pero no de tristeza. De alivio. De una posibilidad. Tom le sonrió, un gesto pequeño y valiente que no llegó a sus ojos.

- Entonces deberías responderle. - Dio un paso atrás, soltando su brazo. El espacio entre ellos se llenó de bruma fría. Hizo una leve inclinación de cabeza, un adiós elegante y definitivo. - Buenas noches, Maxine. Cuídate.

Se dio la vuelta y se fundió en la niebla, su figura alta y segura desapareciendo rápidamente en la penumbra dorada y gris. Max se quedó sola bajo la farola, el móvil caliente en su mano, el mensaje de Josh brillando como un faro en la oscuridad de su invierno personal.

Max quedó en su habitación, Marie y Jack se durmieron temprano pero ella sabía que una persona aún seguiría despierta. Aún recordaba sus hábitos nocturnos...Lo vio tan bien, físicamente, claro. No cojeaba mucho, apenas, se le veía bien...pero le faltaba ese brillo en sus ojos.

Los dedos de Max se cernían sobre la pantalla, su respiración era superficial. La luz del teléfono iluminaba la oscuridad silenciosa de su habitación, el peso de meses de silencio oprimía ese único instante. Exhaló bruscamente y tecleó:

***Max****: Hola... También te vi. Creo que fue obvio. ¿Cuándo te viene bien?*

Pulsó enviar antes de poder darle demasiadas vueltas. Los tres puntos de escritura aparecieron casi de inmediato. Su pulso se aceleró.

***Josh****: Ahora. Si no es demasiado tarde. O mañana. O cuando tú quieras. Solo... necesito que elijas tú.*

La crudeza de sus palabras deshizo algo en su pecho. Este no era el Josh de las sombras del pub esa noche, este era el Josh que solía enviarle fotos de gatos a medianoche, el que susurraba "¿Vas a venir?" como una invitación, no una súplica. Echó un vistazo a la puerta, escuchando cualquier indicio de que Marie o Jack se movieran. La casa estaba en silencio.

***Max****: Ahora. Pero no en un pub. ¿El viejo banco de St. John's? El que sigue ahí, frente al local vacío.*

Contuvo la respiración. Ese banco, bajo la farola parpadeante, era donde se habían sentado la primera vez que él le había hablado del accidente. Donde él se había remangado y le había permitido trazar con los dedos el borde cicatrizado de su muñeca, sus dedos firmes cuando los suyos no lo eran.

***Josh****: Voy.*

El aire nocturno mordía sus mejillas mientras se apresuraba por la acera, sus botas crujiendo sobre las hojas caídas. El antiguo local de St. John 's se alzaba ante ella, sus ventanas oscuras, el cartel de "Se Alquila" siendo un duro recordatorio de lo que él había abandonado. Y allí, en el banco bajo la farola, estaba Josh.

No la figura taciturna del pub. No el fantasma que había observado tras el cristal durante semanas. Simplemente... Josh. Su chaqueta de cuero estaba cerrada contra el frío, las manos hundidas en los bolsillos. Cuando la vio, se levantó de golpe, su prótesis haciendo un leve clic contra el pavimento.

- Viniste. - dijo, con voz ronca.

Max se detuvo a unos pasos de distancia, con la garganta apretada. De cerca, las sombras bajo sus ojos eran peores. Su cabello estaba más largo, desordenado de una manera que sugería dedos tirando de él con frustración. Pero su mirada, dios, su mirada era la misma. Gris tormentoso e inquisitivo.

- Me enviaste un mensaje. - replicó ella. Un destello de algo cruzó su rostro.

- Me tomó bastante tiempo.

El silencio se extendió, cargado de todo lo no dicho. La pelea bajo la lluvia de agosto. La portezuela del taxi se golpeó de golpe. Los meses de ausencia son dolorosos. Josh rompió primero.

- Estabas con él. - No una acusación. Un hecho.

- Tom es mi profesor, amigo de Jack. - dijo ella, aunque ambos sabían que esa no era toda la verdad.

- Y Marie es tu compañera de piso. - replicó él, para luego hacer una mueca y pasarse una mano por el rostro. - Lo siento. Eso no fue...

- ¿Justo? - terminó Max. - No. Pero tampoco fue justo que yo me fuera así. - Josh exhaló bruscamente, su aliento empañando el aire. Cuando volvió a hablar, su voz era más baja. - No debería haber gritado. No debería haber dicho... lo que dije. - Ella se cruzó de brazos.

- No debería haberme ido. - Una pausa. Luego, tan suavemente que casi se le pasó:

- ¿Lo decías en serio? Lo que dijiste antes de irte. - Su estómago dio un vuelco. Ella sostuvo su mirada.

- Cada palabra. - Josh se balanceaba como si ella lo hubiera empujado. Su mano se tensó a su lado, la de verdad, la que solía acunar su mandíbula cuando la besaba. - ¿Entonces por qué te fuiste?

- Las palabras estallaron de ella, afiladas por meses de lágrimas no derramadas. Estabas sufriendo, Josh, y en vez de dejarme entrar, simplemente... - Hizo una mímica de una explosión con las manos. - No podía verte autodestruirte. No otra vez.

Él retrocedió como si lo hubieran golpeado. Durante un largo momento, el único sonido fue el lejano rumor del tráfico. Luego, titubeando, Josh dio un paso hacia ella.

-Estoy intentándolo. Con la nueva tienda. Terapia... ayuda. - Tragó saliva con dificultad. - Pero no eres tú. - Su determinación se quebró. Él lo vio. Su voz bajó a un susurro. - Háblame, Max. Por favor.

Y así, de repente, el dique se rompió.

Le contó sobre las noches en vela. Sobre espiar el local vacío. Sobre la amabilidad de Tom y los hombros fríos de Marie y cómo cada taza de café negro sabía a traición. Josh escuchó, su mirada nunca abandonando su rostro, su cuerpo inclinado hacia el de ella como una brújula encontrando el norte.

Cuando terminó, él extendió la mano, lentamente, dándole tiempo para apartarse. Sus yemas de los dedos rozaron su muñeca, justo por encima del borde de su guante. Una pregunta. Max respondió entrelazando sus dedos con los suyos. Su mano estaba caliente. Era real. Estaba vivo.

- Vuelve a casa. - murmuró él.

Max lo miró, sus dedos temblando dentro del guante donde los de él se entrelazaban. Sus ojos grises, libres ahora de la armadura de oscuridad que los cubría en el pub, reflejaban una tormenta de esperanza y miedo que le resultaba demasiado familiar.

- ¿A cuál, Josh? - Susurró, la voz rasgada por el frío y la emoción contenida. - ¿A la tuya, la nueva, fría y sin alma en Piccadilly? ¿O a... a lo que éramos? Porque esa casa... - Su mirada vagó hacia la librería vacía, a las ventanas oscuras donde antes brillaba la luz cálida de las lámparas y su complicidad. - ...esa casa ya no existe.

Josh apretó su mano con más fuerza, como si temiera que se desvaneciera. Un espasmo de dolor cruzó su rostro, no físico, sino el eco de su propia pérdida.

- Lo sé. - Admitió, la voz ronca. - Sé que la destruí yo. Con mi mierda, con mi orgullo, con... con ese día bajo la lluvia. - Bajó la mirada a sus manos unidas, a su muñón apenas visible bajo la manga de la chaqueta. - Pero la nueva tienda... no es un hogar, Max. Es una cueva. Un lugar donde me escondo. Donde intento no pensar... en lo que perdí. En ti. - Alzó la vista, desafiando con una sinceridad que la dejó sin aliento. - Y cuando te vi con él... con Tom... en ese maldito pub... fue como si alguien me apuñalaran y a la vez me despertara. No puedo seguir escondiéndome. No sé si hay la más mínima posibilidad de que... - Tragó saliva, buscando las palabras. - ...de que aún quieras intentar reconstruir algo. Algo nuevo. Sobre las ruinas. Con las cicatrices.

- ¿Cómo, Josh? - Preguntó, no con escepticismo, sino con una necesidad desesperada de certeza. - ¿Cómo reconstruimos? Porque yo... - Su voz se quebró. - ...yo también he estado en una cueva. Tomando café amargo, espiando ventanas vacías, fingiendo que no me importaba cada vez que tu móvil no vibraba. Marie... es una pared de hielo. Tom... - Se detuvo, sabiendo que mencionarlo era tocar una herida abierta. - ...Tom ha sido amable. Demasiado amable, a veces. Pero no es... tú. Nunca lo será.

El nombre de Tom hizo que la mandíbula de Josh se tensara, pero no soltó su mano. Al contrario, la atrajo un poco más cerca, reduciendo la distancia física que aún los separaba en el frío banco.

- Paso a paso. - Murmuró, su aliento formando una nube blanca entre ellos. - Empezando por esto. Por hablar. Por no huir. Por... - Dudó, luego continuó con una determinación que le brilló en los ojos. - ...por no fingir que no necesito ayuda. La terapia... duele. Remueve mierda que tenía enterrada desde el accidente, desde antes incluso. Pero estoy yendo. Religiosamente. Porque sí quiero... Si quiero estar entero para alguien, primero tengo que intentar estarlo para mí. - Fue la confesión más valiente que le había hecho. Más que cualquier "te amo" en el pasado.

Max sintió que una lágrima cálida escapaba por su mejilla helada. La vio, y su pulgar, calloso por manejar libros, la enjugó con una ternura que le deshizo el corazón. Era el Josh que recordaba. El que había conocido bajo las estanterías polvorientas, no el fantasma de los últimos meses.

- Yo también necesito... reconstruirme. - admitió, apoyando su frente contra su hombro por un instante, buscando refugio en su olor a cuero, a papel viejo que aún persistía, a él. - He estado tan enfocada en sobrevivir, en no derrumbarme, que... he olvidado cómo vivir. Cómo pintar sin miedo. Cómo tomar un café sin que sepa a castigo. - Se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos. - ¿Podemos... aprender a hacerlo juntos? Con tropezones, con días malos, con... con la sombra de Tom, o de Marie, o de lo que fue... pero juntos?

La sonrisa que iluminó el rostro de Josh fue lenta, temblorosa al principio, como un sol asomando tras un invierno eterno. No era la sonrisa fácil del verano, sino algo más profundo, más ganado.

- Juntos. - Asintió, la voz cargada de una emoción que hacía vibrar la palabra. - Paso a paso. Día a día. Empezando... - Miró alrededor, hacia la librería vacía, luego hacia el reloj en su móvil. Pasada la medianoche. - ...empezando por no quedarnos helados en este banco.

- Lo siento, pero debo volver a mi habitación... Estamos en contacto, Ridley. - se acercó a él, le besó la mejilla como despedida y se marchó entre la niebla de la noche, siendo observada por Josh.

La niebla devoró la silueta de Max tan rápido como si nunca hubiera estado allí. Josh permaneció inmóvil en el banco, el frío del metal colándose en sus huesos a través del cuero, pero incapaz de moverse. El fantasma de su beso en la mejilla ardía como una brasa en la piel helada.

Su apellido, dicho con ese tono, un eco de sus bromas pasadas, un puente tendido sobre los meses de silencio. Pero también una barrera. La necesidad de correr tras ella, de no dejarla desaparecer otra vez en la niebla, fue un impulso físico, un tirón en los músculos de las piernas. Su prótesis protestó con un leve clic cuando dio un paso involuntario hacia la oscuridad.

Pero se detuvo. Paso a paso. Su propia promesa resonó en el vacío que ella dejó. Agarrarla ahora, exigir más, sería repetir los errores del verano: la urgencia asfixiante, el miedo convirtiéndose en rabia.

Cerró los puños, sintiendo la aspereza del cuero contra sus palmas. La observó hasta que la última sombra de su figura se fundió con la bruma, hasta que solo quedó el parpadeo irregular de la farola sobre el banco vacío y el cartel de "Se Alquila" burlándose desde las ventanas oscuras de St. John's.

El silencio del piso compartido era denso, opresivo. Max cerró la puerta de su habitación con el menor ruido posible, apoyando la espalda contra la madera, el corazón aún galopando. El móvil pesaba en su bolsillo como una piedra. ¿Por qué un beso en la mejilla?

El contacto de sus labios en su piel, la breve presión de sus dedos entrelazados... era más de lo que había tenido en meses, y a la vez, infinitamente menos de lo que anhelaba.

La mañana llegó bañada en una luz grisácea y débil que se colaba por la ventana de Max. Al abrir los ojos, su primera acción fue buscar el móvil. Un mensaje esperaba, enviado al amanecer.

***Josh****: Buenos días, Max. Jack me dijo lo de la Winter Gala. Asistiré, ¿podrías comentárselo? No me contesta los mensajes. ¿Irás a la gala el mes que viene?*

Max se incorporó en la cama, las sábanas frías alrededor de las caderas. El corazón le latía con un ritmo acelerado, mezcla de la emoción de la noche anterior y la punzada de compasión por Josh. Jack, su mejor amigo, su hermano casi, dándole la espalda.

Era otra herida abierta, otra consecuencia de su verano implosionado. Y Josh se lo contaba a ella. Sus dedos temblaron ligeramente al teclear. No podía ser un simple sí. No después de todo.

***Max****: Buenos días. Jack está... Jack. Sé terco tú también, Ridley. Llámalo otra vez. Dile que es un idiota de mi parte. Sobre la gala... Sí, iré. Tom me pidió ayuda con la decoración floral (Sarah y Chloe están a cargo, yo solo coordino). Es parte de mi proyecto de Arte.*

Hizo una pausa. Mencionar a Tom era necesario, pero sentía como si estuviera pisando un campo minado. Añadió rápido, buscando reconectar con la intimidad del banco:

***Max*** *: El café esta mañana sigue siendo amargo. Pero quizás hoy le echo menos azúcar del que solía. Paso a paso, ¿no?*

***Josh****: Menos azúcar. Me gusta. Y llamaré al idiota de Jack. Gracias, Max. Por ir. Por el café. Por... el mensaje.*

Dejó el móvil en la mesilla. El gris de la mañana parecía menos denso ahora. Se levantó y se acercó a la ventana. Se arregló para ir a la universidad, no quería llegar tarde. Marie estaba arreglándose junto a Jack, sonrisas se oían desde fuera, haciendo que Max cogiera lo que fuese de la cocina, quería irse en metro.

La puerta del baño se abrió con un chirrido, liberando una nube de vapor perfumado y la risa ahogada de Marie. Jack la seguía, aún abrochándose la camisa, una sonrisa tonta pegada a los labios que se desvaneció al instante al ver a Max junto a la ventana del pequeño recibidor.

- Buenos días, Max. - saludó Marie, su voz anormalmente alegre. Su mirada, sin embargo, se posó con rapidez en el móvil que Max aún sostenía con fuerza en la mano. Una ceja se arqueó, apenas perceptible. - ¿Dormiste bien? Pareces... más despierta.

Jack carraspeó, incómodo. Su mirada evitó a Max, fijándose en las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal. El silencio de la mañana, roto solo por el goteo de un grifo en la cocina, se volvió denso.

- Sí. - respondió Max, guardando el móvil en el bolsillo del pantalón. El peso de la conversación con Josh, de la promesa tácita de la noche, era palpable en su pecho. - Voy para la universidad. No quiero llegar tarde a Arte.

- Ah. - musitó Marie, pasando junto a ella hacia la cocina. El roce de su brazo fue frío. - Con quién hoy no estarás de humor para las abstracciones emocionales, te aviso.

El título sonó deliberado, un recordatorio de jerarquías y tensiones no resueltas. Jack la siguió, lanzando a Max una mirada rápida, casi de disculpa. Max respiró hondo. El aire olía a café recién hecho y a la loción de Jack. Agarró su bolso y la chaqueta.

- Entendido. Hasta luego. - Abrió la puerta y salió al rellano, el eco de la puerta cerrándose a sus espaldas fue como el portazo de una celda que se abría. El frío húmedo del exterior fue un alivio.

El trayecto en autobús fue un borrón de edificios grises y rostros cansados. Su mente, sin embargo, no estaba en Londres, sino en un banco bajo una farola parpadeante, en los ojos de Josh, en el peso de su mano alrededor de la suya. Sacó el móvil, releyó el último mensaje de Josh. Una sonrisa pequeña, privada, le tocó los labios. Le respondió rápido.

***Max***: *En el bus. Arte con la profesora. Reza por mí. Y por Jack, el idiota*

En el aula de Arte, la luz cenital bañaba los caballetes y las paletas sucias de pintura. Marie ya estaba allí, de espaldas, colocando una naturaleza muerta intrincada sobre una mesa central. Su postura era rígida, profesional. no se volvió cuando Max entró.

La voz de Marie cortó el murmullo incipiente de los estudiantes que iban llegando. Era plana, sin inflexión. Un par de compañeros lanzaron miradas curiosas a Max. La tensión era palpable, un campo de minas invisible.

Max asintió, sin decir palabra. Se dirigió a su caballete asignado, sintiendo la mirada de Marie clavada en su nuca como un alfiler frío. El olor a trementina y óleo la envolvió. Era un olor familiar, un refugio. O lo había sido. Hoy olía a desafío.

La clase transcurrió en un silencio tenso, roto solo por las instrucciones breves y cortantes de Marie y el rasgueo de pinceles sobre lienzo. Max se concentró en las sombras profundas de la jarra de cobre, en captar el reflejo distorsionado de una manzana.

Pintar era siempre un acto de exposición, pero hoy cada pincelada se sentía como una confesión bajo el escrutinio implacable de Marie. ¿Sabría? ¿Habría sentido la energía cambiante, la reconciliación nocturna? El mensaje de Tom interrumpiendo su conversación en la niebla...

***Tom****: Maxine, ¿tienes un momento hoy después de tu última clase? Necesito repasar contigo los detalles finales del proveedor de flores para la Gala. El Salón Gótico exige una paleta específica y quiero tu ojo.*

Max dejó el pincel sobre el caballete, manchándose los dedos de siena tostada. La pantalla brillaba con el nombre de Tom. Un recordatorio de la otra cuerda que tensaba su vida. Miró hacia Marie, que estaba corrigiendo la perspectiva de un estudiante con gestos precisos y distantes. No es huir, se dijo. Es parte del proyecto. Paso a paso. Respondió, sintiendo un peso de culpa que no lograba sacudirse:

***Max****: Claro, Tom. Después de Sociología, a las 3? Café de la esquina?*

***Tom****: Perfecto. Te espero allí. Gracias, Maxine.*

Al final de la clase de Arte, mientras los estudiantes recogían con estrépito, Marie se acercó al caballete de Max. Observó el lienzo en silencio. Max había captado la dureza fría del cobre, pero también, involuntariamente, un toque de carmesí demasiado vibrante en el reflejo de una uva, como un latido bajo la superficie.

- El carmesí está fuera de lugar, Hartley. - dijo Marie, su voz baja, solo para ella. Su dedo señaló la mancha de color. - Demasiado... emocional. Desentona con la serenidad pretendida de la composición. - Alzó la vista, y por un instante, tras la máscara de la profesora, Max vio algo más: una pregunta aguda, casi una advertencia. - Controla tus reflejos. - Recogió sus cosas y se marchó sin esperar respuesta, dejando a Max frente a su pintura, al carmesí acusador, y al eco de palabras que resonaban demasiado hondo: Controla tus reflejos.

La tarde se había teñido de un gris plomizo más profundo cuando Max empujó la puerta del pequeño café cerca del departamento de Filosofía. El aire cálido olía a granos recién molidos y bollos de canela.

Tom ya estaba en una mesa del fondo, junto a la ventana que daba a un patio interior sombrío. No llevaba su habitual chaqueta de tweed, sino un suéter de lana fina color verde bosque que hacía resaltar sus ojos. Frente a él había dos tazas de café humeante y un portátil abierto.

- Maxine. - sonrió al verla, un gesto cálido que llegaba a sus ojos, pero con una sombra de reserva que no había estado allí antes. Se levantó ligeramente para saludarla. - Gracias por venir. El frío arrecia.

- Hola, Tom. - Max se desabrochó la chaqueta, dejando caer en la silla frente a él. - Gracias por el café.

- De nada. - dijo él, cerrando suavemente el portátil y apartándose. Tomó su propia taza. - ¿Cómo fue el arte con Marie? -Max tomó un sorbo. El café era fuerte, sin azúcar. Amargo, como el suyo de la mañana. Pero hoy no lo sintió como un castigo.

- Intensa. - admitió, buscando las palabras. - Como siempre. Criticó mi carmesí. Dijo que se desentonaba. - Tom observó su rostro por un momento, sus ojos verdes escudriñando más allá de sus palabras.

- Quizás Marie teme lo que ese fuego puede consumir. O revelar. - Hizo una pausa, jugueteando con el asa de su taza. - Como la Gala de Invierno. El Salón es un lugar de piedra fría. Pero necesita ese toque de vida para no ser solo una tumba decorada. Eso es lo que espero de las flores. De tu visión.

Max sintió un escalofrío. Las palabras de Tom eran sobre la decoración, pero resonaban con una extraña precisión en su vida.

- Sarah y Chloe tienen ideas buenas. - dijo, desviando ligeramente la conversación hacia lo práctico, abriendo su cuaderno de bocetos. - Lirios blancos, ramas de abedul plateado... pero pensé en añadir algo de contraste. Bayas de acebo. Rojo sangre. Intenso, pero... contenido. Como un latido bajo la piedra.

Señaló un boceto rápido, líneas góticas severas interrumpidas por toques de rojo vibrante. Tom se inclinó sobre el cuaderno, su hombro rozando el de ella por un instante. Un contacto breve, calculado. Su dedo siguió la línea de un tallo de abedul dibujado.

- Es perfecto. - murmuró, su voz más cerca de lo habitual. - El rojo sangre... es atrevido. Necesario. Como el carmesí en tu jarra de cobre. - Alzó la vista, y sus ojos verdes la capturaron, intensos, buscando algo más allá del boceto.

Max contuvo la respiración. La atmósfera en la pequeña mesa había cambiado. La charla profesional se teñía de algo más personal, más peligroso. Tom no retrocedía. Estaba tendiendo un puente, ofreciendo una comprensión que rozaba la complicidad.

Recordó la niebla, su brazo ofrecido, la mano en su espalda en el pub... la forma en que se había fundido en la oscuridad después del mensaje de Josh.

- Tom... - comenzó, su voz un hilo. Él sonrió, un gesto triste y hermoso que no llegó a sus ojos.

- No hace falta que digas nada, Maxine. - dijo, retirándose suavemente, rompiendo el hechizo momentáneo. Tomó un sorbo largo de café. - Solo quería asegurarme de que el rojo sangre tuviera su lugar. - Miró hacia la ventana, hacia el patio gris. - Jack confirmó que Josh asistirá a la Gala. - El nombre cayó entre ellos como una piedra. - Parece que tu mensaje... surtió efecto. - No hubo reproche en su voz, solo un reconocimiento sereno del nuevo tablero.

Max sintió un nudo en la garganta. La elección no era solo entre dos hombres. Era entre dos vidas, dos versiones de sí misma: la contención fría que Marie exigía y Tom comprendía (y quizás deseaba), y el fuego desordenado, el rojo sangre, que Josh representaba y que ella había empezado a dejar entrar de nuevo.

- Sí. - susurró, mirando las bayas rojas en su boceto. - Sí, asistirá.

Tom asintió, un gesto final. Su mirada era clara, sin rencor, pero con una despedida definitiva en su profundidad verde.

- El Salón lo necesita. Quizás todos lo necesitamos. - Apuró el café. - Te enviaré los contactos del proveedor. Confío en tu criterio. - Se levantó, recogió su portátil y su abrigo. No ofreció acompañarla. Solo una leve inclinación de cabeza, una sonrisa cortés y distante. - Hasta la próxima, Maxine.

***𝕄𝕚 𝕧𝕚𝕕𝕒 𝕖𝕟𝕥𝕖𝕣𝕒***

Las luces navideñas parpadeaban en Oxford Street, Max cerró la puerta de su habitación con un suspiro que empañó el cristal frío de la ventana.

Noviembre había pasado como una niebla espesa, densa con encuentros silenciosos en la biblioteca universitaria donde Josh la esperaba entre estanterías de filosofía, y con visitas fugaces de él a la puerta de su facultad, excusas débiles para verla cinco minutos, pasando a cafés compartido en tazas de papel, menos amargo cada vez.

Tom había sido una presencia constante, impecable, incansable en los preparativos de la Gala. Su ayuda había sido invaluable, su cercanía, un terreno pantanoso que Max intentaba cruzar con cuidado. Un golpe suave en la puerta la sobresaltó.

- Max? ¿Estás? - Era la voz de Tom, serena como siempre. Max se arregló rápidamente el suéter.

- Sí, pasa.

Tom entró. Llevaba un abrigo oscuro de lana fina, sin una arruga, y traía una caja plana, larga, envuelta en papel de seda color plata con un lazo negro elegante. Su sonrisa era cálida, profesional, pero sus ojos verdes tenían una intensidad que no era sólo académica.

- Hola. Sólo quería repasar los últimos detalles del mañana y... traerte esto. - Extendió la caja. - Un pequeño agradecimiento. Por todo tu esfuerzo con la decoración, Maxine. Sin tu visión del "rojo sangre", el Salón Gótico sería sólo piedra fría.

Max tomó la caja, sintiendo su peso ligero pero significativo. - Tom, no hace falta... Has sido tú quien ha coordinado todo.

- Por favor. - Insistió él, su mano tocando brevemente la suya sobre la caja. - Ábrelo. Quiero asegurarme de que es adecuado. Para la gala.

Con los dedos temblando ligeramente, Max desató el lazo y retiró el papel de seda. Dentro, sobre un lecho de tisú negro, descansaba un vestido. No era simplemente hermoso; era una obra de arte. De un negro profundo como la medianoche, el tejido (seda? raso?) tenía una caída líquida.

El escote era sutil, de corazón, y los tirantes finos se unían a un corpiño que prometía ajustarse como un guante. La falda, amplia y fluida, estaba salpicada de minúsculas lentejuelas que capturaban la luz tenue de la habitación como estrellas en un cielo invernal. Era sofisticado, poderoso, perfecto para el Salón Gótico... y terriblemente íntimo.

- Tom... - Max no encontraba palabras. Era demasiado. Demasiado caro. Demasiado... personal. - Es... increíble. Pero no puedo aceptarlo.

- Claro que puedes. - Tom dio un paso más cerca. El aroma a limón y libros antiguos que siempre lo envolvía era más intenso. - Es un agradecimiento, Maxine. Nada más. - Hizo una pausa, su mirada recorriendo su rostro con una concentración que la dejó sin aliento. - Y... quería pedirte algo. Para la gala. - Respiró hondo, su compostura perfecta mostrando una mínima fisura. - ¿Me harías el honor de acompañarme? Como mi invitada. No como estudiante, ni como ayudante. Como... Maxine Hartley.

El silencio se extendió, cargado como la nieve que empezaba a caer suavemente tras la ventana. El vestido en sus manos era un símbolo tangible de la vida que Tom le ofrecía, ordenada, refinada, segura. Una vida de salones góticos y conversaciones inteligentes, donde el rojo sangre sería siempre contenido, un detalle calculado.

Frente a eso, estaba Josh. Josh con sus ojos tormentosos, su café aún ligeramente amargo, su amor desordenado y feroz como las llamas que Tom temía. Josh, que la esperaría en la gala, como habían acordado. Pero no como su acompañante oficial.

- Tom... - Max comenzó, la voz ronca. - Es un honor, de verdad. Pero... - Buscó las palabras que no le hirieran, que explicaran lo inexplicable. - Josh... él y yo... estamos intentando...

- Lo sé. - Tom la interrumpió suavemente, sin sorpresa, sin ira. Solo una tristeza profunda que enturbió sus ojos verdes. Había visto su lucha, sus encuentros furtivos, la luz que volvía a sus ojos cuando recibía un mensaje de Josh. - Lo sé, Maxine. Pero tenía que preguntar. Tenía que... intentarlo. - Sonrió, un gesto pequeño y valiente que no llegó a su mirada. - El vestido es tuyo, de todos modos. Úsalo para la gala. Brilla con él. Mereces brillar. - Dio un paso atrás, hacia la puerta. - Nos vemos mañana. El Salón estará impecable, gracias a ti.

Se fue con la misma elegancia con que había llegado, dejando a Max sola con el vestido deslumbrante y el peso aplastante de una elección que ya no podía posponer. El frío de diciembre se colaba por las rendijas de la ventana, pero era nada comparado con el hielo que se formó en su corazón.

Había herido a Tom. Y mañana, en la gala, tendría que elegir. De verdad, por que sería su último año de universidad.

Josh no dijo nada ese día, estuvo callado. Ni un mensaje, llamada. A Max no le pareció raro, era la forma de darse espacio, personal, claro. Marie ya tenía decidido que ponerse, Jack iría con su mítico traje gris.

***Winter's Gala***

La nieve caía sobre Londres como un manto de silencio, copos gruesos y húmedos que transforman la ciudad en un grabado victoriano. El Salón Gótico, anexo al museo universitario, brillaba esa noche con una majestuosidad inquietante.

Grandes candelabros de hierro forjado arrojan destellos dorados sobre los arcos apuntados y las columnas de piedra tallada. Entre las sombras danzantes, las flores que Max había coordinado eran toques de vida deliberados: lirios blancos como nieve recién caída, ramas desnudas de abedul plateado que se elevaban como huesos elegantes, y, punzando la penumbra, las bayas de acebo.

Max respiró hondo al cruzar el umbral, sintiendo la seda negra del vestido de Tom deslizarse sobre su piel como agua oscura. Las lentejuelas capturaban cada chispa de luz, haciéndola brillar como una estrella caída en medio de la grandiosidad gótica. Era hermoso. Poderoso. Y se sentía como una armadura prestada.

A su lado, Tom caminaba con la elegancia serena de quien pertenecía a este mundo. Su esmoquin impecable, su sonrisa cortés mientras saludaba a colegas y patrocinadores, todo era perfecto. Demasiado perfecto. Su mano, un guante de terciopelo, descansó un instante en la espalda desnuda de Max, justo donde empezaba el escote de corazón. Un gesto de posesión silenciosa, de complicidad esperada. Max sonrió automáticamente, sus ojos escaneando la multitud ataviada de gala.

*Y lo encontró.*

Josh estaba cerca de una alta columna de piedra, medio oculto en las sombras que los candelabros no alcanzaban. No llevaba esmoquin, sino un traje oscuro, bien cortado pero sin la rigidez formal de los demás. La chaqueta, abierta, dejaba ver una camisa gris ceniza sin corbata.

Su pelo, más largo, caía sobre su frente. No bebía. Solo observaba. Como un lobo en los límites de la luz del fuego. Sus ojos gris-azulados se clavaron en ella, y luego, inevitablemente, en la mano de Tom en su espalda. La intensidad de su mirada fue un golpe físico. Dolor. Reconocimiento. Una pregunta muda: ¿Es esta tu elección?

Max desvió la mirada primero, sintiendo un calor repentino en las mejillas. Paso a paso, se recordó. Pero cada paso esta noche pesaba como plomo.

La velada transcurrió en un torbellino de conversaciones forzadas, risas educadas y el peso constante de las dos miradas sobre ella: la de Tom, cálida, expectante, llena de una tristeza resignada que se profundiza con cada copa de champán que él apenas probaba; y la de Josh, fija desde las sombras, un faro tormentoso que la llamaba hacia aguas peligrosas y familiares.

Hacia la medianoche, el ambiente se había calentado. La nieve seguía cayendo, más densa ahora, cubriendo los ventanales altos como un velo. Max necesitaba aire. Necesitaba escapar del vestido prestado, de las sonrisas, del peso de la elección no dicha pero palpable.

Murmuró una excusa a Tom, que conversaba con el decano, y se dirigió hacia una de las grandes puertas de roble que daban a un pequeño jardín interior, ahora transformado en un cuadro invernal.

El frío la abofeteó al salir, limpiando instantáneamente la niebla de champán y ansiedad. Se apoyó en la fría balaustrada de piedra, mirando los copos danzar en la penumbra del jardín. La puerta se abrió a sus espaldas. No necesitó volverse. Sabía quién era.

- Hermoso vestido. - La voz de Josh era ronca, cercana. Se había detenido a su lado, no tocándola, pero su calor irradiaba a través del fino aire helado. Olía a nieve y a él, a ese aroma a papel antiguo y piel que le desgarraba el alma. - Te queda bien. Como si nacieras para esto.

- Gracias, pero me lo dio Tom. Tuve que aceptar a regañadientes. - se volvió a verle y le abrazó. - Odio el vestido. - su risa contagió a Josh.

La risa de Max, nerviosa y liberadora, se mezcló con la de Josh en el aire helado del jardín. Él la sostuvo contra su pecho, sus brazos rodeándola con una fuerza que le quitó el aliento, no de opresión, sino de necesidad. La seda fría del vestido se arrugó entre ellos, las lentejuelas presionando contra la lana áspera de su chaqueta. Olía a nieve, a él, a promesas rotas y la frágil posibilidad de repararlas.

- Lo odias... - murmuró Josh contra su cabello, su voz un ronroneo en el silencio nevado. Su mano, la de verdad, la que no llevaba guante, acarició su espalda desnuda sobre la seda. Un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío recorrió a Max. - Pero te ves... increíble. Como una reina. - Se separó lo justo para mirarla a los ojos, sus grises tormentosos brillando en la penumbra. - ¿Por qué estás aquí fuera, Hartley?

- Necesitaba aire. - Confesó, su voz apenas un susurro sobre el crujido de la nieve bajo sus pies. - Todo es... demasiado. El vestido, Tom, las miradas... tu mirada desde las sombras.

- ¿Mi mirada te molesta? - preguntó Josh, acercándose otro centímetro. El calor de su cuerpo era un imán en el frío glacial.

- No. - La respuesta fue instantánea, sincera. - Me hace sentir... vista. De verdad. No como un adorno en el brazo de alguien. - Se atrevió a alzar una mano, rozando la línea de su mandíbula, sintiendo el rasguño de la barba incipiente bajo sus dedos. Fue un contacto eléctrico, un puente tendido sobre meses de distancia. Josh cerró los ojos un instante, como si absorbiera el contacto.

- Siempre te he visto, Max. - Abrió los ojos, la tormenta en ellos ahora era pura intensidad. - Incluso cuando fingía no hacerlo. Especialmente entonces. - Su mano cubrió la suya en su mejilla. - Pero verlo a él tocarte... - Hizo una mueca, un destello del viejo Josh, el de los celos feroces. - Es difícil. Paso a paso, sí. Pero los pasos son lentos cuando cada uno duele.

- Josh... - comenzó, pero un estruendo repentino desde dentro del Salón la cortó.

Risas altas, cristales rotos, el estallido de la música subiendo de volumen como si alguien hubiera subido el dial. Una fiesta que reclamaba su regreso. La realidad irrumpió en su burbuja helada. Josh soltó un suspiro entrecortado, su frente apoyándose brevemente contra la de ella.

- Deberías volver. Ese idiota te echará de menos. Y yo... necesito otro trago que no sea champán. - Su sonrisa era torcida, resignada. Dio un paso atrás, rompiendo el contacto. El frío los envolvió de nuevo, más agudo ahora. - Encuéntrame después. Cuando todo esto termine. En el mismo banco.

Max asintió, sin voz.

Lo vio dar media vuelta y desaparecer por la puerta del jardín hacia el bullicio interior, su silueta oscura fundiéndose con las sombras del Salón Gótico. Se quedó un momento más, temblando, no solo por el frío. La seda negra ya no se sentía como una armadura, sino como un disfraz ajeno. Se ajustó mentalmente el vestido, respiró hondo el aire puro y gélido, y regresó al calor opresivo de la gala.

Dentro, la escena era un caleidoscopio de luces, colores y sonido amortiguado. Tom la localizó de inmediato. Cruzó la sala con determinación, su rostro sereno pero sus ojos verdes escudriñando el suyo con una intensidad que no dejaba lugar a dudas: había visto, o al menos intuido, el encuentro en el jardín.

- Todo bien, Maxine? - preguntó, ofreciéndole una copa de champán fresca que ella rechazó con un gesto leve. - El frío es intenso. - Su mirada bajó al vestido, a la seda ahora ligeramente arrugada donde Josh la había sostenido.

- Sí. Solo necesitaba un momento. - murmuró, evitando su mirada. El peso de la elección la aplastaba. Tenía que decírselo. Aquí. Ahora. Antes de que el mundo estallara. - Tom, necesito hablar contigo. En serio.

Tom estudió su rostro, la tensión en sus hombros, la sinceridad desesperada en sus ojos. Una sombra de comprensión, de tristeza anticipada, cruzó sus rasgos. Asintió lentamente.

- Claro. Encontremos un lugar más tranquilo. - La tomó del codo con suavidad, pero la guió no hacia un rincón apartado del salón, sino hacia la gran puerta principal. - El vestíbulo estará vacío.

Salieron al amplio vestíbulo de piedra, más frío que el salón pero libre del bullicio. El eco de sus pasos resonó en la inmensidad vacía. Tom se detuvo frente a una ventana alta que daba a la calle, ahora cubierta por un manto blanco e impecable de nieve recién caída. Las luces de la ciudad parpadeaban como estrellas lejanas.

- Dime. - dijo, sin mirarla, observando la nieve. Su perfil era una línea clásica y serena contra el cristal oscuro. Max tragó. Las palabras le quemaban la garganta.

- Tom... eres increíble. Amable, inteligente... Me has ayudado más de lo que merezco. Este vestido... - Se tocó la seda negra. - Es la cosa más hermosa que he tenido. - Hizo una pausa, buscando valor. - Pero no es mío. Como esto, las galas, las conversaciones perfectas... no es la mía. Yo... - Su voz se quebró. - Lo elijo a él, con todo su caos, sus errores, su café amargo. Lo elijo a él.

El silencio que siguió fue tan profundo como la nieve fuera. Tom no se movió. Solo un leve temblor en su mandíbula delató la tormenta bajo la superficie. Cuando finalmente habló, su voz era suave, clara, pero con una frialdad que Max nunca le había oído.

- Lo sé. - dijo simplemente. Giró para mirarla, y sus ojos verdes ya no tenían la cálida comprensión de antes, sino una lucidez despiadada. - Lo he sabido desde el mensaje. Quizás incluso antes. Pero quería... necesitaba oírlo decir. - Dio un paso hacia ella, pero no para tocarla. Para despedirse. Una sonrisa triste, amarga, le tocó los labios. - Cuídate. Brilla con ese vestido. Para él. - Dio media vuelta contra la ventana. - Adiós, Srita Hartley.

Y se fue. Sin aspavientos, sin reproches. Simplemente se fundió en la penumbra del vestíbulo, dejando a Max temblando, el vestido de lentejuelas brillando absurdamente bajo la luz fría de la araña del techo, las lágrimas calientes surcando sus mejillas heladas. Había elegido. Había herido. Y ahora estaba sola. O no.

***Josh****: Donde nos besamos la primera vez.*

Recordó la promesa. En el mismo banco. Y supo que era él, después de leer el mensaje, aunque corto, ya había elegido. Desde el principio.

No podía quedarse. No un minuto más. Agarró el vuelo de la falda negra y corrió. No hacia el jardín, sino hacia la gran puerta de entrada, empujándola con fuerza contra la cortina de nieve que caía. El frío la golpeó como un muro, pero fue un alivio. El aire puro, salvaje. Necesitaba llegar al banco.

*Ahora.*

La calle frente al museo estaba extrañamente desierta, transformada por la tormenta. La nieve acumulada amortiguaba todos los sonidos, creando un silencio irreal. Cruzó corriendo la acera frente a la entrada principal, sus finos tacones hundiéndose en la nieve virgen, el vestido negro una mancha dramática contra el blanco cegador. No vio las luces.

El rugido del motor fue un gruñido sordo, ahogado por la nieve, pero las luces cegadoras que surgieron de la curva, derrapando peligrosamente sobre la capa helada bajo la nieve fresca, fueron imposibles de ignorar. Un coche, un todoterreno oscuro, fuera de control, patinando hacia ella como un monstruo de metal y luz.

Max se quedó paralizada en medio de la calle, el mundo reducido a dos focos cegadores que se abalanzaban. El tiempo se ralentizó. Vio los copos de nieve danzando en los haces de luz. Oyó un grito desgarrador, familiar, que venía de la acera del museo.

- ¡Max!

Y luego, un impacto. Pero no el impacto metálico y frío que esperaba.

Un cuerpo se estrelló contra ella con fuerza bruta, lanzándola hacia la acera opuesta, lejos de la trayectoria del coche. Cayó de lado sobre un montón de nieve suave, el aire expulsado de sus pulmones, el mundo dando vueltas. Oyó el chirrido estridente de los neumáticos derrapando, el golpe sordo y espantoso de metal contra algo sólido (una farola, un contenedor), y luego un silencio aún más profundo.

Jadeando, empapada, con la seda negra rasgada y embarrada, Max se incorporó a duras penas. La escena era surrealista. El todoterreno había chocado contra una farola a unos metros, la había doblado, su capó humeaba levemente. Pero no era eso lo que la dejaba sin aliento.

En medio de la calle, tendido sobre la nieve que empezaba a teñirse de un rojo obsceno y familiar, estaba Josh.

Se había lanzado desde la acera del museo. Había cruzado la distancia en un instante, impulsado por un puro instinto que había borrado cualquier pensamiento, cualquier miedo, cualquier rencor. Ahora yacía inmóvil, su traje oscuro destrozado, una pierna torcida en un ángulo imposible, la prótesis visiblemente dañada y separada unos centímetros de su cuerpo.

La nieve a su alrededor ya no era blanca.

- ¡Josh! - El grito de Max rasgó el silencio. Se arrastró hacia él, ignorando el dolor en su costado, la nieve fría quemando sus rodillas. - ¡Josh! ¡No! ¡Por favor!

Alcanzó a tocarlo.

Su piel estaba fría, pero respiraba con dificultad. Sus ojos estaban cerrados, su rostro pálido como la nieve, salvo por un fino hilo de sangre que le escapaba de la comisura de los labios.

- ¡Ayuda! - gritó Max hacia la puerta del museo, donde empezaban a asomarse figuras aturdidas, atraídas por el estruendo. - ¡Por favor, ayuda! ¡Llama a una ambulancia!

Entre los primeros en salir corriendo estaban Marie y Jack. Marie se detuvo en seco al ver la escena, una mano en la boca, su rostro de repente sin máscara, puro horror. Jack, sin embargo, se abalanzó hacia ellos, cayendo de rodillas al lado de Josh.

- ¡Joder, Ridley! - Su voz temblaba, sus manos temblorosas buscando un pulso en el cuello de Josh. - ¡Aguanta, hermano! - Levantó la vista hacia Max, sus ojos llenos de un pánico que reflejaba el suyo propio. - ¿Estás bien? ¿Estás herida?

Max negó con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de Josh.

- Él... él me empujó... - Las palabras eran inútiles. Tomó la mano de Josh, la que no estaba deformada por la caída, y la apretó con fuerza. - Josh, escúchame. Estoy aquí. Aguanta. Por favor, aguanta.

Un gemido débil escapó de los labios de Josh. Sus pestañas aletean, abriéndose apenas. Sus ojos grises, nublados por el dolor y la conmoción, encontraron los de ella. Hubo un destello de reconocimiento, una chispa en la tormenta.

- Max... - Su voz era un hilo de aire, un susurro arrastrado por el viento helado.

- ¡Shhh! - Max le suplicó, acariciando su frente fría. - No hables. Te pondrás bien. Y luego... Luego iremos a París. Lo prometo. Juntos. - Las palabras eran un talismán, una promesa arrancada del abismo.

Marie empezó a sollozar, Jack estaba alterado y preocupado llamando a emergencias.

La sirena de la ambulancia rasgó la noche nevada, un aullido agudo que disipó el silencio fantasmal que había caído sobre la calle. Las luces estroboscópicas azules y rojas parpadearon sobre la nieve teñida de rojo, pintando la escena con una urgencia macabra.

Max, arrodillada en el frío barro helado, no soltaba la mano de Josh, ignorando las manos que intentaban apartarla, las voces urgentes de los paramédicos.

-¡Señorita, necesita apartarse! ¡Déjenme trabajar! - Un paramédico intentó moverla con suavidad pero firmeza.

-¡No! ¡No me voy! - El grito de Max era ronco, desesperado. Sus ojos no se apartaban del rostro de Josh, tan pálido contra la nieve oscurecida. Su respiración seguía siendo ese sonido horrible, burbujeante, que le helaba el alma. - Josh, aguanta... por favor, aguanta...

Marie, llorando en silencio, se arrodilló a su lado, rodeándola con un brazo.

- Max, déjalos ayudarlo. Venimos detrás. Prometido.

Su voz temblaba, pero había una fuerza maternal en su agarre que finalmente hizo ceder a Max. Permitió que la apartaran, viendo cómo los paramédicos colocaban a Josh en una camilla, inmovilizando su cuello, su pierna rota, aplicando oxígeno.

El viaje en ambulancia fue un borrón de luces parpadeantes y el zumbido monótono del equipo médico. Max iba agarrada a la camilla, sus dedos entrelazados con los de Josh. Marie y Jack seguían en un taxi, prometiendo llegar lo antes posible. Los paramédicos trabajaban en silencio, sus caras concentradas, intercambiando términos médicos que sonaban como sentencias

- Neumotórax... fractura abierta de fémur...

- ¿Estará bien? - La pregunta le salió a Max en un susurro, apenas audible sobre el zumbido. El paramédico más cercano, un hombre joven con ojos cansados, la miró con una compasión que no la tranquilizó.

- Está grave, señorita. Pero está estable por ahora. El hospital está cerca. Los cirujanos harán todo lo posible.

El servicio de urgencias fue un torbellino de luces fluorescentes, olores antisépticos y movimiento frenético. Josh fue arrebatado de la ambulancia y llevado directamente a resucitación, un grupo de batas blancas y verdes cerrándose tras él. Las puertas batientes cortaron la última visión que Max tuvo de él: pequeño, destrozado, conectado a cables y tubos.

Se quedó de pie en medio del pasillo, temblando, el vestido negro de seda rasgado y manchado de barro y sangre, una figura espectral en el entorno clínico. La nieve se derretía en su pelo, formando gotas frías que resbalaban por su cuello como lágrimas.

El mundo perdió el foco. Los sonidos se convirtieron en un zumbido lejano. Solo el frío penetrante en sus huesos y el vacío desgarrador en su pecho eran reales. Marie y Jack llegaron corriendo minutos después, empapados y jadeantes. Marie envolvió a Max en un abrazo apretado, sin importarle el barro o la sangre.

- ¿Dónde está? ¿Qué dicen? - preguntó Jack, su rostro marcado por una preocupación profunda, sus manos temblando.

Max no pudo hablar. Solo señaló con la cabeza hacia las puertas cerradas de resucitación. Marie la guió hacia una hilera de sillas de plástico duro contra la pared. Se sentaron, Max en medio, aferrada a Marie con una mano y al borde de su falda de seda destrozada con la otra. Jack se paseaba como un león enjaulado, corriéndose las manos por el pelo.

Las horas se arrastraron. Cada minuto fue una eternidad. Médicos y enfermeras entraban y salían, pero nadie se acercaba a ellos. Max sentía el peso del vestido como una losa, un recordatorio cruel de la elección que había llevado a Josh a estar ahí.

***Si no hubiera corrido... Si no me hubiera puesto esto... Si no lo hubiera elegido tan públicamente...***

Una figura cansada con bata verde y gorro quirúrgico empapado en sudor salió por las puertas batientes. Se acercó a ellos. Era una mujer de mediana edad, con ojos inteligentes y una expresión grave.

- ¿Familiares de Joshua Ridley?

Max se puso de pie tan rápido que se mareó. - Yo... yo soy su novia. ¿Cómo está? La cirujana los miró a los tres, evaluando.

- El Sr. Ridley ha pasado por una cirugía de emergencia. Tenía un neumotórax a tensión, aire comprimiendo su pulmón, que fue drenado. También una fractura abierta y conminuta del fémur izquierdo que hemos estabilizado con un fijador externo.

- ¿Y eso significa? - Max sintió que el suelo se movía bajo sus pies. Marie la sostuvo con fuerza.

- ¿Va a...? - Jack no pudo terminar la pregunta.

- No. Tranquilos. Estás 24h son importantes, esta en una habitación. Dentro de una hora podrán ir dos personas. Creemos que mañana podría despertar, pero no se sabe. - detiene su mirada en Marie y Max. - Lo que sí sé, señorita Hartley, Lake, es que ese chico es fuerte.

El pasillo del hospital era interminable, blanco, frío, iluminado por luces fluorescentes que parpadeaban como estrellas agonizantes. Max, todavía con el vestido negro rasgado y manchado de sangre, caminaba junto a Marie y Jack hacia la habitación de Josh.

Cada paso resonaba en su cabeza como un latido de tambor, recordando lo cerca que había estado de perderlo. La puerta de la habitación estaba entreabierta. Max se detuvo, respirando hondo antes de empujarla.

Dentro, la luz era tenue, solo iluminada por la lámpara azulada de los monitores. Josh yacía en la cama, pálido como la nieve que seguía cayendo afuera. Tubos y cables lo conectaban a máquinas que emitían sonidos rítmicos, recordándoles a todos que, aunque débil, seguía vivo.

Su pierna izquierda estaba elevada, envuelta en vendas gruesas, el fijador externo sobresaliendo como una estructura metálica de ciencia ficción. Max se acercó lentamente, como si temiera que cualquier movimiento brusco pudiera romperlo.

- Josh...- susurró, tomando su mano con cuidado. Estaba tibia, pero inerte. Marie y Jack se quedaron cerca de la puerta, dándoles espacio.

- Los médicos dijeron que lo peor ya pasó. - murmuró Jack, cruzando los brazos. - Pero va a necesitar otra cirugía para la pierna. - Max asintió, sin apartar la mirada de Josh.

- No debería haber pasado esto. Él no debería estar aquí. - Marie se acercó y le puso una mano en el hombro.

- Pero está vivo, Max. - Max apretó los dientes, las lágrimas amenazando con caer de nuevo.

- Yo no quería que me salvara así.

- Pero lo hizo. - dijo Jack con firmeza. - Y en cuanto salga, os reservo el primer vuelo a París. - sonrieron Marie y Jack a la vez. El corazón de Max se aceleró.

Dos días después.... Josh despertó.

Fue lento, como si emergiera de las profundidades de un océano oscuro. Primero fue un parpadeo, luego un gemido débil. Max, que había dormido en una incómoda silla al lado de su cama, se incorporó de golpe.

- Josh... - su voz sonó ronca. Él giró la cabeza hacia ella, los ojos vidriosos pero conscientes.

- Max... - -su voz era apenas un susurro, pero suficiente para que ella sintiera que el mundo volvía a girar.

- Estoy aquí. - dijo ella, apretando su mano con fuerza. - No te muevas, ¿okay? - Josh intentó sonreír, pero el dolor lo detuvo.

- El coche... ¿Te lastimó? - Max negó con la cabeza, tragando el nudo en su garganta.

- No, gracias a ti. - Josh cerró los ojos un momento, respirando hondo.

- Bien... - murmuró.

Max no pudo evitarlo. Se inclinó y le dejó un beso suave en los labios, un beso que sabía a promesas rotas y segundas oportunidades.

- No vuelvas a hacer eso. - susurró contra su boca. Josh sonrió, esta vez un poco más.

- Mentiría si te lo prometo.

Josh empezó a reír con ella. La sala se llenó de paz, mientras Marie los miró desde lejos de la mano de Jack, sonrieron viendo la escena.

- Pronto, Maxine Ridley... - susurró Jack al oído de Marie, haciéndola darse media vuelta, cogiéndole de la muñeca.

El sol de diciembre se filtraba por las ventanas del hospital, pintando las paredes blancas de un dorado pálido. Josh estaba sentado en la cama, con una pierna aún inmovilizada, pero su rostro había recuperado algo de color. Max estaba a su lado, hojeando un libro de viajes sobre París que Marie les había traído.

- ¿Sabías que hay un puente lleno de candados? - preguntó Max, señalando una foto del Pont des Arts. Josh sonrió, rozando su mano con los dedos.

- Sí. Y cuando vayamos, pondremos uno con nuestros nombres. - Hizo una pausa, mirándola con intensidad. - Aunque no lo necesito. Ya sé que eres mía.

Max sintió que el calor le subía por las mejillas. Bajó el libro y se inclinó hacia él, apoyando su frente contra la suya.

- Idiota. Casi te mueres por mí. - Su voz tembló. Josh le tomó la cara entre las manos, sus pulgares acariciando sus pómulos.

- Y lo haría otra vez. Eres mi verano, mi invierno.. Mi vida entera, Maxine.

Sus labios se encontraron en un beso lento, profundo, cargado de todo lo no dicho. Cuando se separaron, Josh tenía esa sonrisa torcida que la volvía loca.

- Entonces, cuándo nos vamos?

- En cuanto te den el alta. - Max río, secándose los ojos. Marie ya tiene todo planeado. Incluso consiguió que el hospital acelerara tu rehabilitación. -Josh miró su pierna vendada, luego a ella.

- Vale. Pero una condición: no más vestidos de lentejuelas. - Hizo una mueca. - O al menos, guárdalos para mí. - Max le dio un golpe suave en el hombro, pero estaba sonriendo.

- Ese vestido lo quemé mentalmente esa misma noche. - Se inclinó para otro beso, esta vez más dulce, más seguro. - Solo te necesito a ti. Y a París. En ese orden.

***Nochebuena en París***

El avión aterrizó en Charles de Gaulle bajo un cielo invernal de un azul pálido, las primeras luces de la tarde dorando los tejados de París. Max apretó la mano de Josh mientras el tren de aterrizaje tocaba la pista con un suave golpe.

- Lo logramos. - susurró, mirándolo con una sonrisa que le brillaba en los ojos.

Josh, aún con muletas pero sin el fijador externo (los médicos le habían dado el alta condicional para el viaje, bajo la promesa de que no intentaría correr un maratón), le devolvió la sonrisa y le apretó los dedos. Marie, sentada en el asiento de delante, se volvió con los ojos brillantes.

- ¡Chicos, apaguen el modo meloso un segundo! ¡Miren! ¡Es París! - Señaló por la ventanilla, donde la Torre Eiffel se alzaba en la distancia, iluminada contra el cielo. Jack, a su lado, rio y le pasó un brazo por los hombros.

- Tranquila, Lake. No es como si no la hubieras visto antes.

- ¡Pero es la primera vez que la vemos todos! - protestó Marie, dándole un codazo.

Max y Josh intercambiaron una mirada cómplice. Después de todo lo que habían pasado, este momento, los cuatro juntos, volando hacia una Navidad en la ciudad del amor.

La suite del Hôtel de Crillon estaba iluminada por el brillo plateado de la Torre Eiffel que se veía desde el balcón. Max, envuelta en un suéter de lana blanca, se recostó contra él en el sofá mientras Marie y Jack armaban un alboroto en la mesa del comedor, decorando galletas de jengibre con un entusiasmo que rivalizaba con el de niños de cinco años.

- ¡Jack, eso no es un árbol de Navidad, parece un pulpo borracho! - Marie se rió, señalando la galleta que Jack intentaba decorar con glaseado verde. Josh, con una sonrisa perezosa, acercó los labios al oído de Max:

- Apuesto a que en media hora terminan tirándose glaseado. - Max soltó una carcajada, pero antes de que pudiera responder, el iPad que Marie había dejado sobre la mesa comenzó a vibrar con una llamada de FaceTime.

- ¡Es mi mamá! - anunció Marie, limpiándose las manos llenas de azúcar en un paño antes de aceptar la videollamada.

La pantalla se iluminó con el rostro sonriente de la Sra. Lake, decorada con un gorro navideño ridículamente grande.

- ¡Feliz Nochebuena, mis amores! - exclamó, ajustando las gafas. - ¿Dónde está el paciente estrella?

Josh hizo una mueca desde el sofá, levantando una mano en saludo.

- Aquí, señora Lake. Sobreviviendo a Marie y sus galletas psicópatas.

Marie le lanzó una miga de galleta, que Josh esquivó con torpeza debido a las muletas apoyadas a su lado.

- ¡Joshua Ridley, no te atrevas a insultar mi arte culinario! - protestó, pero su voz sonaba demasiado alegre para ser una verdadera reprimenda. La Sra. Lake rio, y luego su mirada se posó en Max, que seguía acurrucada contra Josh.

- Maxine, cariño, ¿cómo está ese brazo? - preguntó, refiriéndose al vendaje que aún llevaba en el antebrazo por las heridas de la noche del accidente.

- Mejor, gracias. - respondió Max, sonriendo. - Aunque Josh sigue siendo peor paciente que yo. Se queja más que un gato en la bañera cada vez que tiene que hacer fisioterapia.

- Mentira. - murmuró Josh, pero su sonrisa delataba que era cierto.

- Dios mío, son todos unos niños. Pero me alegra verlos felices. - Su voz se suavizó. - Y Josh, cuídate mucho, ¿entendido?

Josh asintió, y por una vez, sin sarcasmo. La llamada continuó entre risas y bromas, hasta que la Sra. Lake tuvo que colgar para atender a otros familiares.

Cuando la pantalla se apagó, el cuarto quedó en un silencio cálido, solo roto por el crepitar de la chimenea y el leve sonido de los violines de un villancico francés que sonaba en la habitación contigua. Max se ajustó contra Josh, sintiendo el latido de su corazón bajo su palma.

- ¿Estás contento? - le preguntó en voz baja, solo para él. Josh la miró, sus ojos grises brillando con algo más profundo que el reflejo de las luces navideñas.

- Más que contento. - Le acarició la mejilla con el pulgar. - Aunque todavía me debes ese candado en el puente.

Max sonrió y cerró la distancia entre ellos en un beso suave, dulce, que sabía a futuro. A su lado, Marie y Jack seguían discutiendo sobre galletas, pero en ese momento, en esa habitación llena de luz y risas, todo era perfecto.

***Marzo***

Los parques empezaban a teñirse de verde, pero el frío aún se aferraba a las sombras de los edificios. Josh y Max caminaban por el puente de Waterloo, el viento jugando con los extremos del abrigo de ella.

Él llevaba su muleta aún, pero con menos dependencia que antes, su rehabilitación está avanzando mejor de lo esperado. A su lado, Max sostenía su mano con una firmeza que hablaba de meses de miedo superado.

- ¿Estás seguro de que no quieres esperar a que te quiten la muleta? - preguntó Max, mirando el río Támez bajo ellos, las aguas oscuras reflejando las luces de la ciudad.

Josh se detuvo, girando hacia ella. Sus ojos grises, siempre tan intensos, brillaban con una determinación que la hizo contener la respiración.

- No. No quiero esperar ni un día más. - Su voz era suave pero firme.

Max lo miró confundida, hasta que él soltó su mano y se apoyó con cuidado contra la barandilla del puente. Con movimientos lentos pero seguros, se metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó algo pequeño, brillante.

*Un anillo.*

- Maxine Hartley. - dijo Josh, su voz un poco más ronca de lo normal. - Hace seis meses, casi me muero por ti. Y lo haría otra vez, sin pensarlo. Pero prefiero vivir por ti. Cada maldito día. - Hizo una pausa, tragando. - ¿Te casarías conmigo?

Max no pudo hablar. Las lágrimas ya le nublaban la vista, pero asintió, una y otra vez, hasta que las palabras finalmente salieron.

- Sí. Sí, Josh. Claro que sí.

Él le tomó la mano izquierda y deslizó el anillo en su dedo. Era sencillo, un aro de oro blanco con un pequeño diamante que brillaba bajo la luz de los faroles. Perfecto. Como él. Josh se inclinó y la besó, su boca cálida contra la suya, sellando una promesa que ya habían hecho en silencio tantas veces. Cuando se separaron, una voz familiar los interrumpió.

- ¡SOBREVIVIÓ EL MOMENTO SIN CAERSE! - gritó Marie desde unos metros más atrás, donde ella y Jack habían estado escondidos, grabando todo con el teléfono. Josh lanzó una mirada asesina hacia ellos, pero Max se rió, ahogada entre lágrimas y felicidad.

- ¿En serio los invitaste? - preguntó Josh, aunque ya sabía la respuesta.

- Obvio. - respondió Max, secándose las mejillas. - Ellos tienen que estar en todo.

Jack se acercó, abrazando a Josh con una palmada en la espalda. Marie, por su parte, abrazó a Max con fuerza antes de tomarle la mano para admirar el anillo.

- Es precioso. - susurró. - Pero esperen a ver lo que tenemos planeado para la boda.

Josh y Max intercambiaron una mirada. Marie sonrió, maliciosa.

- No se casarán aquí. Ni en Londres.

Jack completó la idea, entrelazando sus dedos con los de Marie.

- Se van a casar en París. En el puente de los candados. Con el nuestro ya puesto.

Max sintió que el corazón le daba un vuelco.

- ¿En serio?

Marie asintió, emocionada.

- Junio. El puente. Los candados. Y después, una vida juntos. - Josh miró a Max, buscando su aprobación. Ella solo sonrió, apretando su mano.

- Suena perfecto.

***Principios de junio***

El bar estaba decorado con guirnaldas doradas y rosas blancas, un equilibrio entre lo elegante y lo festivo. Las amigas de la universidad de Max brindaban con champán, mientras Marie, con un vestido corto negro y una tiara ridículamente grande que decía "PRONTO ESPOSA", subió a una mesa.

- ¡Escuchen, escuchen! - gritó, haciendo callar a todas. -Hoy celebramos que mi mejor amiga está a punto de casarse con el hombre que literalmente se lanzó frente a un coche por ella. - Hizo una pausa dramática. - Lo cual, por cierto, establece un estándar imposible para el resto de nosotros. - Max se sonrojó, pero levantó su copa.

- ¡Por Max! - gritaron todas, chocando las copas.

La noche siguió entre risas, bailes y fotos absurdas. Hasta que, cerca de la medianoche, Marie sacó un sobre rojo.

- Esto. - dijo, con voz misteriosa. - Es para ti. De parte de Josh.

Max lo abrió con curiosidad, dentro había una nota escrita a mano:

***"Hartley,***

***Si Marie no te ha emborrachado demasiado, recuerda que mañana volamos a París. Y que, pase lo que pase, ya eres mi vida.***

***—Ridley"***

Mientras tanto, en un pub cercano, Josh estaba rodeado de Jack, sus compañeros de la universidad y hasta algunos profesores que se habían unido (principalmente para asegurarse de que no hicieran nada demasiado estúpido). Jack, ya claramente alegre, subió a una silla.

- ¡Escuchen, caballeros! Hoy brindamos por Josh Ridley, quien, contra todo pronóstico, logró que Maxine Hartley aceptara casarse con él. - Miró a Josh. - Aún no sé cómo lo hiciste.

Josh le lanzó un trozo de pan, pero sonrió.

- Cállate, Lake. - Jack bajó de la silla y se acercó, poniéndole un brazo sobre los hombros.

- En serio, hermano. Estoy feliz por ti. - Su tono era inusual, sincero. Josh asintió, sabiendo que era el mayor cumplido que Jack podía dar.

- Gracias.

La noche terminó con canciones desafinadas y una promesa colectiva de no mencionar ciertas fotos comprometedoras jamás.

***Junio***

El sol de junio bañaba París en oro. El puente estaba decorado con flores blancas y cintas de seda, y en la barandilla, dos candados brillaban bajo la luz: uno con los nombres de Marie y Jack, otro, nuevo, esperando los de Max y Josh.

Max caminó hacia el altar improvisado, llevando un vestido sencillo pero hermoso, de encaje blanco, con el cabello suelto y solo unas pequeñas flores entre los rizos. Josh, de traje azul marino y sin muletas, la miró como si fuera la única persona en el mundo. Los votos fueron sencillos. Las lágrimas, no tanto.

- Josh Ridley. - dijo Max, tomándole las manos. - Prometo amarte incluso cuando seas terco, incluso cuando discutas conmigo por el café demasiado amargo. - Josh río, pero sus ojos brillaban.

- Maxine Hartley, prometo amarte incluso cuando robes mi ropa, incluso cuando hables en sueños, incluso cuando me arrastres a museos los domingos por la mañana.

El juez pronunció las palabras finales, y cuando se besaron, el puente estalló en aplausos. Marie lloraba sin vergüenza, abrazada a Jack, quien, por una vez, no hizo ningún comentario sarcástico. Después de la celebración, los novios se escaparon corriendo de su propia boda.

Fueron al otro lado del puente, sin gente y anocheciendo. Mientras colocaban su candado en el puente y arrojaban la llave al Sena, Josh susurró al oído de Max, agarrándola de la cintura sin soltarla.

- ¿Y ahora qué?

- Ahora, Roma. - Ella sonrió, mirando hacia el horizonte.

***Roma, meses después***

El atardecer teñía las paredes del museo de tonos cálidos mientras Josh y Max recogían sus notas, listos para terminar el día. Las salas, ahora vacías, resonaban con el eco de sus pasos y sus risas bajas, íntimas.

- ¿Sabes qué más es lo mejor? - Max se detuvo frente a una estatua de mármol, los dedos rozando ligeramente el borde de la base. - Que ahora puedo robarte tus cuadernos de investigación sin tener que espiarte desde otra mesa.

Josh se acercó por detrás, rodeándola con los brazos y apoyando la barbilla en su hombro.

- Eso es robo de propiedad intelectual, Hartley. Podría demandarte.

- Inténtalo. - Ella giró la cabeza para mirarlo, sus labios a centímetros de los suyos. - A ver qué juez se atreve a ponerse de tu lado. - Él no respondió con palabras, la besó allí.

El eco de sus risas resonó entre las columnas de mármol del museo. Max ajustó su chaqueta ligera, el anillo de boda brillando bajo la luz cálida que se filtraba por los vitrales. Fuera, la ciudad eterna bullía con el ritmo de finales de verano, pero dentro, en ese rincón silencioso, solo existían ellos.

- ¿Y si nos escapamos? - susurró Josh, acercándose lo suficiente para que su aliento le rozara la oreja. Max lo miró con una ceja levantada, pero una sonrisa traicionaba su complicidad.

- Ya nos escapamos de nuestra propia boda.

- Tenemos reputación que mantener. - Le pasó un brazo por los hombros y señaló una puerta lateral que conducía a los jardines internos del museo. - Vamos. Antes de que alguien nos pida que catalogemos más cerámica romana.

No hizo falta más persuasión. Salieron corriendo como adolescentes, esquivando salas de exposiciones y guardias distraídos, hasta aparecer en un jardín privado lleno de cipreses y fuentes. El aire olía a jazmín y tierra húmeda. Max se dejó caer en un banco de piedra, jadeando entre risas.

- Dios, somos profesionales respetados. ¿Qué dirían tus alumnos si te vieran?

- Que su profesor tiene excelentes habilidades de evasión. - Josh se sentó a su lado, rozándole la nariz con la suya. - Y un gusto impecable para elegir compañía.

Ella rodó los ojos, pero no pudo evitar acercarse para besarlo. Era un juego que nunca se cansaban de jugar: pequeñas fugas, secretos a plena luz del día. Como cuando Josh le dejaba notas en latín en su cuaderno de investigación, o cuando Max lo desafiaba a identificar artefactos con los ojos vendados solo para terminar riéndose de sus errores absurdos.

El sonido de unos pasos los hizo separarse. Una figura familiar apareció entre los arbustos: el Dr. Moretti, su jefe, con los brazos cruzados y una ceja arqueada.

- Ahí están. Llevo media hora buscándolos. - Su tono era severo, pero una sonrisa asomaba bajo el bigote gris. - ¿Planificando otra "investigación de campo"? - Josh tosió, fingiendo inocencia.

- Estábamos... Estudiando la influencia de la naturaleza en la escultura clásica.

- Claro. - Moretti sacudió la cabeza. - Bueno, sigan "estudiando". Pero mañana quiero ese informe sobre los frescos de la Villa Ludovisi.

- Sí, jefe. - respondieron al unísono, con una solemnidad que se desvaneció en cuanto Moretti se alejó. Josh jaló a Max para salir de ese maldito museo.

Josh tiró de la mano de Max, y los dos salieron corriendo del jardín, esquivando fuentes y estatuas de dioses romanos que parecían sonreír ante su travesura. Las calles empedradas de Roma estaban bañadas en tonos dorados, el cielo teñido de naranja y rosa mientras el sol comenzaba a esconderse.

- ¿Adónde vamos? - preguntó Max, sin soltar la mano, sintiendo el viento en su pelo suelto.

- A cualquier lugar que no sea ese museo. - respondió Josh, lanzándole una sonrisa pícara antes de detenerse frente a una pequeña heladería. El aroma a vainilla y chocolate fresco flotaba en el aire. Max no pudo evitar reír.

- ¿En serio? ¿Helado antes de cenar?

- Hartley, vivimos en Italia. Las reglas son distintas aquí. - Josh señaló el menú con gesto teatral. - Además, necesito energía después de tu intento de sabotear mi reputación profesional.

Max le dio un codazo, pero pidió dos conos: uno de pistacho para él, otro de limón para ella. Mientras caminaban por las calles llenas de turistas y lugareños que disfrutan del atardecer, Josh deslizó su brazo alrededor de su cintura.

- Sabes... - murmuró, lamiendo su helado - nunca pensé que acabaría aquí.

- ¿En Roma?

- No. - Él la miró, esos ojos grises-azules llenos de una intensidad que todavía le hacía perder el aliento. - Contigo. Casado. Robándote mis propias notas de investigación. - Max sonrió, apoyando la cabeza en su hombro.

- Yo sí. Bueno, lo de robarte las notas, no lo del matrimonio. Eso fue una sorpresa. -Josh rió, un sonido bajo y cálido que resonaba en su pecho.

- Sabías que terminarías enredándome en tu vida desde el momento en que me viste en la biblioteca.

- ¿Ah, sí? ¿Y qué me dices de ti, Ridley? - Ella lo miró con complicidad. - Porque juraría que fuiste tú quien empezó a aparecer casualmente en mi camino. -Él fingió indignación, pero el rubor en sus orejas lo delató.

- Coincidencias, Hartley. Nada más.

- Las coincidencias son un recurso barato de las novelas románticas.

Repitió sus propias palabras de tantos meses atrás, justo cuando pasaban frente a la Fontana di Trevi, iluminada ahora por luces doradas. Josh se detuvo, girándola hacia él. La besó allí, en medio de la multitud, con el sonido del agua de la fuente como testigo.

Y Max supo, como siempre lo había sabido desde aquel verano en Londres, que ninguna historia escrita podría compararse con lo que ellos tenían.